MANUEL CONCHA

TRADICIONES SERENENSES



EDITORIAL DEL PACIFICO S.A
SANTIAGO - CHILE

TRADICIONES SERENENSES

por MANUEL CONCHA

Si algún autor chileno puede compararse al incomparable Ricardo Palma el de las "Tradiciones Peruanas", ése es Manuel Concha, autor de estas *Tradiciones Serenenses*.

Inclinándose sobre el pasado de su ciudad, Concha ha probado que también el podía ser universal en esa forma. Pues lo que resulta a través de los relatos de este libro es, más que los años ya idos de la sola vida serenense, toda la vida del Chile colonial. Frailes, soldados, corregidores, aventureros, comerciantes, doncellas enamoradas y amantes celosos, recorren estas páginas con paso lento, aire marcial o en fuga vertiginosa. Curioso hurgador de papeles viejos o atento oyente de lo que aún en sus tiempos se contaba, Concha ha podido trasmitirnos, hasta los nuestros una animada reconstrucción de la vida de los siglos XVII y XVIII, usando de la forma breve y sugerente de la anécdota. Con el conjunto de ellas se va delineando un mundo pintoresco, cruel en veces, sombrío otras, pero más a menudo burlon y picaresco, en el que se mueven seres casi increíbles de puro novelescos, hieráticos dentro del molde de su orgullo castellano o de los insuperables prejuicios de su época, o entregados libremente al capricho de sus instintos, al azar, a la imprevisible aventura. Y por cierto que, bajo esta luz violenta, entre milagros y lances de espada, la vida colonial aparece muy distinta de la lenta modorra que se suele imaginar que ella fue. Y en esto, lo que se cuenta de La Serena puede decirse de todo Chile.

Resulta realmente inexplicable que libro como éste sea apenas conocido, ni se explica que el rico material que contiene no haya dado para tres o cuatro novelas de primer orden, bullentes de vida y de pasiones. La cómica personalidad del cura Monardes, la historia de la mulata Mercedes Barrios, la audacia del "sobrino" del Duque de Medina Sidonia, o el macabro suceso de "El Diablo en la Serena" son inolvidables y definen toda una época. Por eso las *Tradiciones Serenenses* tienen un lugar propio entre las obras que nos revelan el rostro de Chile en el pasado.

EDITORIAL DEL PACIFICO

Ahumada 57 — Casilla 3126 — Santiago de Chile

Portada de Víctor Arend

MANUEL CONCHA / TRADICIONES SERENENSES



COLECCION DE AUTORES CHILENOS
IV

Dirigida por *Alejandro Magnet*

IMPRESO Y HECHO EN CHILE
PRINTED AND MADE IN CHILE
EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
IMPRESORES
41

MANUEL CONCHA

TRADICIONES SERENENSES



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
SANTIAGO DE CHILE

INTRODUCCION

por *Raúl Silva Castro*

Para el lector de hoy, Manuel Concha es autor de *Un Viaje de vieja* (1870), *Crónica de La Serena, desde su fundación hasta nuestros días* (1871) y *Tradiciones Serenenses* (1883). Estos libros de su madurez, de muy desiguales dimensiones y caracteres intelectuales, han sobrevivido al autor y se citan con cierta frecuencia; pero Concha escribió mucho más, y no pocas de sus composiciones están dispersas en diarios y revistas. El volumen que sigue contiene una selección de las *Tradiciones,* en la cual se han escogido con mucho tiento las de mayor valor literario y las que parecen más adecuadas para sustentar la nombradía del escritor. En ellas Concha aborda el mismo género tradicional y legendario que hizo la grandeza de Ricardo Palma, y conforme la inclinación del modelo ilustre, prefiere las épocas remotas del régimen colonial y las escenas curiosas, pintorescas o chuscas en que abunda ese período. Pero Concha vivió, además, enamorado de la "patria chica", y el escenario de sus Tradiciones no es todo el país sino sólo el rincón provinciano en que se formó como escritor.

*

Nacido en La Serena en 1834, Concha fué educado en el liceo de su ciudad natal y abrazó muy joven el periodismo. Salió poco de su tierra. *Un viaje de vieja* es el relato del más extenso recorrido que llevó a cabo en su vida, a lomo de burro y a pie, en el año 1867, por la sierra peruana, en demanda de Junín, sitio que se había recomendado para la salud de un sobrino suyo, de apellido Munizaga. El joven enfermo falleció en tierra peruana, y el viaje de Concha resultó infructuoso. Tal vez a ello se deba el agrio contenido de algunas de las páginas de ese libro, en que sin embargo están vistos con singular relieve el paisaje de los Andes y las costumbres más singulares de sus pobladores.

La *Crónica de La Serena* es el libro que escribió el autor en sustitución de una historia regional que proyectaba. Con el cambio de título creyóse dispensado de dar a sus notas la trabazón indispensable para la debida organización del relato. Así y todo, el libro ha sido de utilidad innegable y cuenta entre las mejores monografías de ciudades y provincias de Chile de que puede echar mano el investigador y el curioso. Y tan verdad es esto que Barros Arana cita a cada paso el trabajo de Concha, reproduce algunos documentos que contiene y lo elogia discretamente de cuando en cuando. Con semejante autoridad en su apoyo, la *Crónica de La Serena* tiene su vida asegurada.

Concha se había dedicado ya en 1857 a las tareas de impresor y de editor, comenzando por *El Coquimbano,* que redactó en compañía de don José Ravest, y antes había intervenido con su colaboración en *El Eco Literario del Norte,* que como semanario alcanzó a publicar diecisiete números desde el 2 de Marzo de 1857. También escribieron allí Benjamín Vicuña Solar, Simón Cordovez y Enrique Blondel. Si-

guió la publicación semanal *El Cosmopolita,* la cual fué redactada por Concha y don Luis Román. Comenzó a salir el 3 de Julio de 1858 y se publicó hasta el 21 de Abril de 1859, fecha en que la apagó la agitación política que en ese tiempo conmovía a toda la República. El periódico agrandó su tamaño en Octubre de 1858, gracias a que los editores compraron taller impresor en Santiago, al que impusieron el nombre de Imprenta del Cosmopolita. Después, el mismo editor creó el periódico *La Serena,* que prolongó su vida entre Septiembre de 1862 y Octubre de 1867. Con él terminó sus labores la Imprenta Cosmopolita de que Concha era propietario.

Concha registraba con ufanía en su *Crónica* que "la primera obra dramática escrita por un hijo de La Serena" era su drama en cinco actos *María de Borgoña,* estrenado el 30 de Diciembre de 1856 a beneficio del primer actor Francisco Julián Arana; y agregaba que posteriormente habían subido a escena otras obras dramáticas suyas, *Un terno,* comedia en un acto, *Sampietro,* drama en tres, y *Esposa y mártir,* drama en cinco, "todos con un éxito superior a lo que se prometía su autor". A estas piezas deben añadirse otras que el autor olvidó. El drama cómico en dos actos *Quien porfía mucho alcanza* puede leerse en *El Cosmopolita,* lo mismo que *Doña Isabel de Osorio,* drama en cinco actos y en prosa. Finalmente, *La Serena* dió a luz, a guisa de folletín, un juguete cómico en dos actos titulado *Lo que son las mujeres.*

Fuera de los periódicos locales que se han mencionado, Concha colaboró también en publicaciones de Valparaíso y de Santiago.

En *El Mosaico,* periódico que en 1860 dió a luz don Manuel Blanco Cuartín en la capital, se reprodujo de *El Cosmopolita, El Manuscrito de un loco,* extensa leyenda que pre-

senta muchos títulos para ser considerada novela, y se publicaron además el cuadro de costumbres *Lo que pasa entre nosotros* y la *Historia de un ramillete de violetas.* Abundantísima es la colaboración que contiene *La Semana,* periódico de Valparaíso que publicó Julio Chaigneau en 1874 y 75. Allí Concha entregó al público la mayor parte de los fragmentos que se agruparían después en las *Tradiciones,* y agregó artículos de costumbres y cuentos que no han sido recogidos.

Cosa semejante cabe decir de los *Aguinaldos a la Liga Protectora de La Serena* que en sendos libros acopiaron, en 1876 y 77, la producción de varios ingenios coquimbanos. Concha colaboró en los dos volúmenes, con cuatro trabajos en cada uno, no todos recopilados en las *Tradiciones Serenenses.* A propósito del *Aguinaldo* de 1876, puede agregarse que Concha manifestó intención de reunir en volumen sus artículos de costumbres, y que en 1872 escribió el prólogo en verso de aquella obra nonata su amigo Benjamín Vicuña Solar. Se puede establecer el suceso con tanta precisión gracias a que en el *Aguinaldo* esos versos llevan la fecha 1872 al pie.

Como novelista se deben también a Concha algunos esbozos que algún día habrá que estudiar con calma, procurando rescatar del olvido los que no han sido ya perdidos para siempre. Mencionábamos *El Manuscrito de un loco,* relato que a nuestro parecer reúne condiciones para entrar en el número de las novelas. Idéntico recuerdo debemos hacer de *Una perla oriental,* novela que el autor comenzó a publicar en la *Revista de Valparaíso,* 1873-4. Y, por su parte, uno de los biógrafos de Concha habla de *Predestinación,* novela cuya escena pasa en Lima y que muestra la predilección que sentía el autor por ubicar lejos de Chile el tema de sus relaciones novelescas, ya que *Una perla oriental* ocurre en Túnez...

Manuel Concha se quedó en los últimos años de su vida residiendo en La Serena y dedicado a labores no literarias, aun cuando, según hay testimonio, preparaba recopilaciones de sus antiguos escritos, y hasta obras nuevas que aparentemente se han extraviado. Y en su ciudad natal murió en 1891.

*

Muchas veces hemos auspiciado la formación de una Biblioteca Chilena que recopile ordenada y metódicamente las producciones de nuestros escritores que no han gozado hasta hoy del privilegio de la reedición, y que con ciertas páginas de los diarios y de las revistas haga volúmenes en que aparezcan las obras de mérito que permanecen olvidadas. Novelistas, poetas, costumbristas, autores de leyendas y de narraciones históricas saldrían de este modo a completar las galerías de la literatura nacional, tan menguadas hoy. El día que se haga esta obra de restauración, podrá comprenderse mejor el desarrollo evolutivo de nuestra literatura, ampliada a varias docenas de nombres que se presentan y agrupan en cada generación junto a los culminantes.

Es de esperar que la acogida dispensada por el público a esta selección de las mejores *Tradiciones Serenenses* permita iniciar en fecha próxima la publicación de esa Biblioteca Chilena que tanta falta hace. Y si así ocurre, la Editorial Del Pacífico habría sido la precursora en esta patriótica labor de restauración.

Raúl Silva Castro.

TRADICIONES SERENENSES

MILAGROS DE FRAI JORGE

El 25 de diciembre de 1627, era presidente de la real audiencia el marqués de Balsain, el que tuvo la energía de sostener la etiqueta de *los asperjes* con el testarudo obispo don fray Gaspar de Villarroel, etiqueta o cuestión cuyo éxito no fué dudoso, pues reinando don Carlos II, el imbécil, es decir, fray Froilán Díaz, el resultado no debía ser favorable al ilustre marqués.

Ya que he nombrado a estos personajes, diré que a la sazón era obispo de Santiago el dignísimo fraile franciscano, natural de Ciudad Real, don Francisco de Salcedo, que a pesar de su severo continente y de su canoso bigote, se distinguió por su carácter bondadoso y apacible.

Era corregidor de La Serena don Diego de Barrio Nuevo. Los cabildantes de esa época, no sé si por ventura suya, me son desconocidos, pero es indudable que debieron ser descendientes de Luis Ternero, Garcí Díaz, Bartolomé de Ortega y otros de los fundadores; sea como se quiera, ese día había en La Serena gran agitación, si tal puede haber en un pueblo que apenas contaba con dos casas tejadas y cuarenta o cincuenta ranchos de *totora*.

Me parece oir que, algunos de mis lectores, me tachan de exagerado, y por si es cierto voy a probarles la verdad de lo que consigno.

Don Ambrosio O'Higgins de Vallenari, en 1789, se expresa de esta manera en carta de 7 de febrero:

"Desde la primera visita que dí a esa ciudad no pude reconocer sin admiración que siendo (La Serena) la más antigua después de la capital del reino, se halle tan atrasada en vecindad y edificios, que no se encuentran sino muy pocas casas regularmente construídas y las demás, inclusas las de la plaza, enteramente caídas y en solares sin tapias, no siendo menos deplorable que muchas del centro del pueblo, y por lo común todas las de los extremos, tienen las cercas y hasta las quinchas de sus ranchos, de sólo paja de totora, tan expuesta a incendio".

Si en 1789 La Serena presentaba semejante aspecto, ¿qué sería en 1627?

Sólo el que ha tenido el suficiente valor para registrar los truncos archivos puede, con algún esfuerzo de imaginación, trasladarse a épocas anteriores para poner en ellas sus escenas históricas y tradiciones.

*

Dije al principio que era el día 25 de diciembre de 1627.

En La Serena, triste y solitaria aldea, reinaba gran movimiento; los cabildantes, el corregidor, el fiel *de fechos,* armaban una zambra de Dios es Cristo; todos habían requerido sus armas y, de punta en blanco, montados en soberbios rocines se aprestaban en la plaza para asistir a la solemnidad a que habían sido invitados por el guardián de San Francisco, fray José de Fuente Ravía.

Se trataba de la colocación de la primera piedra del templo que aquellos obreros, con un tesón admirable, erigieron, y cuya obra, atendiendo a la época y a los recursos y ciencias mecánicas de aquel tiempo, se admira hoy.

Bizarro fué el acompañamiento del corregidor y del cabildo, de lo que debió haber quedado muy contento el guardián Fuente Ravía.

*

La construcción del templo siguió su curso en virtud de las donaciones que hicieron los vecinos más pudientes, y de los esclavos y yanaconas que los encomenderos facilitaron para el trabajo.

El guardián, que no era lerdo, ofrecía, en cambio, misas y responsos y preces e indulgencias de toda especie; con esto y con mucho menos, fué más que suficiente para que todo propietario se creyera obligado a ceder la mitad de sus utilidades en favor del templo en construcción.

A pesar de semejante entusiasmo, la fábrica de la iglesia siguió lentamente durante algunos años, pues la piedra se traía de las canteras de Peñuelas, y la inmensa cantidad invertida, hoy día, con todos los recursos de la ciencia y de la movilidad, demandaría largo tiempo.

Orgullosos estaban los franciscanos porque su templo, de colosales proporciones, se elevaba de día en día.

El guardián Fuente Ravía había dejado de existir, y le había sucedido fray Diego de Hormachegüi, quien, como su antecesor, fundó su orgullo en la conclusión del templo.

Me he olvidado especificar que los planos y la primitiva dirección, fueron hechos por un jesuíta, cuyo nombre no he podido rastrear.

Concluídas las murallas se tocó con un grave inconveniente: las maderas.

Las puertas se trabajaron con el algarrobo que tanto abundaba en el distrito y sobre todo en el valle del río, pero faltaban las necesarias para el techo. No sé si el guardián Hormachegüi o su sucesor escribió al obispo de Santiago, haciéndole presente que de él dependía la conclusión de la iglesia, y que mediante su influjo, con un cargamento de madera de Chiloé, cuyo valor estaba pronto, el templo quedaría concluído.

*

Muchas fueron las cartas que se dirigieron al obispo, pero éste se hizo el de las monjas y no contestó al guardián.

¿Qué hacer en esta circunstancia?

Los frailes no sabían qué medida tomar.

Era el primer día de la cuaresma del año 1660. Las puertas del templo, y alguna parte de los altares, estaban concluídas, pero no tenía techo. Esto traía desasosegado al guardián y a la comunidad.

Tres años antes, había llegado al puerto una balandra tripulada por dos marineros españoles y un inglés llamado Jorge, que había sido tomado a bordo de la embarcación, cuando luchaba con las embravecidas olas, después del naufragio que lo condujo a estas playas.

El inglés era católico, y mientras combatía con las olas, sin esperanza de salvación, hizo propósito de vestir el hábito de la primera religión que, al pisar tierra, encontrase.

Cuando desembarcó, vió a un lego franciscano, teniendo del cabestro a un asno gordo y rollizo, que hacía recolección de congrios, corvinas, jaibas, mejillones y qué sé yo qué más; el inglés Jorge, firme en su propósito, le dijo.

—Hermano, deseo vestir el hábito que usarcé viste.

El lego lo miró de reojo y le respondió:

—Si tal es la vocación de su merced, hermano, que no la creo, véngase conmigo y suba en ancas de mi burro.

Y esto diciendo, el motilón, con una ligereza ajena a su gordura, de un brinco se puso a horcajadas sobre el lomo del pacífico animal. Jorge le siguió cabizbajo; notando esta circunstancia el lego, le dijo:

—Hermano, suba su merced a las ancas, que el camino es largo y burro hay para diez mil infieles y mucho más.

De esta manera llegó el inglés Jorge al convento de San Francisco.

*

El sol, próximo a ocultarse, reflejaba sus rayos oblícuos sobre las altas murallas del frontispicio de la iglesia de San Francisco, cuando el lego, cargado de congrios, luche y cochaguasca, y llevando a la grupa al inglés Jorge, entró al claustro que, en esa época, se componía de algunos ranchos de totora.

El inglés, como todo habitante del norte de Europa, era

blanco y tenía ojos azules y pelo rubio. El lego dijo al guardián, que en la puerta de su celda leía un pergamino en latín:

—Dios está con nosotros; traigo a vuesa paternidad buen pescado y un inglés.

El guardián arrojó el libro, y al ver al náufrago, exclamó:

—*!Vade retro,* Satanás!

A todo esto la comunidad, que había salido de sus celdas, al ver la fisonomía de Jorge, dijo:

—¡Es un hereje!

El náufrago, que había sido marinero desde su niñez, y que había dado vuelta al mundo, como hoy se dice, tuvo estrechas relaciones con venecianos, portugueses y españoles, naciones entonces señoras de los mares y del comercio; por consiguiente había aprendido estos tres idiomas, si no con perfección, al menos lo suficiente para darse a entender. Al notar la admiración de la comunidad, dijo, dirigiéndose al guardián:

—Señor padre, he hecho propósito de permanecer, mientras viva, en el claustro de la primera religión que, al poner pie en tierra, después de mi naufragio, la suerte me deparase; y ya que ha sido la de vuesa merced, pues este padre, —añadió designando al lego— es el primero que he topado, deseo morir en este convento, vistiendo el hábito que tiene vuesa merced.

La admiración de la comunidad fué grande y, el guardián, enternecido, echándole los brazos al cuello, le dijo:

—¡Dios te ha iluminado, hijo mío, y en esta santa casa encontrarás consuelo y tranquilidad!

Desde ese momento quedó admitido Jorge como miembro de la comunidad. Pocos días después, con gran solemnidad y aparato, se bautizó aquella oveja descarriada que, como decía el lego, él había tenido la suerte de conducir al redil.

A la época de mi relato, ya hacía más de seis años que el lego habitaba el convento; era un modelo de humildad y mansedumbre, y a tal punto llegaba la imitación de la vida del seráfico patriarca de la orden, que se propuso por modelo, que su cuerpo era una llaga ocasionada por los cilicios y

flagelaciones; dormía por momentos en el duro pavimento de su celda, ayunaba diariamente y, en fin, observaba todos los percances del oficio. A tal extremo llegó fray Jorge que infundió gran respeto a la comunidad.

Por su ilustración, superior a la de los españoles de aquella época, fué el consultor nato de la comunidad y de los ilustres personajes de La Serena, que por fuerza debieron ser el corregidor, los capitulares y el alférez real.

El guardián hizo todo lo posible para que se ordenase, pero nunca pudo triunfar de la humildad del lego. Su fama llegó al extremo de que todos lo creyeran un santo. Y dos hechos, que la tradición ha conservado, vinieron a confirmar esta opinión.

Son los siguientes:

*

El año 1665 fué tan estéril que los hacendados y cosecheros no obtuvieron ni aún el producto de la semilla de sus sembrados, porque, además de la escasez de lluvias, una plaga de langostas devoró todo. En vano se recurrió a la religión haciendo que los Agustinos conjurasen al destructor insecto; así se hizo y, cosa rara, la langosta, lejos de desaparecer, aumentó.

Ese mismo año, se hicieron rogativas y se sacaron en procesión solemne las imágenes de los santos más milagrosos, pero todo esto fué inútil e infructuoso.

En trance tan apurado, se consultó a frai Jorge; éste dijo, con admiración de los consultores, y de toda la comunidad franciscana, que no tuvieran cuidado, que la ciencia demostraba, y que era probado en su país que después de un año estéril, seguía otro abundante.

Efectivamente, el que siguió, es decir el año 1666, fué tan lluvioso que destruyó todos los huevos y larvas que, en inmensa cantidad, habían depositado aquellos insectos, y se obtuvo una cosecha fenomenal que equilibró, con usura, las pérdidas que el año anterior habían tenido los agricultores.

Esta casual circunstancia vino a consolidar la fama y reputación del lego Jorge.

El segundo milagro es todavía más original por su insignificancia, pero muy natural en aquella época de ignorancia y fanatismo.

Una de las principales matronas de La Serena, confesó al guardián de San Francisco que estaba encinta y que había oído y sentido llorar a la criatura que llevaba en su seno. Esto espantó al guardián, y por de pronto creyó que tal mujer no podría dar a luz otra criatura que no fuera el Antecristo; la despidió del confesionario sin darle la absolución, hasta consultar un caso tan grave.

Reunió a la comunidad, y expuso el hecho, se registraron, se hojearon mamotretos en pergaminos, se discutió el punto, y después de numerosos debates, se acordó que una mujer embarazada y cuyo feto gemía en el vientre, era producto de un íncubo.

El lego Jorge tuvo conocimiento del hecho, pues entre los habitantes reinaba gran espanto, y nadie podía comprender cómo, en tan piadosa matrona, hubiera engendrado el príncipe de las tinieblas. El esposo de la señora, poco menos que loco, con semejante opinión, andaba desatentado y gastaba su fortuna en misas, novenas y regalos a los templos. Para los frailes era cosa cierta y segura que debía nacer el Antecristo.

El lego Jorge, cuya reputación de santo ya se había extendido por todo el distrito, fué consultado, y respondió:

—Esto no tiene nada de extraordinario; la criatura saldrá a luz en la época natural, y no será extraño que aparezca con uno o dos dientes.

Efectivamente, cumplidos los nueve meses, la señora dió a luz un robusto niño que en la encía inferior manifestaba un pequeño diente.

—¡Milagro! —gritaron todos—, ¡frai Jorge lee en el porvenir, es un verdadero santo!

Así lo creyó la comunidad, y así lo creyeron los habitantes de La Serena.

*

He dicho antes que el guardián y la comunidad se encontraban en apurado trance para proporcionarse las maderas para el techo de la iglesia, pues debían ser de la *otra costa,* porque sólo allí podían obtenerse del largo requerido.

En esa época, y hasta no hace mucho, como he visto en tasaciones del presente siglo, se apellidaba madera de la *otra costa,* a la que venía de Chiloé o Valdivia.

Era, pues, muy difícil obtener maderas de aquellos lugares por la escasez de buques; sin embargo, el guardián no se desanimaba y con la esperanza que de un día a otro se presentase oportunidad, procedió a hacer fabricar tejas.

Y ahora que hablo de tejas diré, para curiosidad de los lectores serenenses, que cuando el guardián frai Gregorio Bravo cambió el antiguo techo del templo por el que tiene actualmente, se sacaron tejas de un metro de largo, de ancho y grosor correspondiente y de un peso enorme. El reverendo padre, como objeto de curiosidad, conserva algunas en el convento.

El previsor guardián de aquella época, cuyo nombre no he podido encontrar, acopió la teja y los ladrillos que juzgó necesarios, esperando mientras tanto la oportunidad de una embarcación.

Los frailes se desesperaban, y esto lo conocía muy bien fray Jorge.

Una mañana se presentó Jorge con semblante alegre y risueño, contra su habitual costumbre, de tal manera que hubieron de notar este cambio el guardián y los padres.

—¿Qué buena noticia habéis recibido, hermano, que os veo más contento que un repique de Pascua? —le preguntó el guardián.

—Efectivamente, es una gran noticia.

—Veamos, hermano, ¿cuál?

—Padre nuestro, diré a vuesa paternidad lo que me regocija el alma. Cansado de ver sufrir a vuesa paternidad y a toda la comunidad, por no poder concluir la Iglesia, y después de haber dirigido mis súplicas y oraciones a Nuestra Señora de la Purísima, para que nos saque de este atolladero y pan-

tano en que estamos sumergidos, me dirigí a nuestro Seráfico patriarca San Francisco, y le dije:

—¿Será posible que permitas que tus hijos sufran y padezcan por no poder concluir el templo dedicado a tu religión? —Entonces me asaltó una pesadez extraña a la cabeza y en los ojos y me dormí contra mi costumbre. Oí entonces una voz de un eco tan dulce que permanecerá, mientras viva, grabado en mi memoria; esa voz me dijo con palabras claras y bien articuladas: —Jorge, toma una carreta conducida por dos bueyes, sigue sus pasos y encontrarás lo que me pides. —Vengo, pues, a solicitar de vuesa merced, su paternidad, una carreta y dos bueyes, y si vuesa paternidad me ve alegre, que sería capaz de bailar una zapateta, es porque tengo confianza en la palabra de nuestro santo y Seráfico Patriarca.

Gran admiración causó la relación del lego Jorge; su reputación de santidad y la unción que manifestaba, no dejaban lugar a duda; luego, por otra parte, en la conferencia que el guardián tuvo con la comunidad. algunos padres, algo recalcitrantes, observaron sin embargo, que era conveniente acceder a la petición del lego, ya que solicitaba tan poca cosa.

Como se ve, había en el convento sacerdotes que si no creían dudaban, al menos, de la fama de beatitud de fray Jorge, y la querían poner a prueba, bajo la capa de la hipocresía o de la escrupulosidad y delicadeza.

*

Este acontecimiento, como todos los de su especie, en cualquier época, ha salvado siempre, con facilidad, las altas murallas de claustros y monasterios, y se ha esparcido como publicado por las siete trompetas de la fama.

Si en esto hay, o habrá habido sus ribetes de preocupación, yo, haciéndome la cruz, no me atrevo a prejuzgar.

Lo cierto es que los pocos habitantes de la ciudad tuvieron inmediato conocimiento de la revelación del beato Jorge.

Pocos días después, la multitud, con respetuoso silencio, presenció el abrazo de despedida que el guardián y todos los padres de la comunidad dieron al hermano lego. Fray Jorge

lloraba. Dirigió una mirada de cariñosa gratitud al pueblo apiñado a su alrededor, empuñó la picana, y sin hacer ademán alguno, los bueyes echaron a caminar en dirección al sur.

La gente lo siguió con respeto y religioso silencio hasta el lugar donde hoy está situada la Portada; aquí, el lego suplicó que se retiraran a sus hogares, y continuó sólo su camino.

Al día siguiente amaneció Jorge con la carreta llena de largas vigas de robles y alerces ante la puerta del convento.

La alegría de la comunidad fué indecible, ya no cabía duda a los incrédulos de que fray Jorge era un santo, y lo que más admiró fué que los bueyes manifestaban una salud, vigor y gordura nunca vista.

Y así, sucesivamente, fray Jorge fué trayendo, día a día, una carretada de madera hasta completar las necesarias para la Iglesia.

Es fuera de duda que el templo de San Francisco se construyó en el año 1667 ó 1668, y no completamente en su ornamentación interior.

Es, pues, de todo punto inexacta la fecha que está colocada en la puerta de la nave de San Antonio, que da vista al claustro, y que dice:

Esta iglesia se colocó el día 25 de diciembre de 1627.

Esta es la fecha de la colocación de la primera piedra; lo más seguro, atendiendo a documentos que se refieren a aquella época, es que la definitiva conclusión de la iglesia, prudentemente calculada, es la de 1668, y si en el archivo de la Casa Grande, en Santiago, existen documentos que acerca de esta fundación pueden dar alguna luz, estoy cierto que mi cómputo no es errado.

Algún curioso aclarará este punto.

*

¿Qué fué de fray Jorge? ¿Dónde murió? ¿Dónde se encuentran enterrados sus restos?

Esto es lo que no puedo decir, porque no lo manifiestan

los escasos documentos que he consultado, ni aún la tradición.

Me resta decir que el lugar de donde fray Jorge condujo la madera para la iglesia de San Francisco, dista muchas leguas de La Serena, y que, existiendo actualmente buen camino, es muy difícil hacer rodar hasta aquel punto un vehículo cualquiera. ¿Cuáles serían las dificultades que tuvo que superar fray Jorge, en aquella época? Ya se ve, fué un milagro.

La tradición dice que la estancia que hoy se llama *Fray Jorge,* tiene este nombre por haber cortado allí las maderas, para la iglesia de San Francisco, el beato lego.

No comento, no juzgo ni deduzco, consigno, en este insulso artículo, lo que refiere la tradición y algunos documentos que, a mi juicio, son poco autorizados.

JUAN SOLDADO

Voy a narrar un hecho que no tiene nada de dramático, por lo mismo que es histórico. Esto me disculpará, si ya no es disculpa mi poco ingenio.

*

—¡Vuesarcé no sabe lo que dice!

—Aquí no se permite alzar la voz, porque ya sabe vuesarcé que el bando pregonado ordena: que ninguna taberna mantenga sus puertas abiertas pasada la hora de la queda, bajo pena de multa y prisión.

—Eso mismo me abona; quiero y deseo pagar lo justo que nó lo que me cobra la tabernera. ¿Sin duda quiere explotarme porque soy extranjero en esta tierra? De orden del cabildo se ha mandado, igualmente, que el cuartillo de aguardiente se dé por cuatro reales. ¡Esta tabernera me quiere embaucar y ¡vive Dios! que yo no me dejo robar por nadie!

—Tenga o no razón vuesarcé, sosiegue y todo queda concluído.

—¡Sosegarme!... eso lo veredes...

—Seor soldadillo, ¿se atreve vuesarcé a alzar la voz al caballero don Justo de Cepeda?

—¿Y por qué no? ¿Sin duda me cree vuesarcé un follón cobarde? Pues sépase que el año pasado me batí con el inglés

Bartolomé Sharp, cuando su merced estaría río adentro. Vuesarcé no me da lecciones. ¡Lo dicho, dicho!

—Sea Clara Cortés tiene su taberna de orden de Su Majestad, y vende sus mercancías al precio establecido por el cabildo.

—Lo propio digo yo, pero se me exige pago mayor y esto no es legítimo.

—Vuesarcé se equivoca, no contraviene en lo ordenado en los bandos.

—Eso es lo que yo niego.

—¡Guarde silencio y tenga paz, seor soldadillo, no sea que vengamos a cuenta!

—¿Vuesarcé me provoca? ¡Vive Dios que vuesarcé no intimida a Juan Díaz!

—¡Soldadillo, don Justo de Cepeda no toma en cuenta tu poco valer; eso sería mengua!

—Lo quisiera saber.

—¡Hemos concluído!

—¡Eso sí que no! Afirmo y sostengo que doña Clara no respeta lo mandado por el corregidor don Gregorio Cortés y Monroy: con todo, quiero pagarle. ¡Ahí va un ducado que enrojecerá las mejillas de su defensor don Justo de Cepeda!

—¡Menguado!

—¡Soy soldado pero honrado y vuesarcé no me insulta!

*

El año 1681 existía en La Serena un caballero llamado don María de la Peña, tan orgulloso que nadie en el mundo había superior a él; la historia no era digna de manifestar el origen de su alcurnia. Sin duda por tal motivo guarda silencio a este respecto.

Su confesor, que pasaba por un insigne teólogo, le aseguraba que descendía del Espíritu Santo, lo que no conformaba del todo a don María. Creíase el más poderoso de sobre la haz de la tierra, y aunque no poseía gran fortuna, en cambio atesoraba viejos pergaminos que él no comprendía, pero

que abonaban y justificaban los títulos de sus antepasados. Ante este personaje, se presentó Juan Díaz, y le dijo:

—Vuesarcé no sabrá sin duda quien soy yo.

—En efecto, lo ignora la grandeza de don María de la Peña.

El soldadillo conoció al instante el lado vulnerable del caballero y repuso:

—Si he implorado la benevolencia de su gracia, es porque estoy convencido que su gracia tiene en alta estima el honor, como cumple a todo caballero, y por esto...

—¿Qué tienes que pedirme? dijo don María de la Peña, más envanecido que nunca por el tratamiento.

—Voy a decirlo. ¿Su gracia se dignará servirme de padrino en el reto a que he provocado a don Justo de Cepeda?

—No habría inconveniente; pero tengo motivos que me lo impiden. Don Justo de Cepeda es un valiente.

—Sin embargo, el año pasado cuando se nos entró el inglés, fué el primero que huyó al interior. ¡Es un cobarde!

—Tanto peor.

—No comprendo a su gracia.

—Los prudentes son siempre valientes hasta la temeridad en desafíos.

—Nada me importaría que así fuese, porque Juan Díaz está dispuesto a mantener su palabra y su honor.

—¿Y no podría arreglarse eso de otra manera? Un desafío es un acto temerario, es un acto de ira condenado por Dios y los hombres.

—Está visto —pensó Juan— estos nobles de pergaminos son unos cobardes.

Luego alzando la voz respondió:

—Si vuesarcé se niega a ser mi padrino, pásela bien y Dios se la demande buena.

—Hombre, mi sangre se subleva, mis nervios se crispan solamente con la idea de que he menester presenciar la muerte de un hombre... No se hable más, no puedo servirte de padrino.

—¡Ira de Dios! ¿Por qué he venido yo a estas tierras de santurrones cobardes?

—¿Mi alteza un cobarde? ¡Eso tendríamos que ver! —contestó don María de la Peña.

—¡El soldado Juan Díaz se lo dice y lo reta!

—Mi dignidad me impide admitir el reto de un soldadillo.

—He venido a buscar un padrino y encuentro un cobarde. ¿Si estarán de acuerdo?

—Eso no reza conmigo, replicó con faz desencajada don María, tú y todo el mundo saben que las armas no me intimidan; pero tengo hijos y como en caso de cobardía del ahijado, el padrino está en el deber de batirse... La prudencia es el atributo del verdadero valor... No, señor soldadillo, siento no poder acceder a su petición... en otra cosa lo serviría... vea si por allí necesita algunos ducados...

—Acabo de oir a vuesarcé y a fe que aún no lo comprendo. ¡Lo reto a vuesarcé también!

—¿Sabes lo que dices?

—¡Que vuesarcé es un cobarde mayor que don Justo de Cepeda!

—A un marqués...

—A un estantigua, dirá.

—¡Seor deslenguado!

—¡Aquí está Juan Díaz que sostiene su palabra, Juan Díaz que ha peleado en el cerco de Nápoles, en los tercios españoles, al mando de don Juan de Austria, hijo de don Felipe IV, y que jamás dejó de castigar el menor insulto!

*

Al día siguiente, don María de la Peña conferenciaba con don Justo de Cepeda en el interior de la taberna.

—Ese soldadillo de Juan Díaz es temible, decía don María.

—Lo mismo digo yo, respondió don Justo.

—¡Insolentarse con todo un marqués!...

—Lo mismo digo yo, ¡y con un cabildante también!...

—Retarme, provocarme... ¡es caso inaudito!

—Lo mismo digo yo, pues en esta taberna de sea Clara Cortés me insultó.

—¡Vean qué atrevimiento!

—Y ahora me desafía.

—Lo mismo que a mí.

—¿Estamos entonces desafiados los dos?

—Sin duda, pero yo no admití.

—Ni yo tampoco.

—Que un aventurero...

—Que un soldadillo como ése...

—Soy con su merced: la prudencia en todo caso.

—¡Qué me place! Somos de la misma opinión.

—¡Cuando digo, señor marqués, que es vuesarcé una gran cabeza!...

—Vuesarcé me honra; mas volviendo al asunto de Juan Díaz...

—¿El soldadillo?

—Cabal. Yo tengo para mí que es hombre peligroso.

—Y harto que sí, dijo un nuevo personaje que entró de rondón en la taberna de doña Clara Cortés; y este nuevo interlocutor era tuerto de un ojo, lisiado del brazo izquierdo, y arrastraba una pierna de palo, percances obtenidos en las luchas que el rey había emprendido con sus enemigos en Italia.

—Si mi camarada no ha encontrado padrino, aquí estoy yo. Y no digo más, porque vuesarcedes, a pesar de las veneras que ostentan en sus pechos, no quedarán deshonrados en manera alguna midiendo sus espadas con la de un soldado de honor como lo es Juan Díaz.

Y esto diciendo, dió un puñetazo sobre el mostrador y salió, haciendo un infernal ruido con su pierna de palo, y dejando a los retados sumergidos en la mayor consternación.

*

Diez días después, el cura mosén Padín Morales, de acuerdo con el marqués María de la Peña y don Justo de Cepeda, y concluída la misa mayor, dijo a su auditorio:

—Aunque no hace un año cabal que el pirata Sharp y sus compañeros incendiaron esta ciudad, llenando de desolación a sus pacíficos habitantes, sin embargo, aún quedan entre nosotros enemigos tan temibles como aquéllos. Uno de ellos ha desafiado a muerte al señor marqués de la Peña y a don Justo de Cepeda.

—¡Alto ahí, seor cura; el soldado Castañeda responde por ese enemigo malo de que vuesarcé habla!

Y el militar, haciendo resonar su pierna de palo en el pavimento de la provisional iglesia, avanzó algunos pasos en medio de la multitud asombrada, y continuó:

—Vuesarcé no entiende en achaques de honor; pero sépase vuesarcé que esta pierna y este brazo, amén de un ojo que he perdido combatiendo por Su Majestad, me autorizan para hablar a vuesarcé en cualquier lugar y ocasión. ¡Mejor será no meneallo, seor cura!

*

Ese mismo día el pueblo, amotinado, expulsaba de La Serena al soldado Juan Díaz, y éste al despedirse, camino de Santiago, de su compadre Castañeda, le dijo:

—Bueno; me destierran porque no soy cobarde. No importa: arreglaré cuentas también con mosén Padín Morales.

—¡Qué me place, Juan, —respondió Castañeda—, qué me place! ¡Adiós, y lo convenido!...

*

Con el destierro de Juaz Díaz todo volvió al sosiego primitivo.

Pero aconteció que una vez que salían de un fandango don María de la Peña y don Justo de Cepeda, porque desde el reto habían convenido andar juntos, les salió al encuentro Juan Díaz.

¿Qué sucedió?

Sucedió que los dos caballeros amanecieron muertos a puñaladas. La desolación fué grande. Solamente Castañeda

repicaba con su pierna de palo y decía, acariciando la empuñadura de su descomunal tizona:

—¡Bueno, y que se atrevan a insultar a un soldado que ha combatido por Su Majestad! Ahora estoy contento. ¡Cuando yo decía que Juan Díaz saldaría estas cuentas!...

El delegado del Santo Oficio, que a la sazón lo era don Martín de Riva, haciéndose eco de la sociedad que con su fallo había condenado a Juan Díaz, y cumpliendo con el sagrado deber de que estaba investido, hizo publicar un bando a són de trompetas, en nombre de Su Majestad el Rey y de la Santa Inquisición, ordenando, bajo severas penas, que todo estante, habitante y transeúnte, estaba obligado a aprehender al llamado Juan Díaz, álias el *Soldado,* condenado y excomulgado por el delito de doble asesinato en personas muy meritorias del gobierno y de Su Majestad.

*

Juan Díaz, por más empeño que se hizo, no fué aprehendido; y años después, en el cerro situado al norte de la ciudad, de 1.170 metros de altura y a 35 kilómetros del río Coquimbo, se retiró a vivir un anacoreta que, al decir de las gentes, de luengas tierras había llegado, y que era el primero que daba la voz de alarma, encendiendo fogatas, cuando aparecía en estos mares del sur alguna vela.

Los habitantes de La Serena tenían gran veneración por este solitario cuyo origen ignoraban, pero no se inquietaban por tan pequeña cosa, puesto que el cura, mosén Padín Morales, en el púlpito, proponía al anacoreta como modelo de virtud.

Cierta ocasión, el corregidor don Gregorio Cortés y Monroy, que caminaba por esos lados con el objeto de fijar los mojones o linderos de la hacienda Punta, hoy Compañía, se detuvo al pie del cerro a tomar una refacción.

Un campesino descendió de la altura y dijo con voz entrecortada:

—El santo anacoreta acaba de morir en la cueva en que ha vivido tantos años.

—¡Cuando lo decía yo! —observó el manco Castañeda que era de la comitiva—. ¡Voto va si Juan Díaz se sale con la suya! Mosén Padín Morales lo coloca, de fijo, en el calendario.

—¡Cómo! El anacoreta, ese santo varón ¿era Juan Díaz? —preguntó el corregidor.

—Sí, señor.

—Ha expiado su crimen, y desde luego, yo no solamente lo perdono en nombre de Su Majestad, sino que de hoy para en adelante, este cerro se llamará *El Cerro de Juan Soldado.*

Corría el año de gracia de 1688. Reinaba en España don Carlos II, el *Hechizado* o el *Imbécil,* que con estos dos apodos lo nombra la historia. Era obispo de Santiago don fray Bernardo Carrasco. Corregidor de La Serena, don Pedro Cortés y Monroy. Y hacía ocho años, justos y cabales, que la ciudad de La Serena había sido reducida a cenizas por el pirata inglés Bartolomé Sharp, cuando llegó a estas playas, en un buque que había salido de Cádiz, don Rodrigo de Guzmán. Escaso de ropas y dinero venía, pero rico en recomendaciones.

A los pocos días presentó al corregidor una carta del duque de Medina-Sidonia, su tío, y otra al cura vicario don José de Cuéllar. Con recomendaciones de tan alto personaje, don Rodrigo fué atendido con esmero; y el corregidor, con la cortesía que cumple a un caballero, puso a su disposición una suma más que regular, prometiendo el joven devolverla cuando recibiera la primera remesa que su opulento tío debía mandarle. Tanto el cura como el corregidor se decían, allá en sus adentros:

—Don Rodrigo ha cometido alguna calaverada de muchacho, por eso el señor duque nos lo ha remitido, como quien dice, bajo partida de registro, sin darle tiempo para traer sus trebejos.

Tal pensamiento les parecía muy natural y lógico, pues en esos tiempos venían, con frecuencia, a las Américas, segundones o nobles pobres, ya de grado o por fuerza, en busca de fortuna.

Y no otra cosa trajo a don Rodrigo; pero por desgracia suya arribó a una ciudad en escombros y casi deshabitada, porque los vecinos acomodados vivían en el valle de Elqui, o de Limarí, en sus haciendas, por temor a los bucaneros que frecuentaban las costas de Chile. Y esto, a pesar de los bandos que el corregidor hizo publicar para obligarlos a volver a la ciudad y edificar, y de negar pasaporte al que pretendía salir del distrito; pero más pudo el miedo que la razón.

No se le presentaba a don Rodrigo expectativa halagüeña. El joven contaba con su presencia y su nobleza para contraer un matrimonio ventajoso, pero había llegado a una ciudad despoblada. El corregidor, que era rico, no tenía familia; solamente el cura, que también poseía bastantes bienes, tenía una sobrina, y a ésta dirigió sus tiros el pariente del duque de Medina-Sidonia.

*

Doña Blanca de Urqueta era una joven de treinta años, alta y delgada de cuerpo como cirio de iglesia pobre, y de un andar tan desairado que cualquiera la habría tomado por hombre vestido de mujer. Sus facciones estaban en armonía con su cuerpo. Sus ojos eran muy pequeños y orlados de unas pestañas recias, blancas y rectas; su nariz sumamente remangada, por cuyo motivo, cuando se la miraba de frente, sólo se veían dos agujeros elípticos y negros, bajo los cuales se extendía un bigote tan espeso como sus cejas. Además, a doña Blanca no podía habérsela citado como modelo de aseo y limpieza, porque, ejerciendo el oficio de sacristán en la Matriz, andaba continuamente con el traje cubierto de manchas de aceite, cera y sebo. Tales eran los atractivos de doña Blanca, que al haber existido ella y don Rodrigo solamente, de seguro que la tierra habría quedado desierta.

Pero don Rodrigo había formado su plan, y así resolvió apechugar con la sobrina del cura.

El joven, por el contrario, era un mancebo de veintiséis años, hermoso en toda la extensión de la palabra, pero con esa hermosura varonil que tanta influencia ejerce en la mujer de corazón y de sentimientos elevados. En consecuencia, don Rodrigo principió a visitar al cura más a menudo que de costumbre, y cada vez que se le deparaba la oportunidad, trataba a doña Blanca con marcada atención y cariño.

El cura comprendió que, por una de aquellas aberraciones que es difícil explicar, pero que con frecuencia se ven, su sobrina había inspirado una pasión. La fortuna entraba de rondón en su casa si lograba entroncar su familia con la ilustre de Medina-Sidonia. A los nobles, sobre todo a los nobles pobres, nunca les es desagradable casarse con mujer rica, aunque sea una harpía o vestiglo. Esto pensó don José de Cuéllar, y por eso, cada vez que tenía oportunidad, decía a don Rodrigo estas o parecidas razones:

—Créame, vuesa merced, ya me siento agobiado por los años y el flato, y si temo morir es únicamente por mi sobrina. Huérfana desde pequeña, no tendrá amparo alguno, por más que sea la única y universal heredera de mis cuantiosos bienes; porque ha de saber vuesa merced que yo no desconozco que sus atractivos físicos no le granjearán un esposo, sin embargo, que sus prendas morales...

—A éstas, porque son duraderas y estables, sólo debe atender un caballero de juicio, —respondía don Rodrigo.

El cura quedaba sumamente halagado, y ya creía un hecho la realización de su dorado sueño. Don Rodrigo, por su parte, que comprendía la intención del cura, terminaba siempre la conversación con estas invariables palabras:

—Vuesa merced dispense, señor cura, no tengo aquí otro verdadero amigo que vuesa merced: por tanto, suplico a vuesa merced me franquee doscientos ducados, que vuesa merced se servirá agregar a los que ya me ha facilitado, que tan pronto como lleguen pliegos de España se los he de devolver a vuesa merced.

—De toda voluntad y talante, don Rodrigo. ¡No faltaba más que vuesa merced me retirara su confianza y ocupara a otro! Sería una ofensa que mi señor el duque no me perdonaría.

—Tenga por cierto que los servicios que vuesa merced me ha hecho los sabrá mi tío, y que le premiará con una mitra a la cual vuesa merced honrará.

—Y los que pienso hacerle, don Rodrigo.

A tales palabras, don José de Cuéllar perdía los quilates, y ponía a disposición del joven su fortuna.

Don Rodrigo, lo hemos dicho, había concebido un plan, y para llevarlo a efecto con más acierto y seguridad, principió a observar un régimen de vida enteramente opuesto a su carácter y creencias.

*

Todas las mañanas ayudaba a misa al cura, con edificante reverencia; por las noches rezaba el rosario en la humilde iglesia de paja y *totora* que tenían los dominicos, y los sábados se confesaba con el prior fray Juan de Amaya. Don Rodrigo era, pues, el más fiel observante de los preceptos de la religión, y por esto se le citaba como modelo.

Había transcurrido un año, más o menos, cuando se propagó la noticia de que un buque estaba a la vista. La gente se alarmó extraordinariamente, pues en toda embarcación veía un pirata, y principió a retirarse al interior del valle, llevando consigo los objetos de más valor que poseía. El corregidor repartió las pocas armas que había a los más valientes, y don Rodrigo se ofreció a comandar la fuerza, dirigirla al puerto y abordar el buque si era posible.

—No quiero que mi tío llegue a sospechar que en tan apurado trance me he portado como un cobarde, puesto que nadie, en la casa de los Medina-Sidonia, lo ha sido.

Tal resolución fué calificada de heroica y, para todos, sin excepción, adquirió el aventurero formas colosales.

Partió, pues, con una treintena de mulatos y gente de color con dirección al puerto, por el camino de las Canteras. Mien-

tras tanto, el cura había impartido órdenes para que en todas las campanas se tocaran plegarias.

Al día siguiente de la llegada al puerto de don Rodrigo y su gente, ancló la fragata *Nuestra Señora de la Purísima del Carmelo de Zaragoza,* con procedencia de Cádiz, conduciendo bayetas de Castilla, paños y barraganes de Murcia, zarazas, angaripolas, papel florete, y las bulas. En este buque le llegaron a don Rodrigo pliegos de su tío, pero ninguna remesa de dinero.

Ese mismo día regresó el joven a La Serena, en donde fué recibido como César vencedor. Empero, don Rodrigo volvió triste y cabizbajo, circunstancia que notó al momento el cura, que siempre andaba pendiente de la faz del joven.

—¿Qué acontece a vuesa merced, le preguntó don José de Cuéllar, que veo a vuesa merced de tan mal talante?

—Eso mismo he notado yo, agregó el corregidor. ¿Sin duda vuesa merced sufre alguna contrariedad?

—Han acertado vuesas mercedes, sufro y padezco una, y grande.

—¡Será verdad!...

—Van a saberlo vuesas mercedes.

—De seguro que ello no será grave.

—Mi tío, el duque, me escribe, pero no me remite un solo ducado, dijo el joven con voz triste y ademán dolorido.

El corregidor y el cura, asombrados, se miraron uno a otro.

—Vean vuesas mercedes el pliego que me remite.

Don Dodrigo alargó una carta que tenía al pie un gran sello en cera. El cura cogió, con respeto, el papel y leyó con penoso trabajo:

A mi sobrino don Rodrigo de Guzmán.

Las caídas y desgracias son origen de las malaudanzas. Habedes, por tu causa, enajenado mi voluntad; sufre sus consecuencias que será el castigo de tus mocedades. Si arrepentido llegas, te otorgará perdón

El duque de Medina-Sidonia.

El cura y el corregidor se volvieron a mirar, con un palmo de boca abierta, y guardaron un momento de silencio que interrumpió don José de Cuéllar, diciendo:

—¿De esto se duele vuesa merced, don Rodrigo? ¡Para mi santiaguada, que este pliego, de mi señor el duque es la mejor garantía para que se dé a vuesa merced, no digo un reino en la tierra, sino ciento en el cielo!

—Lo afirmo y sostengo, agregó el corregidor, y acato y apoyo al señor cura. Barrunto que vuesa merced es un tantico pretencioso, y desea el perdón del duque, mi señor, sin haber cumplido la penitencia.

—Todo lo que vuesas mercedes acaban de decir, está muy puesto en razón; pero yo deseo satisfacer a vuesas mercedes las cantidades que se han servido prestarme.

—Tal pensamiento abona la hidalguía y honradez de un miembro de tan noble casa; pero tenga vuesa merced presente que, no embargante lo anterior, yo, el corregidor, como pienso que así también lo hará el señor cura, aquí presente, le he de suministrar a vuesa merced las cantidades que le sean necesarias para conservar la decencia de la ilustre casa a que pertenece.

—Por lo que a mí respecta, estoy dispuesto, agregó el cura.

—Doy a vuesas mercedes las gracias y no desecharé sus promesas. ¡Y juro, a fe de caballero, que no alentaré hasta no ver al señor cura, don José de Cuéllar, con una mitra, y al señor corregidor, don Pedro Cortés y Monroy, al frente del virreinato del Perú!

Ambos títulos, en lontananza, los dejaron embobados como si, en sueño, un encantador los hubiera cogido por los cabellos y se hubiese lanzado con ellos por los aires.

—¡Yo virrey! —se dijo el corregidor.

—¡Yo obispo! —pensó el cura.

Y uno y otro durmieron esa noche arrullados con la esperanza de tan halagüeño porvenir.

*

Los ducados del corregidor y los del cura, pasaban, como por arte de birlibirloque, a poder de don Rodrigo. Y don Rodrigo escribía, en toda oportunidad, cartas y más cartas a su tío el duque de Medina-Sidonia, no sin habérselas leído antes a sus dos decididos protectores. El cura andaba, como se dice, en ascuas porque el joven no decía esta boca es mía, acerca de sus intenciones para con doña Blanca. Una ocasión, no pudiendo sufrir por más tiempo su ansiedad, le dijo:

—Holgárame si vuesa merced es contento si le hablo con libertad.

—Como a vuesa merced le agrade, que lo que es por mí estoy por la franqueza. ¿Tiene vuesa merced algo que decirme?

—Sí, don Rodrigo, es un convenio que voy a proponer a vuesa merced.

—Escucho a vuesa merced.

—Hay cosas que no se pueden ocultar, don Rodrigo.

El joven palideció e intentó pronunciar una respuesta, pero su lengua, pegada al paladar, se lo impidió.

—Es muy natural, —siguió el cura—, y la turbación de vuesa merced afirma, prueba y sostiene lo que he descubierto.

Don Rodrigo hubiera parecido un cadáver, si un temblor nervioso no le hubiese acometido.

—¡Yo!... —balbuceó apenas.

—No lo niegue vuesa merced, porque es de todo punto en vano.

De la frente de don Rodrigo se desprendían gruesas gotas de helado sudor.

—Vuesa merced está apasionado de mi sobrina doña Blanca; si su merced lleva adelante su amor, con honesto y santo fin, cual es el matrimonio, no veo motivo para que vuesa merced se espante tanto, que parece que, de improviso, ha acometido a vuesa merced un mal de muerte.

Don Rodrigo respiró como un fuelle, y le pareció que le habían quitado, de sobre su pecho, una montaña.

—Tiene vuesa merced razón, murmuró jadeante, como si acabara de hacer una larga y violenta carrera.

—¿No se lo decía a su merced? repuso, radiante de alegría don José de Cuéllar.

—Mis fines son honestos, respondió, más tranquilo, el joven, como cumple y compete a un caballero noble de primera clase; pero ignoro si doña Blanca...

—Eso sí que yo lo sé, y bien; porque, ¡sépase vuesa merced que mi sobrina ama a vuesa merced más que a las niñas de sus ojos!

—¿De veras? ¡Será verdad! —exclamó, entusiasmado, don Rodrigo, no por la noticia sino porque ya había recobrado su primitiva calma, y porque estaba seguro de que no había sido descubierto.

—Tan cierto como que aquí estamos departiendo; y tenga vuesa merced por seguro que mi señor, el duque de Medina-Sidonia, no tomará a mal este enlace, porque los de Cuéllar y los de Urqueta descienden de... ya le mostraré, cuando sea tiempo, mi arbol genealógico. Asimismo tengo pensado ceder a vuesa merced mi hacienda grande con sus correspondientes esclavos, ganados, molinos y enseres, con más una muy decente cantidad en dinero de contado, para que vuesa merced la trabaje y goce; otrosí, haciéndole la gracia a vuesa merced de las sumas que le tengo cedidas.

—Maravíllame mucho la generosidad de su merced, y sería un ingrato si, desde ahora para siempre, no mirara a vuesa merced como a mi verdadero padre —exclamó don Rodrigo.

—¡Vuesa merced ha hablado como Salomón! —dijo el cura—, abrazando con efusión al joven.

Pocos días después, con gran pompa y solemnidad, se casaban, en la iglesia Matriz, don Rodrigo de Guzmán con doña Blanca de Urqueta, siendo padrinos el corregidor y su esposa, poniéndole las bendiciones el prior de Santo Domingo, fray Juan de Amaya. Dice la crónica que, por escrúpulo de conciencia, se abstuvo de hacerlo el cura don José de Cuéllar.

*

Transcurrió un año. Don Rodrigo tenía una posición social distinguida y envidiable. La hacienda que le trajo en dote su esposa le daba pingües utilidades y provechos. Ade-

más, en vista de una carta del duque en que lo llamaba, el cura se comprometió a pagar al corregidor la suma que adeudaba, con la expresa condición de que debía desobedecer al de Medina-Sidonia. Así lo prometió y cumplió don Rodrigo, y de igual manera pagó la deuda el cura.

El corregidor recibió con disgusto el dinero, porque, no debiéndole ningún servicio el sobrino del duque, era muy probable que lo del virreinato del Perú corriera peligro. En cambio, al cura, entroncado ya en tan noble familia, la mitra, no de un obispado, sino la de un arzobispado, le hacía sombra, y más de una noche pasó desvelado pensando en que no le sería difícil obtener un capelo de cardenal.

A todo esto, la cándida de doña Blanca nunca quiso seguir a su esposo al campo, por no abandonar su gratuito destino de sacristán de la Matriz que había desempeñado desde muy pequeña. Esto poco le importaba a don Rodrigo, y aún se alegraba de ello; pero las gentes murmuraban y hacían comentarios nada favorables a la dignidad del joven.

Cierto día ancló un buque con procedencia de España; don Rodrigo se apresuró a dirigirse al puerto para recibir los pliegos de su tío.

Aprestábase a embarcarse en una canoa de pescadores, cuando notó que, en un esquife del buque, venía a tierra un individuo que había conocido muy personalmente en España. Saltó a tierra, montó en su caballo y a galope tendido se dirigió a La Serena.

Se detuvo un instante en casa del cura para decirle las siguientes palabras:

—Espero mañana en la hacienda a vuesa merced, tengo que mostrarle pliegos de mi tío.

Y echó a correr como alma que se lleva el diablo.

Don José de Cuéllar quedó sobresaltado y ansioso de saber lo que esas comunicaciones decían y, en consecuencia, se dirigió a la hacienda después de la misa que dijo más temprano que de costumbre, por cuyo motivo muchas personas no pudieron oirla. Mientras doña Blanca apagaba los cirios y

echaba los cerrojos a las puertas de la iglesia, el cura galopaba con dirección a la hacienda.

Eran las nueve de la mañana cuando llegó, pues el fundo distaba poco de La Serena. Creemos que sería el que actualmente se llama *Cutun*.

—¿Qué novedad hay? ¿Qué es lo que te ha escrito tu tío, mi señor el duque?

—Me ordena que, sin demora, me embarque en el primer buque, pues asuntos de importancia reclaman mi presencia en la corte de Madrid.

—Sin duda algún destino...

—Es lo que creo. Quizá una embajada... Vea vuesa merced la carta.

—¿Partirás con Blanca?

—De ninguna manera, aunque lo siento, pero ¿cómo dejar a vuesa merced solo y a sus años?

—Tienes razón, Rodrigo. Yo lo siento igualmente, porque mi sobrina se distinguiría en la corte, voy al decir, no por su físico sino por su bondadoso corazón.

En seguida principió a leer el pliego.

—Verdaderamente, esta carta es terminante.

—Ya vuesa merced comprenderá que no debo perder la oportunidad del regreso a España del *San Francisco de Asís*, que pronto se hará a la vela.

—¿Y Blanca, Rodrigo?

—Descuide vuesa merced, yo procuraré que don Carlos II me nombre capitán general de la audiencia de este reino, o virrey del Perú, que lo conseguiré indudablemente, Dios mediante y la influencia de mi tío, y entonces estaremos todos juntos. No dude vuesa merced que este viaje nos será de gran provecho.

—Bien lo veo y así lo pienso y creo. Parte, pues, Rodrigo, llevando mi bendición y reliquias y escapularios que, a su tiempo, te he de colgar al cuello, porque estos objetos son contra borrascas y tempestades.

*

El joven que desembarcaba del *San Francisco de Asís,* creyó reconocer en don Rodrigo a un antiguo amigo y compañero, por consiguiente, una vez en tierra, preguntó quién era el caballero que galopaba tierra adentro.

—Es don Rodrigo de Guzmán, sobrino del muy poderoso señor duque de Medina-Sidonia, le respondieron.

¡Habrá bellaco semejante! pensó el recién llegado. Sigue aquí, sin duda, haciendo de las suyas como en España. En seguida, alzando la voz, agregó:

—¡Mi hermano! ¡Gracias a Dios que tan fácilmente he dado con él!

—¿Su merced es hermano de su merced don Rodrigo? preguntaron algunos pescadores, quitándose el sombrero con mucho respeto.

—Sí, hijos míos, yo soy su hermano mayor; vengo en su busca y a fe que lo topo, como llovido, en la primera tierra americana en que pongo el pie. Búsquenme algo, aunque sea un rocín y un guía para dar con mi persona en la ciudad o aldea, o lo que sea, que mi hermano pagará.

Los pescadores, por lo pronto, proporcionaron al recién llegado un pollino con cabestro por bridas, y un pellejo por silla, y de esta manera hizo su entrada en La Serena el sobrino mayor del señor duque de Medina-Sidonia.

El recién llegado era un hombre de cuarenta años, de facciones pronunciadas, de rostro moreno, de espesa y negra barba y de proporciones atléticas. Su traje era aseado y decente; pero, a semejanza de don Rodrigo, no traía equipaje.

Al llegar, se presentó al corregidor don Pedro Cortés y Monroy y después de los saludos y ceremonias de costumbre y de haber tomado asiento, en grandes sillones de vaqueta, el recién llegado dijo:

—Vuesa merced, cierto de ello estoy, no sabe con quién está hablando.

—Dice su merced la verdad, solo sé que su merced acaba de llegar en el barco...

—Diré a vuesa merced, soy sobrino del duque de Medina-Sidonia.

—¡Cómo! exclamó sorprendido, y saltando del asiento el corregidor.

—Y vengo con amplios y explícitos poderes y facultades concedidas por real cédula, para arreglar el personal de la administración de este reino, pues S. M. ha recibido informes de personas autorizadas, de que en este citado reino de Chile se cometen extorsiones de justicia que merecen severo castigo. El virrey del Perú, don Melchor de Navarra y Rocaful, marqués de la Palata, ha informado que nada de eso acontece, y que aquella es una especie destituída de fundamento; pero la rectitud de don Carlos II, ha querido saber la verdad de lo que pasa en éstos sus apartados dominios, y me ha enviado con este fin y objeto.

—Felicito a vuesa merced por su feliz arribo, y me felicito yo por tener un huésped tan distinguido. Aquí se va a encontrar vuesa merced con otro sobrino de mi señor el duque.

—Ya lo sé, mi hermano menor, don Rodrigo.

—Exactamente.

—Lo encontraré sin duda...

—Lo encuentra vuesa merced casado.

—¡Casado! ¿Qué me dice vuesa merced?

—Lo que vuesa merced acaba de oir; y nada menos que con la sobrina del señor cura don José de Cuéllar, joven no bien parecida, pero honesta y rica.

—¡Y mi tío que le había elegido para esposa a una princesa de Nápoles! En todo caso este matrimonio es nulo de toda nulidad. Ya se arreglará esto con el Padre Santo Alejandro VIII, que está recién electo, no habiendo contribuído poco para ello mi tío el duque.

—¡Cuánto lo va a sentir el señor cura!

—Se le indemnizará regiamente. Mientras tanto, —dijo el nuevo sobrino, que había calado, como vulgarmente se dice, al corregidor— lo que he menester es que vuesa merced me haga preparar algo que yantar, que es lo que más me conviene e insta por el momento, y me dé posada porque en el pueblo no la debe haber, según he colegido por su miserable aspecto.

—Vuesa merced está en su casa, que es la del duque, mi señor.

Esa noche, el recién llegado, que se llamaba Pedro Luján, se dijo: —Aquí hay un enredo de los demonios; Joaquín Mendoza ha hecho de las suyas como acostumbra. Orientémonos en este laberinto. Se llama Rodrigo de Guzmán, pues bien, yo me llamaré Lope de Guzmán. Tino y cautela, que aquí, se me figura, he de hacer un caudal, sin trabajo alguno.

Y satisfecho y tranquilo, después de cenar, se echó a dormir en la mullida cama que le había hecho preparar don Pedro Cortés y Monroy.

*

Ese mismo día, en que tan repentinamente se presentó el nuevo sobrino del duque, el corregidor hizo llamar a don José de Cuéllar, que acababa de regresar de la hacienda de don Rodrigo. Una vez juntos, le dijo don Pedro:

—He llamado a vuesa merced para comunicarle una noticia muy importante.

—Raro caso es éste, —respondió el cura— parece que desde ayer estoy convertido en pasadizo, lugar y receptáculo de graves noticias. Y ¿qué es ello, señor don Pedro?

—Aunque parezca a vuesa merced cosa enojosa, diré a vuesa merced que acaba de llegar otro sobrino de mi señor el duque de Medina-Sidonia.

—¡Otro! Pues de esta manera, y a este paso, parece que se han concertado todos...

—Es el mayor.

—¡Qué vengan los que quieran, a mí nada me importa!— exclamó amostazado el cura, y con las ideas confusas para las cosas que, en tan corto espacio de tiempo, había oído.

—¿Cómo dice su merced?

—¡Yo no sé lo que me digo!

—Vea y repare vuesa merced que trae plenos poderes sobre la administración del reino, y esto nos importa y conviene a todos. Vuesa merced puede llegar a ser obispo.

—Y vuesa merced a virrey.

—¿Qué duda hay en ello? Además, trae la negra noticia que don Rodrigo debe casarse con una princesa de Nápoles.

—¡Ah! —exclamó el cura—, ahora comprendo y me explico el objeto por qué lo llama, tan urgentemente su tío, mi pariente! Pero eso no tendrá lugar... ¡Mi sobrino, bígamo!...

—El Padre Santo anulará el matrimonio.

—¡Eso no puede ser! Las leyes divinas y humanas se oponen y reprueban... ¡Séos decir a vuesa merced que, desde ahora, prometo que don Rodrigo no pondrá un pie fuera del reino de Chile!

Y salió furioso, y tambaleándose como si hubiera bebido con exceso.

Ese mismo día, hizo un propio al joven, participándole, por medio de una carta, que pegó con un recorte de hostia, que había llegado su hermano mayor, comisionado por el rey para hacer ciertos arreglos en la administración, y que, sin pérdida de tiempo, se trasladase a la ciudad.

Don Rodrigo leyó la carta, y dijo para su capote:

—¡Cómo no tire de la manta el diablo! Pero se me figura que ese truhán de Pedro Luján lo va a descubrir todo... porque, indudablemente, es él, lo conocí al instante. Se hace pasar por hermano mío... ¿Qué plan se habrá formado? En todo caso nos entenderemos, que entre pillos anda el juego.

Montó en su caballo y partió. Aún no se desmontaba, en el corralón que servía de patio a la casa de don José de Cuéllar, cuando el cura, enojado, le gritó:

—¿Por qué, Rodrigo, no me habías dicho que tenías otro hermano?

—Por la misma razón que no le he dicho que tengo primos.

—Me convenzo, hijo, —respondió calmado el cura— me convenzo. Te he hecho llamar para que lo recibas, pues no es justo que él se hubiera tomado la molestia de ir a verte a la hacienda.

—Agradezco a vuesa merced la atención.

—Era mi deber. ¿Te has olvidado que perteneces a mi familia?

—En manera alguna.

—¿Sabes con qué empanada viene el dichoso hermanito, que aún no he tenido la felicidad de conocer?

—Nada sé.

—Pues, ¡ahí es un grano de anís! ¡Ah! se me olvidaba... Ya pareció aquello, lo del urgente llamado que te hace el duque, mi señor.

—¿Verdad?

—Está más claro que el agua; o si no...

—Explíquese vuesa merced.

—Te llama para casarte con una princesa de Nápoles. ¿Qué te parece? ¿No es esto una iniquidad?

—Imposible.

—Como lo oyes.

—Sin duda por razón de Estado... porque la política... la...

—Y, ¿qué le importa a mi sobrina la política? Pero tú, Rodrigo, no obedecerás, ¿verdad?

—Maravíllome que vuesa merced pueda creer que sea capaz de casarme sin amar.

—¡Cabal! ¡Y con una mujer que no has visto! Tienes mucha razón, así mismo me lo figuré, y se lo dije a don Pedro.

—Huélgome de ello.

—¡Un abrazo, Rodrigo, un abrazo, hijo mío!

Y se abrazaron.

—¿Sabes qué estoy pensando? —dijo el cura—. Que es menester aposentar lo más decentemente posible, a tu hermano. No trae equipaje y, según barrunto, viene sin blanca.

—No sería extraño.

—Díme, Rodrigo, ¿es por acaso costumbre, allá en España, viajar tan pobremente?

—Es costumbre inmemorial, pero atañe solamente a los nobles.

—Extraña costumbre es, a fe mía.

—Fíjese vuesa merced que sólo la observan cuando viajan por los dominios de su rey y señor.

—¡Tanto da!

—Escuche vuesa merced: de esta manera, el rey, conoce,

a punto cierto, la fidelidad de sus vasallos; porque un vasallo que sirve y atiende con generosidad y desprendimiento a un noble, atiende y sirve al mismo rey.

—¿Sabes, Rodrigo, que es una sabia idea esa?

—Por tanto, está ordenado y mandado a los nobles de primera clase, por numerosas y antiquísimas pragmáticas, viajar como dicho queda.

—Vuelvo a repetir que es una sabia idea, porque entonces el rey...

—Recompensa, con reales provisiones, a los que han servido y acatado al noble que, en este caso, representa la augusta persona del monarca.

—¿Si lo sabrá don Pedro? —se dijo regocijado el cura—. En todo caso, yo le daré esta grande nueva, pues mi deseo es que llegue siquiera a ser virrey.

—¡Ah! —agregó en alta voz—, aquí llega con tu hermano.

*

Efectivamente, en ese momento entraron el corregidor y Pedro Luján que, al ver a Rodrigo, exclamó corriendo con los brazos abiertos hacia él:

—¡Rodrigo querido, abraza a tu hermano Lope!

Y ambos jóvenes se estrecharon, largo rato, con efusión. Y mientras permanecieron abrazados, Lope dijo a Rodrigo:

—Nada temas, Joaquín, que yo secundaré tus planes.

Por fin, se apartaron enjugándose ambos los ojos. Otro tanto hicieron, verdaderamente enternecidos, el corregidor y el cura.

Don Rodrigo presentó a don José de Cuéllar a su hermano. Después de algunos momentos de conversación, el cura dijo al corregidor:

—Dejemos hablar en confianza a sus mercedes, los sobrinos de mi señor el duque, y venga conmigo, que deseo participar a vuesa merced una noticia que le puede ser útil y eficaz para aquello del virreinato.

Y salieron muy ufanos del bracero, con graves y acompasados pasos. Cualquiera que los hubiera visto, habría creído que tenían el destino del mundo en sus manos.

Una vez solos, y seguros de que nadie podía oirlos, los tunos entablaron una conversación íntima y sostenida, y se pusieron admirablemente de acuerdo.

—Hombre, —dijo Lope— te conocí al momento, pero con admiración, pues te hacía en galeras por la falsificación de marras.

—Me escapé milagrosamente, Pedro, y de la misma manera logré embarcarme y héteme aquí.

—¿Cómo te ha tratado la fortuna?

—A las mil maravillas, soy rico.

—Me alegro; pero te prevengo que si no partes conmigo, es decir, con tu compañero de garitos y burdeles, tus ganancias, te descubro aunque yo me hunda junto contigo.

—¿Y has dudado de mí por un momento?

—Tienes razón en ofenderte, te pido mil perdones. ¿Conque, es verdad que estás casado?

—¡Qué quieres!... me traía el abocastro una dote considerable...

—Te justifico, hasta yo lo habría hecho si me hubiera sido imposible robarla antes cuanto tenía.

—Y tú, ¿cómo o de qué rara manera te encuentras aquí?

—Eso es historia larga. Después de dos años de grillete, que me ha dejado algo embarazada la pierna izquierda, me escapé como tú, y de contrabando me embarqué en el primer buque que salió de Vigo y que después recaló en Cádiz.

—La suerte está de nuestra parte.

—Es lo que pienso. Y el caudal que tienes, dividido entre dos, ¿a cuánto asciende?

—No lo sé a punto cierto, pero es considerable.

—¡Voto a la sota de copas! ¡Y qué vida nos vamos a pasar en Italia! Porque es preciso que nos embarquemos para ese bello país: allí las mujeres son fogosas como las andaluzas, el vino generoso, y se juega con un desparpajo... De todo esto, y de muchas cosas más, tengo noticias seguras y fidedignas por el capitán del *San Francisco de Asís,* que es genovés.

—No tan pronto, que aquí hay terreno que explotar.

—Tienes razón. Yo, por ejemplo, puedo casarme, cualquiera quė sea la mujer, con tal que tenga ducados.

—Y no será difícil.

—Luego nuestros títulos...

—Ellos son la mina rica.

—¡Ah! se me ocurre...

—¿Qué cosa?

—Luego lo sabrás. Siento que llega el cura con el corregidor.

—Buen par de alcornoques.

—Eso trasciende de a legua.

—Si quieres tener algo en secreto, guárdate de comunicarlo a don José de Cuéllar.

—¿Sí?

—Porque lo revelará, en calidad de reservado, a todo el mundo.

—¡Famoso, esto secunda mis planes! ¡Ya verás lo que he imaginado!

En ese momento entraron el corregidor y el cura.

—Impuesto de una costumbre que ignoraba, —dijo don Pedro— saludando hasta besarse las rodillas, me hago el alto honor de ofrecer a vuesa merced, señor don Lope, las cantidades que vuesa merced hubiere menester, pues estoy seguro que S. M. el Rey, mi augusto señor, tendrá presente mis desinteresados servicios. Yo bien sé que el hermano de vuesa merced no lo permitirá; pero ruego y suplico a don Rodrigo que no me quite e impida esta oportunidad de demostrar a S. M., el señor rey, mi afecto y fiel voluntad para todo lo que atañe a su real persona, representada por sus nobles vasallos.

—Yo, señor don Pedro, no osaré oponerme a las pretensiones tan justas de vuesa merced, respondió con mucha gravedad don Rodrigo, tanto más cuanto que por estas demostraciones me consta que vuesa merced será recompensado como merece.

—No esperaba otra cosa de la hidalguía de vuesa merced, replicó el corregidor, y dirigiéndose al cura, a cuyo lado había tomado asiento, le dijo en voz baja:

—Ya aseguré el virreinato.

—Así lo creo y pienso, —respondió el cura— también en voz baja.

—En esta virtud, siguió don Pedro, vuesa merced, don Lope, será servido permitir que le suministre las cantidades que su merced necesite y haya menester, y debo advertir a su merced que, con la invasión del inglés, ha quedado este lugar muy pobre.

—Seguro de que vuesa merced, señor corregidor, será regiamente recompensado por el rey, acepto por ahora los auxilios de vuesa merced, bien entendido con cargo de estricta devolución. Puede vuesa merced remitir los ducados que tenga disponibles, ya sea en oro en pella, plata en barra, o como fuere, que yo le firmaré una obligación, a nombre del rey, ante el escribano del pueblo.

—Basta y sobra con la palabra de vuesa merced.

—Las reales pragmáticas mandan que toda obligación contraída por un noble, en servicio de S. M., sea autorizada por un escribano para que, de esta manera, el rey tenga seguridad y conciencia de la efectividad de los servicios prestados por sus vasallos a los representantes de su real persona.

—Vendrá, en este caso, don Nicolás Ramírez de Arellano.

—¡Qué disposición tan sabia! —exclamó el cura.

El corregidor se despidió resuelto a reunir la mayor cantidad posible entre los vecinos, pues se creía que cuanto mayor fuera el servicio más grande sería la recompensa.

*

Pocos días después, don Lope presentó al corregidor la real cédula dirigida al presidente de la Audiencia, por la cual se le revestía de plenos poderes para reformar la administración de la hacienda pública, y para disponer del *quinto* de S. M.

Agregó don Lope que quería dar principio por el distrito de Coquimbo, por cuyo motivo don Pedro Cortés hizo publicar un bando en el que se ordenaba que todos los nobles, feudatarios y encomenderos, en el término de cuatro días, se

presentasen ante el representante de S. M., don Carlos II, bajo pena de mil patacones, mitad para la cámara del rey, y mitad para gastos de justicia. A pesar de publicarse en todos los asientos mineros y hasta en las haciendas, nadie compareció ante don Lope.

Una vez don José de Cuéllar dijo al corregidor:

—Voy a comunicar a vuesa merced, en confianza, una gran noticia. El sobrino mayor de mi señor duque, me ha revelado que trae reales provisiones de títulos de condes y marqueses que piensa colocar en Santiago, porque S. M. se halla escaso de dineros a consecuencia de la guerra. Esta es una magnífica oportunidad para que vuesa merced se haga de un título.

—Hablaré con don Lope. ¿Sabe su merced cuánto costará uno?

—Sobre ocho o diez mil pesos.

—No me parece caro.

Transcurridos ocho días, nadie ignoraba en todo el distrito que el delegado de S. M. traía títulos para vender, e inmediatamente se trasladaron a la ciudad los vecinos más acomodados. Esta noticia pudo más que los bandos del corregidor.

Don Pedro Cortés y Monroy, que era propietario de un fundo rústico llamado *Las Ventosas,* ostentó su título de marqués de *Las Ventosas* en un bando que, sin objeto y con grande aparato, hizo publicar. Es fama que el corregidor, algunos años después, cambió su sonoro título por otro más retumbante pero menos significativo.

Don Lope expidió, a distintos precios, ocho títulos que fueron pagados en oro en pella, y en polvo, en plata, alhajas, cobre, etc. Entre los vecinos que compraron títulos podemos citar al alcalde don Diego Godoy, y los regidores don Gabriel de Rojas y don Valentín Flores.

Don Lope hizo trasladar al buque *San Francisco de Asís,* el producto de la venta de los reales títulos, junto con las economías y prendas de valor, que no eran pocas, de su supuesto hermano.

Temiendo don Lope que llegase a conocimiento de la Audiencia sus procederes, se puso de acuerdo con el capitán del buque, partiendo con él las ganancias. Tomó, además, el producto del papel sellado, y de las especies estancadas y se embarcó con su hermano don Rodrigo con dirección a Valparaíso, no sin haber asegurado antes a don Pedro Cortés que sería nombrado capitán general de la Real Audiencia; y que de aquí a virrey sólo había un paso; y a don José de Cuéllar le dijo que teniendo pruebas de que el obispo don Bernardo Carrasco estaba comprometido en el asunto que venía a arreglar, haría lo posible para obligarlo a renunciar el obispado, y en este caso el señor cura sería el que lo reemplazase.

El corregidor y el cura no cabían en sus pellejos de contento. Indudablemente que, en esos días, fueron los hombres más felices de su época.

*

El día que los sobrinos del duque de Medina-Sidonia se trasladaron al puerto, fué como un día festivo.

Muchos de los caballeros y damas que habían llegado del campo, el cabildo, las comunidades religiosas, y cantidad de pueblo, a cuya cabeza iba el corregidor ostentando la venera de marqués de las Ventosas, los acompañaron, prestando mayor solemnidad al cortejo las milicias que cerraban la marcha al son de tambores y pífanos.

El buque *San Francisco de Asís*, se hizo a la vela en presencia de la multitud consternada. Hubiérase dicho que en la embarcación se iba la felicidad del pueblo; pero los que en realidad se marchaban eran dos bribones atrevidos y afortunados.

A todo esto, don Pedro Cortés había mandado un propio comunicando a la Audiencia el pronto arribo a Valparaíso del *San Francisco de Asís,* que llevaba a su bordo a don Lope de Guzmán, sobrino del duque de Medina-Sidonia, encargado por S. M. de la reforma de la real hacienda.

Pero el buque no llegó jamás a Valparaíso.

Algún tiempo después, se notó en La Serena, que la custodia que en 1557 obsequió a la Matriz el marqués don García Hurtado de Mendoza, había desaparecido, junto con otros objetos de valor. Entonces nadie dudó que habían sido explotados miserablemente.

—¡Ya no seré virrey! —exclamó lanzando un suspiro—, don Pedro Cortés y Monroy, marqués de las Ventosas.

—¡Ni yo obispo! —repitió, como un eco, el cura don José de Cuéllar.

NO ERA LERDO EL FRAILE

En todas las aldeas del reino de España, según antiguos y modernos escritores de costumbres, han existido y existen cuatro entidades sociales, a las cuales ninguna otra ha podido echarles la pata encima, tales son:

El cura,

El alcalde,

El barbero, y

El sacristán.

Por la misma razón debía suceder igual cosa, en estos apartados dominios de las Indias del rey católico.

En la época a que nos referimos, en Chile no había ciudades, propiamente hablando, porque las que por tales se reputaban eran aldeas y aún inferiores a muchas de la Península.

Aquí sucedía, sobre poco más o menos, lo que respecto de allá dejamos apuntado, con la única diferencia que un señor de gran caudal, o de campanillas, como entonces se decía, les echaba las huachas, con sobra y ventaja, a aquellos cuatro poderes; y cuando el señor de las campanillas tenía que hacer con ellos, no había tutía: aflojar y agachar la cabeza.

En toda época, y en toda circunstancia, el vellocino de oro siempre ha tenido razón, y por ende siempre ha dominado y prevalecido.

Atendida esta circunstancia, los escritores de costumbres no han consignado una verdad fehaciente, lógica y palmaria. Vamos a probarlo.

*

El año del Señor de 1691, siendo corregidor de La Serena don Pedro Cortés y Mendoza, dejó de existir don Nuño de Medellín, alcalde y comisario de la Santa Inquisición, por cuyo motivo, en las grandes festividades ostentaba las insignias de su título que consistían en una cruz roja entrelazada por una rama de palma y por la hoja de una espada. En estos emblemas, los inquisidores fueron lógicos, pues nadie dejó de comprender que la cruz roja simbolizaba el sacrificio; la espada, la justicia; y la palma, el martirio.

El heredero de don Nuño, fué don José, su único hijo.

Joven, independiente, y poseedor de cuantiosa fortuna, José dió libre curso a sus instintos lujuriosos y depravados, que le trajeron no pocos lances, en los cuales tuvieron que intervenir el corregidor, el cura y otras personas de importancia; pero mediante los dineros de don José, estas protestas eran inútiles, y un puñado de monedas echado encima de la calaverada, terminaba el escándalo.

En aventuras de toda especie, y en los garitos en que se habían convertido las cuatro tabernas que entonces había en la ciudad con real permiso y que no poco dieron que hacer a los corregidores, perdió su fortuna don José de Medellín.

Sus amigos lo abandonaron poco a poco, pues no tenían ya qué ganarle.

En esta circunstancia, don José, que hasta entonces había sido el más recalcitrante para el matrimonio, vió un día en la fiesta del estandarte real, a Clorinda, hija del alcalde don Jerónimo Pastene de Salazar; y concibió por ella una profunda pasión.

A tal punto llegó que, sin entenderse con la joven, pidió su mano. El alcalde se la concedió de buen grado, pero aplazó el matrimonio por algún tiempo, con el objeto de que su hija lo conociera y diera gustosa su consentimiento.

Esto era calculado, porque don Jerónimo tenía conocimiento de que don José no poseía un ducado, aunque, en cambio, pertenecía a una familia nobilísima que le traería a la suya el honor de mezclarse con un caballero de sangre azul.

En consecuencia, don José principió a visitar a Clorinda y, como todo enamorado, día a día descubría en ella nuevos hechizos y perfecciones.

Don José estaba loco de enamorado.

*

Por esos días llegó de Lima el licenciado don Fernando de Olivares, sobrino de don Jerónimo Pastene y Salazar. Se hospedó en casa del tío, y luego Clorinda fué el objeto de sus atenciones.

El joven llegaba con el uniforme de secretario de la Audiencia de Chile, y los entorchados y alamares hicieron efecto en Clorinda, como la ambición hizo igualmente efecto en don Jerónimo, que dejó de pensar en la nobleza que traía a su familia el enlace de su hija con don José.

Abreviemos: don Fernando se casó con Clorinda, y pocos días después partió con su esposa para la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo.

La desesperación de don José no tuvo límites; provocó a don Jerónimo y al corredor don Pedro Cortés, quien tanto interés había mostrado por su casamiento; y ambos, conociendo el carácter fogoso y atrevido del joven, se encastillaron en sus casas.

Don Fernando partió feliz y tranquilo, al paso que don José, más enamorado que nunca, quedaba desesperado.

*

En los garitos armaba tremendas tempestades, y jamás, cuando él estaba, ocuparon su lugar las botellas, lebrillos y

otros trastos, pues todos volaban contra la faz de algún parroquiano.

Don José se abandonó a todos los excesos; empero, una ocasión que lo encontró un reverendo padre franciscano, que se retiraba al convento, después de haber confesado a un enfermo, a la hora del ángelus, le dijo:

—Venga vuesa merced conmigo, don José.

El joven le siguió, pues estaba en miserable estado de beodez. El franciscano lo asiló en su celda, y al día siguiente le dió saludables consejos.

Tan arrepentido se mostró don José, que pidió el hábito del seráfico San Francisco, y el guardián no tuvo inconveniente en concedérselo.

El joven se había educado en la Ciudad de los Reyes, y sus estudios llegaron hasta graduarse en cánones, por lo cual, a poco, recibió las órdenes sacerdotales de mano del obispo don Fray Bernardo Carrasco.

Dos años vivió muy contrito y dolorido haciendo parte de la comunidad del convento de San Francisco de La Serena; pero después de este tiempo, olvidó por completo la memoria y recuerdo de Clorinda y se dijo:

—¡Qué demonios me tentaría enamorarme de esa dama tan inconstante, con la que hubiera sido muy desgraciado! Dios me es propicio, y por tal me ha señalado, como abrigo a las tentaciones del mundo, esta santa casa del mendicante y seráfico San Francisco.

De semejante manera pensaba fray José, cuando se vió desligado de los recuerdos de la hija de don Jerónimo; y con el desamor fueron despertándose en él los desordenados apetitos de otros tiempos; no por voluntad sino por especiales circunstancias.

En esa época, se observaba con estricto rigor la constitución de la orden, que tan reformada está hoy, y solamente se permitía, durante la escasa comida, beber una sola vez, a cada conventual, un poco de vino.

Fray José, en quien, como hemos dicho, se habían desarrollado sus antiguos apetitos, no encontrando medios cómo

restablecerlos, después de cavilar algún tiempo, recurrió a un ardid, e hizo pintar un Cristo crucificado en el fondo de su vaso. Hecha la operación, ese día, en el refectorio, a cada momento se cebaba vasos llenos, exclamando cada vez que bebía:

—¡Hasta verte, Cristo mío!

Una ocasión, le dijo el guardián que no tan sólo los cánones sino la regla del seráfico, prohibían el abuso del licor, a lo que contestó fray José:

—Su paternidad tendrá razón; pero lo que es yo, sin faltar a los cánones, ni a la regla, apuro el vaso con santa intención. O si no, dígame su paternidad: ¿desea ver a Cristo?

—A todas horas, hermano.

—Entonces ordene su paternidad, que traigan un frasco de vino.

Al instante se cumplió el deseo de fray José; sacó de su manga el vaso mágico, lo llenó de vino, y presentándoselo al guardián, le dijo:

—Beba su paternidad todo el contenido, pero antes diga con unción: —¡Hasta verte, Cristo mío!

El guardián obedeció, no tan sólo para probar la intemperancia de su súbdito, cuanto porque era aficionadísimo al moscatel. Echóse a la capilla el vaso de vino y, al agotarlo, notó con admiración que había un Cristo pintado en el fondo, y dirigiéndose a fray José, le dijo:

—Tiene razón, hermano, y al beber inmoderadamente no ha pecado ni ha quebrantado la regla del seráfico; y los cánones no podrán decir ni chus ni mus, puesto que lo hace con tan santa intención. La orden preponderará mediante tan feliz idea, hermano. Id en paz.

—Amén, —respondió fray José, guardando el vaso en su descomunal manga.

*

Es fama que en todos los conventos franciscanos, se hizo pintar un Cristo en el fondo del vaso de cada conventual; y para concluir esta historia, diremos que diez años después

de haber tomado el hábito fray José, se le despertó una noche para prestar los últimos auxilios a un moribundo.

Agonizaba una mujer, y esta mujer era Clorinda que había sido abandonada por su esposo. Fray José la reconoció al momento; y en vista de los sufrimientos de la infeliz, el físico fué de opinión darle un calmante antes de que se le administrasen los sacramentos.

—Está bien, —dijo fray José—, pero después de las medicinas del alma.

Y procedió a ponerla la Santa Extrema.

—Venga ahora el calmante, —añadió, sacando un vaso de la manga.

El físico le pasó el medicamento, y fray José vertiéndolo en el vaso, lo aplicó a la boca de la moribunda diciendo:

—¡Hasta verte, Cristo mío!

La hija de don Jerónimo expiró.

EL DIABLO EN LA SERENA

El año 1703, en uno de los días del mes de febrero, tuvo lugar un acontecimiento tan extraordinario que conmovió y aterrorizó a los habitantes, no sólo de La Serena, sino a los de la campaña y a los de todo el distrito.

El maestre de campo, don Felipe de Rojas, uno de los más acaudalados vecinos, tenía una hija hermosísima que contaba apenas dieciocho años, por consiguiente, le faltaban siete para llegar a la edad del casorio, no porque las niñas de aquella época con tales años no fueran núbiles, sino porque era costumbre de rigor casarlas después de cumplidos los veinticinco. Era, además de honesta, hacendosa, porque la educación consistía entonces en inculcar a los hijos, no cariño y confianza en los padres, sino temor, y en ocuparlos hasta en las faenas domésticas más despreciables que incumbían sólo a los esclavos.

Y don Felipe solía decir a su hija, cuando ésta mandaba algo:

—Anda y hazlo tú, de aquí a mañana puedo morir pobre, y no teniendo a quién mandar, lo sabrás hacer.

Con tan absurdo y extravagante sistema, no era extraño que muchas jóvenes, abrigando sentimientos delicados y nobles, porque el corazón de la mujer no ha cambiado, contrariadas, anhelaran la libertad, como ave enjaulada; y las jóve-

nes de ese entonces permanecían constantemente encerradas en sus casas, no saliendo sino por la mañana a oír misa en el templo más cercano, acompañadas de las madres y de algunas esclavas.

En las casas no se recibían visitas de jóvenes, sólo se permitían las de los sacerdotes y de algunos caballeros de edad provecta. El casamiento se hacía como hoy se hace en la China y en el Japón. No es, pues, extraño que las niñas concibieran algunas veces pasión por algún joven que habían visto furtivamente. En este caso podía contarse a la hija del maestre de campo don Felipe de Rojas.

Un día que salía de misa, al alzar sus ojos se encontró con los de un apuesto mancebo que la envolvía con su mirada; se puso encendida como una amapola, y los bajó para no fijarlos hasta que entró en su casa.

Al siguiente día, a pesar de su resolución, involuntariamente volvió a mirar y tornó a ver al joven que también la miraba. Esta vez no sólo conoció que sus mejillas se habían puesto encendidas, sino que sintió latir su corazón de una manera inusitada y desconocida.

En otra ocasión notó que el mancebo la seguía prudentemente a la distancia, y por último se convenció de que era imposible salir sin encontrarlo, y terminó por concebir una pasión tanto más grande cuanto que debía ocultarla en lo más profundo de su pecho. La existencia principió a hacérsele pesada, casi insoportable; solamente por la noche tenía algún descanso, si puede llamarse descanso evocar recuerdos derramando lágrimas.

Su sueño era limitado, pero soñaba en su felicidad, para despertar envuelta en la realidad más desesperante. Por fin, tan halagador reparo huyó de sus párpados y su salud se alteró visiblemente. Le sucedía lo que a las flores que se las arranca del terreno que les es propicio para ponerlas en otro que les es desventajoso, y allí, desarrollándose mustias y descoloridas, terminan por morir de nostalgia.

*

El apuesto y elegante joven que tanto amor había inspirado a la hija del maestre de campo don Felipe de Rojas, contaba veintiocho años a lo más. Sin ser hermoso tenía una presencia varonil y gallarda. Un ligero pliegue que unía sus cejas, y su labio inferior algún tanto pronunciado, le daban un marcado aspecto de orgullo y osadía. Era el heredero de la cuantiosa fortuna de un tío que contaba ochenta años y que estaba ciego mucho tiempo por efecto de cataratas. Llamábase el joven don Juan de Salazar.

Una ocasión que pasaba frente a la iglesia de San Francisco, sin quitarse el sombrero, con la mano izquierda en el pomo de un espadín, y la derecha en el embozo de su capa blanca, notó que una preciosa niña entraba en la iglesia. La vista de la joven lo impresionó sobremanera y se dijo:

—¡Por vida de... esta señora es encantadora! Veamos quién es.

Y se puso a pasear frente a la iglesia esperando la conclusión de la misa. A poco terminó ésta, volvió a ver a la joven y la siguió.

—¡Vive Cristo! Si es la hija del maestre de campo don Felipe de Rojas! Sabía que tenía una, pero no me imaginaba que fuera tan hermosa. ¡Lástima que sea hija del miserable que arruinó a mis padres! De otra manera... ¡No, que la sangre noble no debe mezclarse con la de ese vil canalla!...

El joven siguió su camino, pero al día siguiente volvió impelido como por una voluntad secreta. Cuestiones de interés habían abierto un abismo entre los dos jóvenes, y además el carácter soberbio y caballeresco de aquellos tiempos hacía más insondable ese abismo.

Pero esto no obstó para que don Juan de Salazar esperase diariamente a la joven a la puerta de San Francisco, y la siguiera hasta su casa, que no distaba cien varas del templo.

A pesar de las dotes que adornaban a don Juan de Salazar, de su gallarda presencia, de su arrogante valor y altanería, cualidades muy apreciadas en su época, y de su cuantiosa fortuna, todos, casi en general, si no le odiaban, procuraban al menos apartarse de su trato. Las mujeres le aborrecían por-

que le tenían miedo, y algunas, al pasar junto a él, hacían la señal de la cruz bajo sus rebozos.

¿De qué provenía esto?

Según cuenta la crónica, provenía de que a don Juan de Salazar pocas veces se le había visto en misa, jamás confesarse, ni aún sacarse el sombrero al pasar frente a las iglesias. Se agregaba que tampoco saludaba al cura ni a otros sacerdotes, y que, por el contrario, no les cedía la acera y se reía de ellos. La crónica refiere también que por estos motivos, en las pláticas se le trató de hereje, lo que ocasionó el temor general que se le tenía y que dejamos apuntado.

Por todo esto a don Juan no se le daba un ardite.

Pero sucedió que poco a poco fué enamorándose de la hija del maestre de campo, a tal punto que sus mudas y silenciosas miradas, aunque correspondidas, no llegaron a bastarle... Para salir de tan angustiada situación, concibió un plan después de maduras reflexiones. Nada más fácil le hubiera sido que escalar las murallas de la casa; pero amaba, y el que ama verdaderamente es muy tímido.

*

Había en la casa del maestre de campo una negra mulata que tenía la libertad de salir a toda hora del día —lo que estaba prohibido a los demás esclavos— porque la negra estaba jubilada por vieja. Y tan vieja era que había criado al maestre don Felipe de Rojas y, para decirlo todo, era tan vieja que tenía sobre el labio superior siete u ocho pelos blancos, largos y recios, a manera de bigotes de gato.

A esta esclava se propuso cohechar don Juan de Salazar.

La habló un día en un lugar apartado, y mediante algunos ducados, la mulata consintió en ser portadora de un recado amoroso y prometió traer la contestación. A don Juan le hubiera sido fácil escribir, valiéndose del escribano don Gaspar Caldera; pero no quiso hacerlo sabedor de sus amores, y además habría sido inútil, pues por lo mismo que él no sabía hacerlo no lo debería saber la hija del maestre.

Así era la verdad. En aquellos tiempos, a los hijos de nobles no los educaban porque no tenían necesidad, pues habiendo riquezas, la educación se miraba como propia del plebeyo que tenía que ganar el sustento con el producto de su trabajo. En las hijas sucedía otro tanto, por dos motivos: por el que dejamos dicho, y además para que no leyeran cartas de sus amantes, ni las contestasen.

Así, pues, don Juan de Salazar tuvo que resignarse a mandar y recibir recados, gratificando a la mulata regiamente. Las contestaciones eran favorables, y el joven, loco de alegría, sentía que de momento en momento se aumentaba su amor, que ya más que amor era delirio.

—Si yo la pidiera al maestre, se decía, mis tormentos cesarían, porque sé que admitiría gustoso mi solicitud... Mas, no, fuera de mí semejante idea... ¡Los de Salazar no podrán mezclar jamás su sangre con los de Rojas!... ¡Me dejaste sin blanca, maestre de campo, robándome, porque robaste a mis padres abusando de la ciega confianza que en tí teníanl... ¡Qué sería de mí sin mi querido y anciano tío! ¡Corazón que tanto amas, no, no abrigues pensamientos tan menguados!....

*

Mientras tanto la hija del maestre de campo, postrada en su lecho, era presa de una melancolía que la había puesto en un estado casi inconocible. Los colores habían desaparecido de sus mejillas; la sonrisa había huído de sus labios, y hasta el encantador hoyito que tenía en la barbilla no existía.

Dos sacerdotes que entendían algo en medicina y que hacían el oficio de físicos en la ciudad, declararon que el mal era de una naturaleza desconocida para ellos.

Don Felipe de Rojas recurrió entonces a los remedios espirituales: mandó rezar novenas en la ermita de la gloriosa Santa Inés; hizo promesa de ir a pie a Andacollo y costear misas gregorianas a las ánimas más necesitadas.

La mulata Amadea que, como hemos dicho, había criado

al maestre, y que sirvió también de ama de brazo a su hija, no se apartaba un instante de la cabecera del lecho de la joven, y si se separaba era para ir a ver a don Juan y llevarle un recado de pura invención, porque jamás se habría atrevido a decir una palabra a su señorita, ni menos ésta a su *ña* Amadea, como la llamaba.

Tal era el respeto que en las familias reinaba entre los hijos y los esclavos.

Podría decirse sin exageración que cada casa era un castillo feudal.

La mulata escondía sus ducados, y la joven su amor que la iba aniquilando rápidamente.

Con menos temor, la expansión en el cariño paternal la habría mejorado y hecho feliz quizá.

Un día dijo la niña a la vieja:

—¿Te acuerdas cuando me contabas que sabías hacer unturas, con las cuales una persona podía volar, convertida en ave?

—¿A qué viene eso, angelito de Dios?

—No lo sé; pero anoche me desvelé pensando en esta circunstancia.

—Es singular.

—Cierto, y tan raro es que no me acordaba de ello tantos años... porque cuando yo era niñita me contabas esas historias... Escucha, Amadea, y no se lo cuentes a nadie... yo necesito que me compongas esas misturas, deseo volar, respirar aire que en esta alcoba me hace falta... ¿no has notado mi aliento forzado, mi pecho oprimido? Si me traes esas unturas verás cómo sano.

—Hijita, no dé vuesa merced crédito a esos cuentos, que ofende a Dios. Para dormir a vuesa merced en mis rodillas le refería esos cuentos.

—Nó, Amadea, yo he soñado que no es mentira... yo quiero salir de aquí, y debes traerme lo que te pido.

—Pero...

—Estoy viendo que no me amas... Bien, ¿estarás más contenta viéndome morir?

—¡Por Dios, no diga eso vuesa merced!

—Si no me complaces, no me quieres.

Y la joven prorrumpió en llanto.

La mulata, llorando también, le dijo:

—Consuélese, que le prometo traerle esta noche el ungüento.

—Dios te lo pagará, viejecita.

Esa noche se acercó la mulata al lecho de la joven con dos callanas en las que había unturas negruzcas.

—Aquí tiene su merced lo que me pidió.

—¡Ah! —exclamó la joven, y por un esfuerzo de voluntad se incorporó con alegre semblante.

—¿Cómo se usa esto? —preguntó en seguida.

—Con el dedo se aplica a la frente, se procura en seguida dormir y después se vuela a donde se desea.

—¿Dónde yo desee?

—Sí, amita.

—¡Gracias, gracias, Amadea!

Y la joven se embadurnó la frente, y dijo:

—Guarda en mi cajuela las callanas, guárdalas bien.

La mulata hizo lo que se le mandó.

—Ahora, —añadió la joven— déjame: deseo dormir.

La vieja salió murmurando:

—¡Santísima Virgen de Andacollo, ruega a Dios porque duerma, que así recobrará las fuerzas!

Se enjugó una lágrima y se echó al lado de la puerta, como un perro que guarda a su amo.

*

Don Felipe de Rojas que no sosegaba desde que la salud de su hija se empeoraba de día en día, regresó esa noche con los padres que hacían de médicos o físicos, a pesar de sus protestas.

—Suplico a sus paternidades que vuelvan a ver a mi hija. Yo bien sé que su mucho saber no llega, como me lo han dicho, a combatir tan gran mal; pero será para mí un consuelo que mitigará mi dolor.

Llegaron los tres, y después de departir un momento en la sala, se dirigieron a la alcoba de la joven.

Al entrar, uno de los sacerdotes tropezó con la mulata que se había dormido a la intemperie, y estuvo a punto de caer.

Notándolo el maestre, aplicó a la vieja un puntapié que hubiera despertado a una piedra, y la dijo con energía:

—¡Véte de aquí, bestia inútil!

Entraron.

La joven reposaba; pues, con el deseo de ver un momento de cerca a don Juan de Salazar, se había dormido.

El maestre cogió la vela y se acercó al lecho, seguido de los frailes.

—¿Qué es eso? —dijo el maestre, notando la tiznada frente de su hija.

—¡Oh, oh! —exclamaron los físicos.

La luz cercana y las voces despertaron a la joven.

—¿Por qué han despertado mi sueño? Iba ya a volar y ser feliz, —murmuró la niña sin darse cuenta de los que veía.

—¿Qué dice? —exclamaron los frailes,— mirándose uno a otro.

—¿Qué significa lo que tienes en la frente? —preguntó el maestre.

—Untos para volar.

—¿Quién te los ha dado?

—Diré a su merced, padre: sabía que la Amadea los preparaba, porque siempre me lo decía cuando yo era muy pequeñita, anoche lo recordé, a pesar de hacer tantos años, hoy se los pedí y no hace un momento que me los trajo. Ya me iban saliendo alas para volar, cuando su merced, padre, me ha despertado.

Los sacerdotes sacaron sus rosarios y principiaron a rezar.

El maestre, aterrorizado, los miraba con un palmo de boca abierta.

—En esta casa hay brujos, —dijo uno de los físicos.

La joven lanzó un grito.

El maestre principió a temblar.

—Hija ¿quién te ha dado esos untos? Repítelo.

—La Amadea.

Don Felipe soltó la vela y habría caído de espaldas a no haberle sujetado los padres.

Dos horas después estaban en la sala de la casa, una gran imagen que se había traído de San Francisco, alumbrada con cirios, un monaguillo con una caldereta, y los dos padres puestos de estola, bendiciendo todos los aposentos y rezando en alta voz lo que en estos casos manda el ritual.

La joven, a vista de tan extraño como inesperado aparato, perdió los sentidos presa de espantosa fiebre.

*

Al siguiente día había en la población grande alarma. La calle donde estaba situada la casa del maestre, se hallaba atestada de gente con semblantes consternados.

Todos preguntaban, nadie respondía; pero la generalidad tenía conciencia de que en la casa de don Felipe de Rojas había tenido lugar, en la noche, un acontecimiento extraordinario.

En medio del tumulto y conjeturas de mil especies, se oyeron los sonidos, de un pífano y de un tambor. La admiración fué grande, y subió de punto cuando vieron que se acercaban cuatro arcabuceros, el verdugo y la música indicada.

Viniendo de la plaza, llegó a la plazuela de San Francisco, la atravesó en dirección oriente y a poco se detuvo ante la casa del maestre. La gente, que se había aumentado considerablemente, guardó profundo silencio.

Un momento después la comunidad de San Francisco, que era numerosa entonces, desembocó por la misma calle, con cirios verdes en las manos, y se detuvo igualmente ante la puerta de la casa del maestre.

El verdugo penetró en la casa de don Felipe de Rojas.

El silencio, como hemos dicho, era imponente.

De repente se sintieron las herraduras de un caballo, y apareció don Juan de Salazar caballero en un brioso corcel, ostentando sobre su pecho la venera de marqués.

—¡Paso, canalla! —gritó, y a trote largo atravesó la calle, hendiendo la multitud.

Nadie osó detenerlo ni con el más leve ademán, pero casi todos dijeron:

—¡Allí va el hereje!

Don Juan de Salazar se sonrió desdeñosamente, puso a galope su noble animal, y desapareció al dar vuelta a una esquina.

Un estremecimiento general circuló por la multitud, como el choque de una poderosa pila eléctrica, y un grito unánime exhalaron los pechos, sin poderse asegurar si de espanto o de indignación. El verdugo salía conduciendo con una soga al cuello a la mulata Amadea, que tenía los brazos atados a la espalda.

Apenas la infeliz daba paso, y por su aspecto denotaba que en la noche había sido sometida a una recia vapulación.

Al aparecer el verdugo, sonaron el pífano y el tambor, y la comunidad echó a andar, murmurando gangosas oraciones, hasta la cárcel de mujeres, situada en la plaza, en donde se la dejó en poder de la justicia ordinaria y del delegado del Santo Oficio, que lo era entonces don Pedro Alvarez de Tovar.

*

Los trámites de justicia, tan largos y engorrosos en esos tiempos, —que pleitos en que se ventilaban grandes fortunas, ganados venían a perderse, porque quedaban reducidos a voluminosos autos,— eran muy distintos bajo todos aspectos cuando se trataba de alguna cuestión que estaba bajo la jurisdicción y dominio de la Inquisición.

Por consiguiente, cuatro días después de lo referido, la plaza era teatro de una escena repugnante, que es, ha sido y esperamos que será la última.

Habíase levantado un tabladillo para el cabildo y el corregidor don Diego de Mayorga, el escribano y el delegado del Santo Oficio.

Las pocas tropas que había estaban tendidas alrededor del

rollo fijo en el centro de la plaza, en el mismo lugar en que lo colocó Francisco de Aguirre, fundador de La Serena; las campanas de los templos tocaban plegarias, incluso la del cabildo, porque se convocaba a los capitulares a son de campana; la plaza estaba atestada de gente.

Eran las diez de la mañana.

A un ademán del corregidor, se abrieron las puertas del aposento que hacía de cárcel de mujeres, y el verdugo escoltado de mosqueteros, tambores y pífanos, condujo a la mulata al rollo y allí la amarró. La infeliz no daba casi muestras de vida.

En ese momento tuvo lugar un acto eminentemente solemne para la multitud apiñada en la plaza. Por sus cuatro ángulos aparecieron con cirio en mano y entonando preces la comunidad de Santo Domingo, la de San Francisco, la de la Merced y la de los padres del colegio de jesuítas, que entonces eran dueños de la que hoy conocemos como iglesia de San Agustín. La multitud se arrodilló, y las comunidades avanzaron y rodearon el rollo en que estaba atada la mulata, con los ojos bajos y orando. Sonó un clarín...

Entonces el escribano Gaspar Caldera, con voz sonora, dió lectura al voluminoso expediente, formado, sin embargo, en cuatro días.

Creemos inútil referir sus originalidades; sin embargo, para dar una muestra de ellas, bastará y aún sobrará con la declaración de un esclavo del maestre de campo don Felipe de Rojas que, bajo juramento, dijo: que una noche de luna había visto a la mulata Amadea subir a la torre de San Francisco en cuatro pies hasta el gallo de la cruz (*) y bajarse de la misma manera como lo hubiera hecho una mosca o una araña; y preguntándole qué había ido a hacer allí le había respuesto que a extraer estiercol de ciertas aves desconocidas

---

(*) Entonces la torre terminaba con una cruz de cobre superada por una veleta en forma de gallo.

que se posaban en el gallo durante la noche, para hacer con él ungüentos maravillosos.

Concluída la lectura de los autos, y como si esto solamente se hubiera esperado, don Juan de Salazar, montado como la primera vez, penetró en la plaza, pasó ante el tabladillo cabildil, y quitándose el sombrero dijo con despreciativa sonrisa:

—¡Salud, hato de bestias!

Y desapareció en dirección a las Vegas. Todos oyeron, pero todos se preguntaron:

—¿Qué dijo el hereje?

La vieja fué excomulgada y azotada hasta dejarla exánime. En este estado se la condujo nuevamente al calabozo. El delegado del Santo Oficio pidió que, junto con el expediente, se la remitiera a la Inquisición de Lima, en el primer barco que para aquel punto se dirigiera. Así se acordó, y de esta manera concluyó este acto inquisitorial, el primero en La Serena.

*

La noche de ese día memorable fué serena y templada, las estrellas brillaban con un resplandor admirable y aparecían más grandes; no titilaban porque en la atmósfera no había humedad. Era una noche tropical.

La impresión causada por la escena que había tenido lugar en el día, tenía embargados los ánimos, y en todas las casas se ocupaban en rezar ante las imágenes de que eran devotos. Eran las siete y en ese momento las campanas de los templos tocaron a muerto.

—¿Quién ha muerto? se preguntaba la gente.

Pronto se supo que era la hija del maestre de campo don Felipe de Rojas.

—¡Dichosa criatura! —exclamaron todos.

A poco, formando contraste, un repique de campanas se hizo oír en la torre de la iglesia de San Francisco.

—¿Qué significa ésto? —se preguntó la gente que, a la novedad, se había reunido en la plazuela del templo.

—Dios está con nosotros, —gritó un padre que salió a la portería, mientras la iglesia se iluminaba—, hoy, el enemigo nos ha arrebatado un alma, pero hemos conquistado otra. De rodillas, hijos míos, y alegraos: don Juan de Salazar ha pedido el hábito con verdadera contrición; por esto, pues, están de plácemes los hijos del seráfico Francisco.

La gente cayó de rodillas.

En ese momento, un aerolito, tan frecuentes en noches serenas y eléctricas, surcó el espacio de oriente a poniente, alumbrando la ciudad con azulada luz, y dejando tras de sí una luminosa cauda, fué a perderse tras el horizonte formado por el océano. Un grito de espanto se levantó de entre la multitud que gritó:

—¡El diablo se lleva el alma de la mulata!

Al día siguiente, la desgraciada vieja amaneció muerta en su prisión.

MILAGROS DE UN SANTO

A principio del siglo XVIII llegó de Lima a Santiago don Martín Manrique. Contaría en esa época cuarenta años a lo más, y podía, sin exageración, habérsele tomado por el tipo del aventurero de baja ley. En Lima no hubo garito que no frecuentara, damisela que no conociera, ni pulpería de que no fuera asiduo parroquiano. Donde él se encontraba era inevitable un escándalo o una pendencia. En una de éstas, un garrotazo bien dado le quebró la nariz; pero don Martín se mandó hacer una tan perfecta, que era preciso saberlo de antemano para conocer si la que llevaba era natural o artificial.

No presentándole Lima un teatro suficiente para sus calaveradas y pillerías, pues era ya una carta muy conocida, como vulgarmente se dice, y además viéndose perseguido por la justicia, se embarcó ocultamente, de acuerdo con el piloto, en un buque que se hacía a la vela con dirección a Chile. Por estos motivos, y de esta manera, llegó don Martín Manrique a Santiago

Se nos olvidaba decir que trajo consigo a un sirviente muy fiel llamado Baltasar, que se hubiera dejado matar por su amo, porque Manrique, lejos de tratarlo como a tal, lo miraba como un compañero, y en todas sus francachelas tomaba una parte tan activa como su amo. Baltasar era vivísimo de genio, de imaginación pronta y fecunda, y sabía amol-

darse, cuando convenía a todas las circunstancias, sin esfuerzo alguno. El esclavo era indispensable a don Martín, y por eso compartía con él los dineros ganados en los garitos; pero en cambio Baltasar participaba con su amo los pinchazos, palos y moquetes en las pendencias.

A poco de llegar a Santiago, continuó el mismo sistema de vida que había llevado en Lima, aunque en más baja escala, porque Santiago era entonces muy inferior a la Ciudad de los Reyes, y no existía en ella la corrupción que en la corte del virrey don Manuel de Osunus, marqués de Casteldosrius. Podía haberse dicho, con mucha propiedad, que era un vasto convento.

Algunos doblones trajo del Perú don Martín; pero a poco los perdió y quedó sin blanca. Amo y sirviente aguzaron la imaginación y pusieron en tortura su caletre, con el fin de arbitrarse los medios de subsistencia. Busca por aquí, estafa por allí, con trampas va y con trampas viene, y con deudas por todas partes, pasó don Martín largo tiempo. Cansado de llevar una vida tan insoportable, pues sus numerosas trampas lo obligaban a salir solamente por la noche, concibió el proyecto más extravagante y raro en su carácter. Una ocasión dijo a Baltasar:

—Baltasar, desde luego quedas en libertad; no debe tener esclavos quien no tiene cómo mantenerlos.

Baltasar se echó a llorar, pero don Martín alegó tan buenas razones, que al fin se conformó, abrazó las piernas a su amo, le besó la mano y se despidió. Don Martín enjugó una lágrima y entonó la copla siguiente:

Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer a hoy,
Que ayer maravilla fuí
Y hoy sombra mía no soy.

—¡Qué diablo, mi resolución es formal!

Y como principiaba a anochecer, se quitó la nariz, para burlar al acreedor que pudiera topar, y salió del chiribitil donde vivía.

*

Serían las diez de la noche cuando caminando por la calle del Rey, hoy del Estado, se encontró de manos a boca con un padre de la orden de San Francisco que, de una confesión, regresaba a su convento. Don Martín le hizo un elegante saludo, lo único que le había quedado de sus mejores tiempos, y le dijo:

—Perdone vuesa paternidad que lo detenga un instante.

—Escucho a su merced con el mayor gusto.

—Desearía saber de vuesa paternidad si sería posible hablar, ahora mismo, con el provincial.

—Está su merced hablando con él.

—¡Ah!...

—¿Qué se le ofrece a vuesa merced?

—Es asunto largo y de importancia.

—Si su merced gusta, iremos a mi celda.

—¡Qué me place!

Y echaron a andar.

Una vez en la celda, le dijo el provincial.

—Pues ya que estamos aquí, escucho a vuesa merced.

—Vuesa paternidad me perdonará, pues voy a hablarle con toda franqueza. Cansado del juego, del vino y las mujeres, he formado la inquebrantable resolución de pasar el resto de mi vida en este convento, vistiendo el hábito del seráfico patriarca, y entregado a la oración y a la penitencia.

—Hijo mío, respondió el provincial con el rostro animado por la más dulce alegría, hijo mío, Dios, sin duda, ha tocado tu corazón y ha traído al aprisco a la oveja descarriada. ¡Quién sabe, —exclamó, alzando a lo alto la cabeza—, si el Todopoderoso te destina para grandes cosas!

—Las palabras de vuesa paternidad son el más suave bálsamo que tranquiliza mi corazón, dijo el tuno enjugándose los secos ojos.

—Entonces, hijo mío, —siguió el provincial—, arregla tus negocios, despréndete de todo lo que te ligue a este mundo engañador, y vuelve a esta santa casa, que yo y la comunidad te recibiremos con los brazos abiertos.

Difícil le era, a fe, a don Martín realizar los consejos del

franciscano, porque lo único, no diremos que lo ligaba sino que lo tenía remachado al mundo, eran sus numerosas deudas. Así es que respondió incontinenti:

—Todo lo había previsto. Mi poco dinero lo he cedido al hospital, mis trajes los he dado a los pobres, reservándome éste que visto porque es el más inferior y usado. Mi único deseo es, ya que he entrado en esta santa casa de Dios, no salir de ella.

—Pues bien, hijo mío, se hará lo que deseas.

Llamó a un padre, le habló algunas palabras en voz baja, y en seguida dijo a don Martín:

—El hermano Diego te conducirá a tu celda. Vé en paz, hijo mío.

Manrique siguió al hermano Diego. El provincial quedó muy complacido, frotándose las manos y diciéndose:

—Los más grandes santos han sido pecadores arrepentidos. ¿Quién puede dudar que éste llegue a ser uno?

Y siendo ya más de las once, el provincial se arrodilló, abrió el breviario y principió a rezar. Concluído el rezo, se acostó murmurando:

—¿Quién puede dudar que este nuevo hermano llegue a ser un santo que dé lustre y engrandecimiento a nuestra orden?

Y se durmió arrullado con esta idea.

*

En la época de que hablamos, muy pocas eran las personas, en todas las jerarquías sociales, que dejaban de oir misa cotidianamente. Y siendo la franciscana la orden más preponderante, su templo era uno de los más concurridos.

Al día siguiente, el hermano Martín, con un aire de verdadera contrición, encendía los cirios en los altares. Sus acreedores vieron, con asombro, tal mudanza, y unos se propusieron cancelar sus cuentas, mientras otros comprendieron que la presa se les había escapado. El socarrón de don Martín, cada vez que con un platillo pedía limosna a los fieles durante la misa, se acercaba a sus acreedores, y poniéndoselo bajo las narices les decía en voz baja y con sonrisa burlona:

—Déjelo su merced, y abónelo a la deuda que tengo con su merced.

Manrique había abrigado la idea de que en los conventos se llevaba una vida regalada, y tanto por esto como por burlar a sus acreedores, concibió la determinación de hacerse motilón. Efectivamente, el gran respeto con que las gentes miraban a todo lo que se rozaba con la religión, hacía imposible que algunos de sus acreedores lo condujera ante un tribunal. Pero respecto a lo primero se equivocó solemnemente.

El convento era severo y estricto; allí se dormía poco, se comía menos, y se trabajaba mucho. Sin embargo, permaneció en él dos años. Y ya se iba arrepintiendo de su singular vocación, cuando un día recibió la orden de trasladarse al convento de La Serena.

Don Martín se dijo:

—Probaré a ver si allá es como aquí, y si lo fuere, venderé el hábito para mortaja, y pastelero a tus pasteles; y además como en esa ciudad no tengo deudas, las contraeré.

Con tan halagüeño porvenir partió para La Serena.

*

Era, a la sazón, guardián del convento de La Serena, fray Bernardino de Saldaña, anciano crédulo y sencillo cual un niño, y como trataba a los conventuales con suavidad y dulzura era muy querido y respetado de todos. Don Martín le cayó muy en gracia, y el socarrón supo conservarse en ella.

Hacía poco que había llegado, cuando un día sábado entró en el claustro el barbero, con una bacía bajo del brazo. Don Martín se restregó los ojos, pues dudaba, sin embargo, de lo que estaba viendo. El barbero de la comunidad no era otro que su esclavo Baltasar.

—No conviene que me reconozca delante de los padres, se dijo.

Baltasar, por su parte, al instante conoció a su amo bajo el raído y mugriento hábito, e intentó darle un abrazo, pero comprendiendo un gesto de inteligencia que le hizo don Martín, se contuvo y manifestó la mayor impasibilidad e indiferencia.

Afeitados de barba y cerquillo los frailes, salieron del aposento, que era el refectorio, quedando el motilón en manos del barbero. Dos amigos que se vuelven a ver, después de larga ausencia, no se abrazan con más efusión como se abrazaron amo y esclavo.

—¡Su merced de fraile, mi amo!

—¡Qué quieres, Baltasar, ayer a estocadas y hoy a disciplinazos: así es el mundo!

—¿Qué motivo obligó a su merced a tomar una resolución tan fuera de sus costumbres y carácter?

—Dos, y poderosos, Baltasar; mis acreedores y el hambre.

—Gracias a Dios, mi amo, que ya está libre de los primeros; en cuanto al segundo yo me encargo de él, porque ha de saber su merced que yo soy el único barbero que hay en el pueblo; por consiguiente, desde el subdelegado hasta el último motilón, que es su merced, mi amo, rasuro todas las barbas. Abandone estos hábitos y véngase a vivir conmigo; aquí, como en todas partes, hay tabernas y vino bueno y barato. Respecto a damiselas no han de faltar, yo se lo aseguro a su merced.

—Tentador estás, Baltasar, pero todavía no abandonaré el convento, veré antes lo que puede dar de sí mi nuevo estado en este pueblo.

—Su merced sabe lo que se hace.

—Y también sé lo que tú debes hacerme.

—Estoy a sus órdenes, mi amo.

—El sábado próximo te daré el modelo en cera de una cerradura, para que me mandes forjar una llave.

—Se hará exactamente como ordena, mi amo.

Un momento después salía del convento el barbero con su bacía bajo el brazo.

Don Martín, durante la conversación, y al oir la tentadora proposición del sirviente, había concebido un proyecto. Al día siguiente, en la noche, entró en la celda del guardián y habló al sencillo padre de esta manera:

—Padre nuestro, yo indigno pecador, desde que tomé este santo hábito me impuse la obligación de pasar todas las no-

ches orando en la iglesia, y así lo hacía en la casa grande; vengo, pues, a implorar de vuesa paternidad, padre nuestro, esta gracia.

El acento era tan tierno y suplicante, y la actitud tan humilde y reverente, que el guardián le replicó:

—Lejos de mí, hijo, la idea de oponerme a tan loable como santa determinación. Yo siempre he creído que la oración mental es el lenguaje que debe emplearse para comunicarse con Dios, y el camino más corto para llegar a su presencia. Vé, hermano Martín, ora, hijo, y no te olvides de mí.

—Los ruegos de un pecador arrepentido, llegan más pronto al trono de Dios, —me decía el provincial.

—Así es la verdad. Vé, hijo mío, y ora todas las noches.

Era lo que deseaba don Martín. Besó reverentemente la manga del guardián y salió.

—¡Qué alma tan pura, qué corazón tan humilde! —quedó diciéndose el sencillo anciano frai Bernardino de Saldaña.

Don Martín pasaba todas las noches en la iglesia, orando, en la opinión de la comunidad, pero en realidad durmiendo, bien rebujado en la alfombra de una tarima, dentro de un confesonario.

*

Como había convenido, don Martín entregó a Baltasar el modelo en cera de la cerradura de una chapa, y el esclavo, pocos días después, le dió la llave de la puerta del costado de la iglesia.

Ese día, después de la cena, se dirigió a la celda del guardián.

—¿Qué quieres, Martín? —le preguntó el guardián.

Don Martín aparentó turbación e indecisión.

—Habla, hijo, que lo que departiremos, de aquí no ha de salir.

—Yo bien lo sé, padre nuestro; pero es tan grave lo que vengo a comunicar a vuesa paternidad, que si no fuera por la santa obediencia que por vuesa paternidad estamos obligados a guardar y observar...

—Vamos, Martín, ¿no tendrás confianza en mí? Habla como si estuvieras en el augusto tribunal de la penitencia, que yo te escucho como a pecador arrepentido.

—Vuestras palabras, padre nuestro, me alientan los ánimos. Sin embargo, lo que voy a revelar a vuesa paternidad es tan grave...

—Cuando hay verdadero arrepentimiento ningún pecador existe ni puede existir, por más horrendas y formidables que sean sus culpas, que no encuentre perdón y misericordia en Dios.

—No se trata, padre nuestro, de pecado alguno, muchos tengo, pero...

—Alienta, Martín; si conmigo no tienes confianza, ¿con quién quieres tenerla?

—Con vergüenza, padre nuestro, voy a implorar de vuesa paternidad que me exima de todo alimento.

—¡Cómo! ¿Qué dices? —exclamó admirado el sencillo guardián—. ¿Quieres suicidarte? Mira hijo, que éste es un pecado muy grave.

—Perdóneme vuesa paternidad, ¿cómo podría yo intentar semejante cosa? ¡Lejos de mí tal pensamiento!

—Pues no comprendo...

—Para mí no es un sacrificio.

—¿No comer nada?

—Nada absolutamente.

—¿En verdad lo dices, Martín?

—Sí, padre nuestro.

—¿Y bebes agua?

—Eso sí, padre nuestro, bebo mucha. No sé si esto o la gracia de Dios me sostiene, con vergüenza se lo confieso a vuesa paternidad.

—¿Qué tiempo, hermano Martín, te has pasado sin probar alimento?

—Cuatro meses, padre nuestro.

—¡Cuatro meses! —exclamó verdaderamente sorprendido, el guardián—. ¡Esto es un prodigio!

—Suplico encarecidamente a vuesa paternidad que olvide lo que acaba de oír.

—Sí, hermano Martín, lo olvidaré, y te concedo permiso para que te abstengas de alimento, como lo encuentres por conveniente.

Don Martín salió de la celda con ojos llorosos, porque el muy truhán había tenido la ocurrencia de ponerles saliva a un descuido del guardián.

Fray Bernardino Saldaña se dijo:

—Este lego es un santo o yo me equivoco.

*

Como lo prometió, fray Bernardino guardó estricto silencio a las revelaciones del lego, pero la comunidad, a poco, notó el extraño sistema de vida que llevaba.

El lego Martín, contrito, doloroso y humilde, no hablaba sino cuando le dirigían la palabra, y lo más estrictamente preciso; cumplía severamente con sus obligaciones, no comía a ninguna hora, sólo bebía agua con exceso, y pasaba las noches en la iglesia, en oración. Y esto era una evidencia, porque la comunidad, que muy de mañana asistía al templo, lo veía arrodillado en un rincón, con el rostro pegado en la muralla, al parecer insensible. El guardián, indiscretamente, aseguró que estaba arrobado. La comunidad llegó a sospechar que el claustro cobijaba a un santo, y la fama se extendió por la ciudad.

El barbero del convento, Baltasar, hablaba con frecuencia con el lego Martín, y siempre con el pretexto de ser enviado por una madre que tenía un hijo enfermo, para suplicar al beato Martín que rogara a Dios por su salud.

Su fama era grande, inmensa, pues los padres habían revelado que les constaba, como así era la verdad, que en más de tres meses no había probado bocado, y que sólo bebía agua, y que, sin embargo, el lego engordaba cada día más.

—La gracia de Dios, decían todos.

En la ciudad no se hablaba de otra cosa que del beato

Martín, y aún se contaban algunos milagros. ¿Qué era lo que sucedía? ¿Por qué no comía don Martín y engordaba sin embargo? Vamos a verlo.

Tan pronto como don Martín, en oración en la iglesia, se había convencido que la comunidad dormía a pierna suelta, se quitaba los hábitos, que cambiaba por un traje de seglar, que tenía oculto en un nicho; se ponía su nariz postiza; abría una puerta y salía a la calle en donde le esperaba el barbero, y juntos se dirigían a casa de mujeres livianas, donde su antiguo esclavo le tenía preparada una abundante cena.

Después de los excesos que había acostumbrado en épocas más bonancibles anteriores, regresaba por el mismo postigo a la iglesia, con las faltriqueras atestadas de vituallas que devoraba a solas, y de rodillas dormía la embriaguez. Por esto lo creían arrobado. Se habituó tanto a dormir de esta manera, que cuando leía en el refectorio la vida del santo del día, lo hacía de rodillas, pues así estaba más cómodo que de pie o sentado. A la conclusión de la lectura decía siempre:

—A tan santo como esclarecido varón debemos imitar, hermanos.

No era extraño que la comunidad se afirmase y creyese milagro lo que ganaba en carnes el lego; el milagro lo hacían el vino y las cenas. Pero lo que definitivamente contribuyó a consolidar la opinión y fama de santidad de don Martín, fué la circunstancia siguiente:

Encontrábase una noche en una alegre parranda, cuando se presentó, como quien dice por escotillón, el padre predicador del convento. Don Martín, que tenía colocada su nariz postiza, no fué conocido, pero, sin embargo, se retiró pocos momentos después, no dudando del objeto que a tal lugar llevaba al reverendo.

Al día siguiente, como de costumbre, mandó el predicador al sacristán tocar a misa. El lego se alzó del rincón donde estaba arrodillado, y dijo al reverendo:

—Padre nuestro, tenga vuesa merced la bondad de oirme una palabra.

Y lo condujo, fuera del templo, al claustro. Una vez aquí, le dijo el lego con ojos humedecidos y trémula voz:

—Padre nuestro, ruego a su paternidad que no celebre hoy el santo sacrificio de la misa.

—¿Por qué, hermano Martín?

—Mejor será que no me lo pregunte su paternidad.

El predicador sintió un nervioso y frío estremecimiento.

—Explíquese, hermano Martín.

—Dios, por medio de su infinita misericordia, ha colocado en este convento un censor no severo sino piadoso.

—Pero, ¿de qué se trata?

—De conciencia, padre predicador.

—Explíquese, hermano.

—Déjese vuesa paternidad de andar en malos pasos, pues los hijos del seráfico San Francisco deben dar buenos ejemplos.

El predicador, confundido, lo comprendió todo, y no le quedó la menor duda de que el lego Martín era un santo, puesto que tenía el don de ver cuanto pasaba y sucedía fuera del convento. Y exclamó enternecido y con verdadero arrepentimiento:

—Hermano Martín, reconozco en tí a un enviado de Dios, y no sosegaré si no me das tu bendición! Ven, hermano a mi celda.

En la celda, el predicador, llorando a mares, se arrodilló a los pies de don Martín y le pidió su absolución. El lego, dándole su bendición con voz gangosa y aparentando enternecerse, murmuró:

—Yo te perdono, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén, —respondió tranquilo de conciencia el predicador.

De esta manera se libró de un testigo importuno de sus liviandades el tunante de don Martín, y obtuvo que el predicador, que era de los más incrédulos respecto a su beatitud, se tornara en la trompeta más eficaz que proclamara su fama de santidad. En las procesiones, que entonces eran muy fre-

cuentes, las mujeres se atropellaban por besar el hábito del siervo de Dios, el lego Martín. El guardián recibió las felicitaciones del corregidor don Alonso Gutiérrez de Espejo, y del cabildo, por tener en su convento un varón de tan alta y rereconocida santidad.

*

Empero, las cosas en este pícaro mundo no son estables, y las cosas del motilón eran sobrado graves para que permanecieran mucho tiempo ocultas. Una noche llegó tan beodo que ni aún tuvo tiempo de cerrar la puerta.

A la mañana, la comunidad vió, con asombro, al beato motilón sin hábitos, tendido cuan largo era en la iglesia, atronando con sus ronquidos las bóvedas. Sospechar algo de tan santo varón habría sido más que temeridad, gravísimo cargo de conciencia. La alarma en la comunidad fué grande. Se mandó llamar al físico, como entonces se llamaba a los médicos.

Pronto llegó don Alonso de Núñez, sangrador que ejercía la profesión de doctor en medicina. Perplejo quedó a la vista de aquel cuerpo inerte y que, sin embargo, respiraba con una potencia de pulmones de fuerza de doscientos caballos, como decimos o podríamos decir ahora.

—Esto no es un caso grave, —dijo sonriéndose.

—¿Será verdad? —murmuraron en coro los frailes.

—El hermano Martín sólo tiene los síntomas de una embriaguez excesiva.

—¡Cómo!...

—¡Ohoo!...

—¡No puede ser!...

—¡Tan santo varón!

—Nada más natural, —replicó el físico a la admirada comunidad y a los sirvientes y sacristanes presentes—, basta acercarse: trasciende a vino desde leguas.

—¡Muy cierto, —dijo el sencillo guardián—, pero yo me explico la causa. El hermano Martín no come hace algunos meses, y atacado sin duda de flaqueza de estómago, ha bebido algún sorbo de las vinajeras, y le ha hecho mal.

—Bien puede ser, respondió el físico.

Los padres registraron las vinajeras, y las encontraron intactas.

—La puerta del costado está abierta, y con la llave puesta, dijo uno.

—¡No puede ser! —respondió el guardián—. ¡Esa llave la guardo en mi celda!

—Sin embargo...

—¡Lleven a Martín a su aposento! —mandó el guardián...

Cuatro padres alzaron al lego, pero al levantarlo cayó en los ladrillos, haciéndose pedazos, una botella de aguardiente, cuyo olor se extendió por todas partes.

—¡Regístrenlo! —gritó encolerizado fray Bernardino de Saldaña.

Los padres volvieron a colocar en el suelo el inerte cuerpo de don Martín, y procedieron a practicar un prolijo registro en sus faltriqueras. Desde luego se le encontró la nariz postiza, que al instante reconoció el reverendo padre predicador, guardándose de hacer la menor revelación; un queso de cabra, una lonja de arrollado de chancho, dos pañizuelos de mujer, con cifras amorosas, cuatro o cinco cartas con firmas femeninas, y por último copias o traslados de canciones obscenas hasta el extremo.

—¡A la prisión con él! —gritó, en el colmo de su ira, el guardián.

Don Martín fué arrojado sobre el duro suelo de la cárcel del convento. Desagradable debió haber sido su despertar, pero acerca de esto nada dice la crónica. Lo único que cuenta es que estuvo preso cuatro meses a pan y agua, y que al fin de este tiempo lo sacaron más delgado que un fideo, y lo expulsaron ignominiosamente. Ese mismo día perdió el convento un santo, y La Serena a su único barbero.

UN MECANICO POR FUERZA

Recién llegado a La Serena estaba el caballero francés M. Leopoldo Merville, y en una pieza, con puerta a la calle, de la casa del regidor don Diego de Echandía, en donde se alojó, puso comercio de ricas telas, brocados, terciopelos, etc.

Hasta entonces nunca se habían vendido en La Serena géneros tan espléndidos. Terciopelos de Utrecht, rasos de Florencia y de la China, encajes chambergos de oro y plata, telas columbinas, velinacar, espumillas, pequines y lienzos de hilo tan finos que, en esa época, se les llamaron *telas de cebolla*.

Dijimos que nunca se habían vendido géneros semejantes, y era la verdad, porque las personas acomodadas encargaban sus trajes, ya hechos o en cortes, a Lima. Fué, pues, la tienda de M. Leopoldo de Merville, la primera tienda de artículos de lujo que hubo en La Serena.

Todos, o la mayor parte de estos artículos se introducían de contrabando en las principales ciudades, sobre todo en la capital; en donde los especuladores, si la historia no miente, partían las ganancias con el presidente, como se manifiesta por los *juicios de residencia* que, de orden superior, se les formaban a su salida. Nosotros no sabemos si M. Leopoldo interesó al corregidor don José de Herrera; pero sí podemos decir que en la procesión del *Corpus Christi,* se presentó con un traje tan espléndido que llamó mucho la atención, y que la

generalidad reconoció en él las telas que vendía el francés. Esto no tenía nada de particular, porque bien podían haberle costado su dinero; pero muchos decían que habían sido regaladas.

La envidia por una parte, el despecho por otra, eran más que suficientes motivos para hacer esgrimir la sin hueso. Si los murmuradores tenían o no razón, se verá en el trascurso de esta historia.

M. Leopoldo había llegado a La Serena con el único y exclusivo fin de enriquecerse; así, pues, no perdía oportunidad para lograr su objeto.

El cura, don José del Valle, le había empleado muchos doblones en las mejores telas para confección de ornamentos y galas de santos, y el joven, queriendo captarse su amistad, y más que todo su afecto, le obsequió ricos encajes de oro para el adorno del sagrario. Semejante generosidad llegó a conocimiento de todos, y no paró aquí la cosa, sino que M. Leopoldo fué de iglesia en iglesia haciendo, más o menos, igual regalo. Por semejante generosidad, M. Leopoldo, a quien se había calificado de inglés, vulgo hereje, dejó de serlo, y se convirtió en fiel cristiano. Esto le creó una aura, no diremos universal, pero sí de general gratitud y aprecio.

Contribuía a ello su aspecto juvenil, pues no contaba treinta y cinco años, su continente marcial, sus maneras caballerescas y sin afectación, su generosidad, y más que todo su simpatía. Don José María de Herrera, habíale cobrado un verdadero cariño y con frecuencia, a instancia suya, ocupaba el segundo lugar en su mesa.

El corregidor tenía una hija de veinte años de edad, llamada Ascensión; no era bonita, pero en cambio era simpática; era una de esas jóvenes reflexivas y a la vez tímidas, de ésas que a pesar de sentir una ardiente pasión no se dejan dominar por ella; era una de esas raras mujeres que muriendo de amor se contienen en los límites del deber. En una palabra, en la hija del corregidor la cabeza dominaba al corazón.

Las frecuentes visitas de Leopoldo, su agradable presencia, sus maneras caballerescas, todo esto y mucho más, fué no-

tado por Ascensión que, en poco tiempo, sintió por el joven francés una ardiente pasión, que procuró ahogar en su pecho. De igual manera, la naturalidad de la niña, su modestia y timidez, sus abundantes cabellos, sus mórbidas formas, y no sabemos qué más, llamaron la atención de Leopoldo que, a poco, sintió por Ascensión un afecto decidido. Desde entonces jamás desechó una insinuación de don José María de Herrera, para ir a su casa.

Ascensión, que amaba ardientemente a Leopoldo, procuraba ocultar su pasión, y sólo manifestaba al joven las atenciones que cumplen y competen a una doncella recatada. Tan ceremoniosa etiqueta de parte de la joven, traía ensimismado a Leopoldo y, como era natural, se mostraba grave y circunspecto.

—¡No me ama, —se decía con abatimiento Ascensión—. ¡Es tan buena moza Dolores!... ¡Ella será feliz con su amor!...

—¿Por qué late mi corazón cuando estoy en presencia de Ascensión? —se preguntaba Leopoldo—. ¡Y el suyo, estoy cierto, permanece tranquilo!...

Como se ve, uno y otro se equivocaban.

*

Dulce como un terroncito de azúcar, alegre como un preludio de arpa, ligera como una mariposa y hermosa como un rayo de sol, era Dolores.

¡Qué talle el suyo, delgado como el de una abeja; qué dientes, parejos y uniformes, finos y apretados como los granos de una mazorca, y sus labios rojos y húmedos como un capullo de rosa, en una mañana de primavera! ¿Y su sonrisa? ¡Ah! su sonrisa hacía enloquecer, así como la rosada aurora hace cantar a las aves. ¡Quince años, una chiquilla! Por eso el Niño-Dios de la Matriz, ostentaba una cabellera formada por el pelo de Dolores. ¡Y qué pelo era el suyo! Fino y delgado como la seda, rubio y blando como las crestas de las olas doradas por el sol poniente. ¡Qué manos! Blandas y tersas, con uñas de formas aristocráticas, brillantes y sonrosadas como el ópalo.

Dolores era la criatura más deliciosa: era una mujercita soñada. Tenía razón su padre, el regidor don Diego de Echandía, para estar orgulloso con ella. Por eso Dolores era su encanto, su delirio, su *chochera*. Y por eso Dolores, sin esfuerzos, veía cumplidos todos sus deseos, todos sus caprichos, todas sus extravagancias de niña regalona. En casa nadie alzaba la voz, nadie mandaba más que Dolores, quien como niña, tenía raros caprichos, que se observaban como preceptos.

Sin embargo de que don Diego era el hombre más bueno, era, a la vez, el más orgulloso. Con la firme convicción de descender de reyes, tenía corto número de amigos, porque prodigar su amistad, habría sido indigno e indecoroso para su alta prosapia. Su cuantiosa fortuna, por otra parte, contribuía a manifestar, sin reserva, su orgullo fundado en sus esclarecidos abolengos. Por eso, llevó a capricho no emplear un maravedí a su alojado M. Leopoldo, y encargó a Lima los trajes más espléndidos, y si posible fuese del guarda-ropa del virrey don Nicolás Caracciolo, príncipe de Santo Prono.

Don Leopoldo, que con frecuencia veía a Dolores, adivinaba en esa niña irresistibles encantos cuando llegara a ser mujer, es decir uno o dos años más tarde, y sabiendo que don Diego era un caballero muy noble y muy rico, concibió el proyecto de esperar algún tiempo y pedirla por esposa. Desde entonces, con política y tino, procuró atraerse el afecto del regidor, no desechando la menor circunstancia favorable y halagando su amor propio. A tal extremo llegó la sagacidad de M. Leopoldo, que don Diego no podía pasarse sin él. Se le hizo necesario.

—¡Qué demonio, —se decía Leopoldo—, si la hija del corregidor me amara, no tendría inconveniente en ser su esposo, pues el señor de Herrera es rico; pero si obtuviera la posesión de Dolores!... ¡Oh, don Diego de Echandía es poderoso, sería mejor!...

Como se ve, Leopoldo especulaba, y en una ocasión don Diego se le expresó de esta manera:

—Tenga por cierto y seguro vuesa merced, don Leopoldo, que a pesar de tener puestas las niñas de mis ojos en Dolo-

res, no la haré violencia si quiere casarse, con tal que el hombre que elija sea de mi gusto y talante. Por el contrario, ese será el día de mayor alegría para mí; y cederé a mi nuevo hijo mi fortuna o caudal, que no es poca, pues ya me siento achacoso por la edad y deseo descansar. ¿No le parece a vuesa merced, don Leopoldo, que esto es bien pensado?

—Y tanto que semejante propósito honra a su merced.

Desde ese momento, M. Leopoldo se creyó aludido y redobló su empeño para realizar su objeto.

*

Leopoldo era el niño mimado de La Serena, no contribuyendo poco para ello los elogios del cura, don Antonio del Valle; del guardián de San Francisco, fray Buenaventura de Illestegui; del comendador fray Beltrán de Zaragoza; y del rector de los jesuítas don Melitón de Parra.

El corregidor había pensado que emparentando a M. Leopoldo con su familia, emparentaba con Luis XV, que reinaba entonces en Francia. Y siguiendo las costumbres de aquella época, de casar a las hijas, no por voluntad de éstas sino por la de los padres, aguardó una oportunidad favorable para hablar al joven.

—¿Qué le parece a su merced esta tierra, mi señor don Leopoldo? —preguntóle un día.

—¡Soberbia tierra, por cierto, mi señor don José María! —le respondió el francés.

—¡Y tanto, que si su merced la conociera río adentro, se habría su merced de espantar de su riqueza y feracidad! ¡Vea su merced, sólo dos haciendas que tengo allí en arrendamiento, me reditúan mil patacones!

—¡Mil patacones! —repitió admirado M. Leopoldo.

—Sin contar, —agregó el corregidor—, con algunos terrenos baldíos.

—¿Me dicen, —replicó el francés—, que don Diego es muy rico?

—En cuanto a eso, —replicó el corregidor—, no hay que dudarlo. Y ¿qué piensa su merced, don Leopoldo?

—¿Acerca de qué, señor Herrera?

—Digo, ¿no piensa su merced establecerse?

—¡Establecerme!...

—Es decir, ¿no piensa su merced, casarse?

—Si he de decir la verdad, señor Herrera, aún no lo he pensado.

—Y ya era tiempo que su merced lo pensara, porque los años pasan y...

—Ya lo pensaré, se lo aseguro a su merced.

—Yo tendría el mayor placer que su merced lo hiciera; por mi parte...

—¡Tantas gracias!

Y se separaron.

El corregidor, despechado, pues vió de manifiesto que M. Leopoldo no tenía inclinación a su hija Ascensión, se creyó ofendido en su amor propio; y el francés, quedó fluctuando en la duda de si se resolvería a casarse desde luego, o esperar algunos meses para pedir la mano de la hija del acaudalado regidor Echandía.

Dolores siempre se mostraba loquilla y aturdida, pero con aquella viveza espiritual que desespera al enamorado, porque sus quejas y reconvenciones no hacen en ella más impresión que la ola que azota al granito. Leopoldo, especulador, se había propuesto avasallar a Dolores, y ponía en juego todas sus argucias, todos sus recursos, sin obtener ventaja alguna, lo que le obligó a concebir, por la indiferente niña, un amor que lo traía desasosegado.

Los obsequios que, con permiso de don Diego, y con exquisita delicadeza le hacía, los veía, con frecuencia, en poder de las esclavas que servían en la mesa. Esto desesperaba a Leopoldo, y más de una vez, despechado, intentó dedicar, por completo, sus atenciones a la hija del corregidor; pero don José María, desde la última conversación esquivaba visiblemente su compañía. De los dos caminos que el especulador se había dejado abiertos, uno se le había cerrado, y el otro no se le presentaba muy seguro. Esto era una evidencia para

Leopoldo, que no sabemos como habría salido del paso a no haber mediado una casual circunstancia.

*

Hemos dicho que el Niño-Dios, que había en la Matriz, ostentaba una hermosa caballera, obsequiada por Dolores y compuesta con sus cabellos. Y era porque desde muy niña había tenido especial devoción por el hijo de Dios, y todos los años le hacía celebrar una fiesta tan solemne que de lo más apartado del distrito afluía gente, y don Diego no economizaba dinero para su esplendor.

Había llegado la época de la fiesta, que se principió con una regia novena con órgano, que era el único instrumento que se conocía entonces para estas clases de funciones; pero a la que la munificencia de la hija del regidor, había agregado arpa con acompañamiento de guitarra. Como se ve, no podían celebrarse fiestas más solemnes; y además, a la conclusión de cada novena, se prendían *camaretas* y muchas docenas de *voladores* y cohetes. Empero, el último día del novenario era el más espléndido, pues para la misa cantada se adornaban el templo y los altares con profusión de flores, y se tapizaba el cuerpo de la iglesia con colgaduras de seda. Llegó por fin ese día.

La Matriz estaba materialmente atestada de gente. El órgano hizo oir sus sonoras voces y principiaron las ceremonias. Y luego enmudeció, con gran admiración de todos. A poco, la voz grave del cura Valle, entonó el *Credo in unum Deo,* y acto continuo, un instrumento maravilloso, que imitaba la voz humana, pero como debe cantarse en el cielo, se hizo oir, acompañado de una voz limpia, sonora y suave, que no podía escucharse sin emoción y principió a cantar el *Símbolo.*

Pasó algo de extraordinario en ese momento, algo como si la multitud hubiera recibido un chispazo eléctrico. Los corazones latieron de emoción, y hasta el cura Valle, sorprendido, titubeó. Dolores, sin saber porqué, sintió que sus ojos se humedecían y que un goce inefable inundaba su corazón. Esa

a la vez, y por eso lloraba, y por eso tenía placer en llorar. música y esa voz llegaban a su alma, la hacían sufrir y gozar Concluída la ceremonia, se retiró a su casa, triste y pensativa. Cierta sombra había velado su despejada frente. De niña se había tornado en mujer. ¿Por ventura un instante no es un año? Las emociones del corazón no se miden por reloj.

La popularidad de Leopoldo subió de punto. Su voz y su violín habían hecho época, como diríamos hoy, pero entonces se dijo: *dieron golpe*. El corregidor don José María de Herrera, se mostró, desde entonces, más indiferente con Leopoldo.

Y Dolores, a su vista, se ruborizaba, y sin querer bajaba los ojos; no se atrevía a mirarlo, y sin embargo, su mayor felicidad habría sido verlo, verlo a todas horas, a cada instante. Su corazón, adormecido en un nido de pureza e inocencia, se había despertado a impulsos de melodiosas notas, y, tímido, no se atrevía a emprender el primer vuelo. Dolores amaba con el primer amor.

*

Hacía un año, más o menos, que don Juan Andrés Ustariz había sido reemplazado por el caballeroso general don Gabriel Cano de Aponte, en la capital de Chile. Severo en dar cumplimiento a las órdenes del monarca español, como todo mandatario a los principios, Aponte fué uno de los más rectos y celosos en esta materia. Cualidades que, aparte de otras, honran en alto grado a uno de los más dignos y eminentes caballeros a quienes cupo la gloria de regir los destinos del reino de Chile. Corría el año 1719.

Era el mes de junio, y podrían ser las tres de la tarde, —porque entonces no había reloj público—, cuando los vecinos despertaron de su siesta al ruido de todas las campanas de la ciudad echadas a vuelo. ¿Qué sucedía? ¿Por qué se repicaba? Eran las preguntas que se hacían todos, unos a otros. Como en un terremoto, los que pudieron se lanzaron a la calle, ansiosos de saber lo que sucedía. Y lo que sucedía debía ser grave, puesto que se repicaba.

El cura y los frailes respondieron, a las preguntas de los curiosos, que nada sabían, y que habían recibido orden del corregidor para hacer repicar. Algunos intentaron interrogar a don José María; pero don José María, con mirada torva y contraído gesto, mostraba cara de pocos amigos, y desistieron de su propósito. Los repiques cesaron, y la campana de la cárcel principió a llamar a cabildo.

Reunido el cuerpo cabildil, presidido por el corregidor, que jamás había mostrado un ceño tan adusto, lo que dió que pensar a algunos, que tal vez su esposa estuviera de parto, entró un mulato, que hacía las veces de ujier, con una bandeja en las manos, y sobre la bandeja un pliego. El ujier presentó la bandeja al corregidor, éste cogió el oficio, rompió la cubierta, y leyó:

—*¡Yo, el rey!*

Todos se pusieron de pie. El corregidor se colocó la cédula real en la cabeza y la volvió a poner en la bandeja. El ujier se dirigió al primer alcalde que la tomó en sus manos, la puso sobre la cabeza y la depositó igualmente en la bandeja. El esclavo, por orden de jerarquía, la fué presentando a todos los cabildantes, que repitieron la misma ceremonia y concluída, volvió el ujier a presentar la cédula real al corregidor que, esta vez, le dió lectura.

Tenía la fecha de 20 de octubre de 1718, y por ella ordenaba don Felipe V desterrar de sus dominios, por razón de estado, a los franceses, con excepción de los casados y mecánicos.

Todos habían acatado la orden del rey y no había más que obedecer. Al día siguiente, a son de cajas y pitos, se publicó el bando de expulsión, y como encerraba algo de ignominioso, fué proclamado por boca de prisionero. M. Leopoldo estaba comprendido en el bando. El corregidor estaba satisfecho.

Cuando Dolores tuvo noticias de lo acontecido, su sentimiento fué grande, y entonces comprendió que amaba verdaderamente a Leopoldo. Pero, ¿qué hacer? ¿Revelárselo a su

padre? No habría tenido valor. Sin embargo, haciendo un poderoso esfuerzo, le dijo:

—Señor padre, ¿consentirá su merced que destierren al señor Leopoldo?

—¡Qué quieres, Dolores, mucho lo siento; pero el rey lo manda!

—¿No habrá algún medio, padre, para eludir esa orden?

—No veo ninguno.

—¿Y si se casara?

—Ya sería otra cosa.

—Dígale su merced, padre, que se case.

—¿Y si no quiere? ¿Y si no encuentra mujer?

—¡Sí, sí, encontrará, padre mío!

Don Diego miró a su hija con ojos de magnetizador, y le respondió con sonrisa irónica.

—¡Encontrará! ¿Eres tú, por acaso? ¡Ten presente que antes te hundiría un puñal en el corazón!

Dolores, anonadada por esa mirada y esas palabras, nada respondió; pero quedó presa de la mayor desesperación.

A todo esto, M. Leopoldo principió a obsequiar los restos de su factura a los vecinos más principales, a las iglesias y sobre todo a los jesuítas.

—Estoy desterrado, —les decía—, ¿de qué me sirve esto? Quiero dejar a vuesas mercedes un recuerdo de amistad, con que sus mercedes me han honrado.

Ascensión, que devoraba en silencio su desdeñada pasión, generosa como toda mujer que ama verdaderamente, cuando tuvo noticia de la sentencia que pesaba sobre Leopoldo, atropellando todos los deberes sociales, tan sagrados en aquella época, acompañada de una esclava, se dirigió a casa de Dolores.

—¡Sálvalo! —le dijo—, ¡sálvalo, Dolores! ¡El te ama, hazlo dichoso!... ¡Te lo suplico!... ¡Oh, si yo pudiera hacerlo... ¡Mucho lo amo, pero tú lo amas más... y él te ama a tí sola, a tí sola!... ¡Dolores, sálvalo, sálvalo!

Dolores quedó anonadada. Ante tanta abnegación se sentía débil y humillada. Ascensión, mientras tanto, lloraba.

—¿Me juras, Dolores, que lo salvarás? ¡Respóndeme, habla!

Dolores prorrumpió en llanto también.

—¿Mucho lo amas? —le preguntó en seguida.

—¡Después de Dios, a él! —articuló, con voz ahogada, la hija del corregidor—, ¡pero si lo salvas, Dolores, seré tu esclava!... ¡Házlo feliz y quedo contenta!... ¡Su felicidad, después la muerte!... ¡Adiós!...

Dolores enjugó sus lágrimas y sintió en su pecho una reacción extraordinaria. Se dirigió al aposento de su padre.

—Señor, —le dijo—, hasta ahora su merced ha dado gusto en todo a su hija...

—Es verdad.

—Pues bien, vengo ahora a pedir a su merced una gracia.

—Veamos, ¿qué deseas?

—¡Que no se destierre a don Leopoldo!

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, porque el rey lo manda.

—¿Y por qué lo manda el rey?

—Este es asunto que no me compete averiguar. Si estuviera comprendido en la excepción, ya sería otra cosa.

—¿Qué excepción es esa?

—Quiero decir si fuera casado...

—¡Se casará, padre!

—¡Se casará! ¿Y con quién?

—¡Con Ascensión, la hija de don José María!

—¡Con la hija del corregidor! ¡No puede ser!

—Sí, padre.

—¡Te repito que no puede ser!

—¡Y yo se lo juro a su merced!

Don Diego quedó pensativo y se dijo:

—Esta es una felicidad para José María... Y yo, descendiente de reyes... Leopoldo, bien pensado, es un buen muchacho.... rico además... todo está en que se me ponga en la cabeza... ¿Aseguras, Dolores, lo que dices?

Dolores sollozaba.

—Díme, ¿tú lo amas?

—¡No!

—¿Por qué lloras entonces?

—Lloro por Ascensión que tanto le quiere... lloro porque ella debe padecer mucho... ¡horriblemente!...

—¡Qué tierno corazón! ¡Ven a mis brazos, hija mía, estréchame! Mas, antes, díme si tienes inclinación por Leopoldo, ¡una palabra y en este instante es tu esposo! Tú eres mi felicidad, y tu padre no desea otra cosa para tí, habla.

—No... no le amo...

Y Dolores, transida de pesar, cayó abatida en los brazos de su padre. Había hecho un esfuerzo penoso e inaudito al pronunciar aquellas palabras, que estaban en tan espantosa contradicción con sus sentimientos.

—Bien, hija mía, —le dijo don Diego—, ahora mismo voy a hablar con don José María, el corregidor, y estoy seguro que arreglaré la boda. Hasta luego.

*

Leopoldo, con la espada de Damocles sobre su cabeza, andaba desatentado, y su amor por Dolores, con el contratiempo, había tomado formas colosales. Contando con las simpatías de todos, encontraba consuelo adonde quiera que iba; pero nada más que consuelo, y esto no le satisfacía.

El día del bando, lo encontró don Melitón Parra, rector del colegio de jesuítas, y viéndolo tan atribulado, le dijo:

—No se cure su merced del suceso, M. Leopoldo, que yo en el caso del peligro estaré con su merced.

Esta promesa, como tantas otras, no aquietó el espíritu del joven. Todos, o casi todos los vecinos estaban contestes en que no había ningún extranjero más pacífico y útil que M. Leopoldo; y así, en un memorial, redactado por el escribano don Basilio Egaña, lo hicieron saber al corregidor; pero ante una cédula real no había absolución posible. Don José María permaneció impasible, recto y frío como una estatua.

Más hosco que nunca, y de peor humor estaba el corregidor cuando don Diego de Echandía pidió audiencia.

—¡Que entre! —gritó el corregidor, grito que oyó el de Echandía.

—¿Qué se le ofrece a su merced? —preguntó don José María.

—Poca cosa. Quiero, en primer lugar, calma, y en segundo, atención.

—¿Qué dice su merced?

—Lo que su merced acaba de oir. Calma y atención, porque lo que vengo a decir a su merced le pertenece, y si su merced no me escucha con calma...

—¡Eh! ¡Basta!

—¡Alto ahí, José María! ¿Quieres atropellarme? ¡Eso menos! ¡Don Diego de Echandía no habría soportado tus palabras a no haber sospechado que algo, de algún tiempo a esta parte, te trae preocupado! ¡Vive Dios, aquí estoy yo que valgo y puedo más que tú, y no sufriré, por segunda vez, palabras airadas que no son razones!

—¿Qué quieres, Diego? —preguntó con voz tranquila el corregidor.

—Esto, ¡voto al chápiro! ya es otra cosa. ¿Qué quiero? Ahí es un grano de anís; quiero que lo ordenado por la cédula real no rece con monsieur Leopoldo de Merville.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Es francés, y además no es mecánico ni casado.

—Esas son razones, que no las niego ni las desconozco.

—¿Y bien?

—¿Y si se casara?

—Sería distinto.

—Pues bien, ¡se casará!

—¿Con quién?

—Con tu hija Ascensión.

—¡Qué dices! ¡Con mi hija! ¿Estás loco?

—En mi entero juicio. ¿Y si fuera verdad?

—¡No puede ser!

—¿Y si fuera verdad? Responde, José María.

—No consentiría.

—¿Por qué?
—¡Jamás daría su mano a un advenedizo!
—Ten presente que es honrado, y...
—¡Qué me importa!
—Pues bien, José María, yo, sin repugnancia, le daré mi hija. Adiós.
Y don Diego salió.
El corregidor permaneció pensativo, y después de largo silencio se dijo:
—Me he mostrado inflexible y tenaz. M. Leopoldo es un apuesto caballero, y además muy querido de todos... He cometido un error, porque, bien pensado, es un soberbio partido para Ascensión... Pero la cédula real... ¡Maldita cédula!.... Si se casa con la hija de Diego... no me conviene este enlace... ¡Agustín, Agustín!
Agustín, el ujier de la sala de cabildo, apareció.
—¡Tambores y pitos, al instante!
Momentos después se publicaba un bando por el cual se hacía efectiva la cédula real, con más de no tenerse por válido todo enlace que, después de pregonado el edicto, se efectuase; y que todo extranjero debía permanecer recluso, en el corral de la cárcel, bajo pena de doscientos azotes aplicados en el rollo. De esta manera burlaba el corregidor las intenciones de don Diego.

Cuatro o cinco extranjeros cumplieron con lo ordenado.

Don José María estaba que bramaba, y había dado orden de prender a M. Leopoldo; pero M. Leopoldo compareció a su presencia, acompañado de don Melitón de Parra, quien dijo al corregidor:

—Presento a su merced a mosen Leopoldo Merville, mecánico eminente, mediante cuyos conocimientos hemos podido combinar la obra que nos ha ocupado tanto tiempo; quiero hablar a su merced del reloj que se está colocando en la torre de nuestro templo. Sin el auxilio de M. Leopoldo no se habría concluído, y el pueblo no contaría con una máquina tan admirable y de tanta utilidad.

Don José María se quedó helado. Su venganza se le es-

curría, por entre los dedos, como una gota de mercurio. Y no teniendo objeción que hacer a tan reverendo sacerdote, dijo:

—Felicito al mecánico, y desde ahora queda fuera del alcance de la cédula real de nuestro señor y amable monarca don Felipe V, rey de España y sus Indias.

Don Diego, que estaba presente, agregó:

—Si a tanto llega la ciencia de don Leopoldo, el día que su máquina dé las doce, tendrá por recompensa la mano de mi hija Dolores y la administración de todos mis bienes.

Un grito de dolor interrumpió aquella escena. Ascensión anegada en llanto, entró en la sala, y cayó de rodillas ante el corregidor, su padre, exclamando:

—¡Padre mío, todo se ha acabado en el mundo para mí, prométame su merced que me dará su consentimiento para profesar en el monasterio de las Claras, en Santiago!

El corregidor, enjugándose los ojos, le dijo:

—Si es tu voluntad, hija mía, no me opongo a tan santo propósito.

Sabido es que, en aquel entonces, toda familia que contaba, entre sus miembros, a alguna monja se creía feliz. Ascensión se alzó, y con voz firme, dirigiéndose a don Diego, añadió:

—Señor Echandía, tenga su merced la bondad de decir a Dolores que, allá en la soledad del claustro, enderezaré mis oraciones para que sea feliz con don Leopoldo.

Y cubriéndose el rostro con las manos, salió de la sala.

*

Dos meses después de esta escena, multitud de personas de ambos sexos, febrilmente acaloradas, estaban reunidas ante el templo de San Agustín. ¿Qué aguardaba esa muchedumbre que se agitaba, que murmuraba, que se apretaba y comprimía?

Esperaba las doce del día, tocadas por el reloj que en la torre, pocos días antes, habían colocado los padres de la compañía de Jesús.

La ansiedad era grande. Ya los cuerpos no hacían som-

bra. Era el mes de enero. Principiaban las exclamaciones de disgusto, las protestas, y un murmullo, parecido a un mar que se agita, se hacía sentir.

De repente se oyó un ruido sordo, semejante al producido por el engranaje de ruedas que giran, y en seguida el martillo automático hizo oir las doce campanadas del mediodía. Sonó un grito unísono de alegría y admiración, y en ese grito el nombre de Leopoldo, quien, al mismo tiempo, se dejó ver en la torre, en el lugar donde están colocadas las campanas de la iglesia, entre don Diego de Echandía, que enjugaba una lágrima de emoción, y don José María de Herrera, hinchado de orgullo por haber tenido lugar, en su administración, un acontecimiento tan notable.

ORIGEN DE UN REFRAN

Sentado en un sillón de vaqueta y cariacontecido, permanecía don Cirilo Méndez.

Y la cosa no era para menos, que otros, por quítame allá esas pajas, se han puesto una piedra al cuello y han dado con su humanidad en un pozo; y esto teniendo conocimiento de la causa y motivo del acontecimiento que los obligaba a tomar el toletole a tan desgraciado fin.

Don Cirilo ignoraba, de la cruz a la fecha, el origen de su malandanza, y esto lo traía más triste que moco de candil.

El pobre señor se veía en apretado trance, porque, realmente, el trance más apurado por que puede pasar un hombre, es cuando carece de pan para sí y para sus hijos. Y don Cirilo barruntaba esta situación por la siguiente carta que le había dirigido el cura don Joaquín Jáuregui, y que decía al pie de la letra:

Juraría, por la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, que vuesa merced, mosen Cirilo, se ha querido burlar de mí en la misa mayor. Tengo el sentimiento de anunciar a vuesa merced, que, desde hoy, deja de ser sochantre de esta iglesia Matriz.

Con la lectura de esta carta, fechada en La Serena en el año 1727, comprenderá mi lector si tenía o no motivos don Cirilo para estar más triste que una noche siberiana.

Antes de explicar los motivos que tuvo el vicario para cancelar sus despachos a don Cirilo Méndez, permítaseme una corta digresión.

*

El día antes de oficiar la misa al cura, el sochantre, que era un hombre de echar una cana al aire cuando se lo demandaba la ocasión, había servido de padrino de bautismo a un hijo del segundo sochantre de la Matriz, que era el que alzaba los fuelles del órgano, cuando oficiaba don Cirilo, y el que cantaba en las misas que se celebraban para el bien del alma de los difuntos hermanos de la Esclavonía.

Don Cirilo conferenció con el nuevo compadre, y después de larga conversación, éste le dijo:

—Compadre, sin agraviarlo, su merced cantó ayer muy mal, y lo peor fué que a destiempo, y por más que le tocaban la campanilla, su merced seguía dále que dále.

—¡Qué quiere, compadre, llevaba la *mona* viva, y si todo lo he perdido ha sido por servir a su merced!

—No se preocupe por ello, que el señor vicario me ha dicho y asegurado que yo lo reemplazaré, y como no me atrevo a tanto... Pero, ya es hora de misa, venga su merced conmigo.

—Es imposible.

—Venga, compadre, y descanse en mí.

*

Hasta no hace muchos años se ha acostumbrado pagar por misa de *uno,* dos reales, y por misa de *tres,* cuatro; pero nunca ha habido arancel respecto a las fiestas solemnes; siempre los sochantres, a este respecto, se ha atenido a la munificencia de los autores de ellas.

Don Cirilo, cuya voz de contralto no carecía de mérito, siguiendo al compadre, subió con temblorosas piernas el coro alto de la Matriz, del cual se creía proscripto para siempre. Una vez en el coro, el compadre le dijo:

—Vuesa merced tiene que oficiar la misa al señor cura.

—¡Eso si que no, compadre, porque se me ha arrojado de esta iglesia!

—Sin embargo, vuesa merced tiene que sacarme de apuros.

—Si es así, compadre, lo haré pero disfrazando la voz.

Y ofició la misa de tal manera que, cuando el cura Jáuregui se dirigió al coro alto a felicitar al reemplazante de don Cirilo, éste bajaba la escalera seguido del ayudante.

El cura, dirigiéndose a éste, le dijo:

—¿Tú me has oficiado?

El ayudante respondió:

—No, señor vicario, ha sido mosen Cirilo Méndez.

—Y, ¿por qué su merced cantó tan mal ayer?

—Es que, señor cura...

—¡Vamos con franqueza!

—Es que, *como se paga se canta.*

Es fama que don Cirilo volvió a ocupar su destino, pues el cura Jáuregui comprendió que alguna causa extraordinaria, había ocasionado la falta de su sochantre, y pensándolo así le aumentó el sueldo, porque creyó muy justa la respuesta de don Cirilo:

Como se paga se canta.

MALA MERIENDA Y BUENA AZOTAINA

En tiempos pasados, Lima, o más propiamente el Perú, como se denominaba en Europa, era el punto de reunión de todo lo más espúreo, perdido y sin porvenir que había en España: Segundones calaveras, mayorazgos incorregibles, aventureros atrevidos, galeotes fugados, ambiciosos descarados, empleados prevaricadores, y qué se yo que otros bichos de peores condiciones, llegaban de la corte de los monarcas españoles a la virgen América, simbolizada entonces en el Perú, más claro, en la mágica palabra *Potosí*: sinónimo de riqueza, y de riqueza para todos.

En la Ciudad de los Reyes pululaban los aventureros, la mayor parte con cartas de recomendación de validos o de altos personajes de la corte de Su Majestad.

Para que no se crea que exagero, voy a copiar un aparte de la memoria de don Teodoro de Croix, Virrey del Perú, que se encuentra en las *Memorias de los Virreyes,* tomo V, página 111, que dice así:

"La distancia en que se hallan estos dominios de los reyes de España y de su real corte, ha dado ocasión a que en diferentes tiempos haya habido algunos impostores que, con ficciones y apariencias de papeles verdaderos han intentado sorprender los espíritus incautos o menos advertidos, y alguna vez se ha atrevido la impostura a contrahacer reales cédu-

las para burlar la atenta circunspección de los Superiores Gobiernos y Reales Audiencias".

Nada era más fácil que obtener estas recomendaciones: los nobles, arruinados con frecuencia por los crecidos gastos que se veían obligados a hacer, no tenían inconveniente en apadrinar a mozos atrevidos, toda vez que debían partir con ellos las ganancias adquiridas en las Indias. Era cuestión de firma y sello, es decir, de casi nada; pero en cambio abrigaban probabilidades de obtener lucrativo provecho. Y se dice que nuestros nobles saldaron sus cuentas o trampas, que en este caso es lo mismo, de esta manera.

Tal fué el número de estos aventureros, que como una nube de langostas inundó a la Ciudad de los Reyes, que varios gobiernos, entre ellos el de don Pedro F. de Castro, conde de Lemus, en 1670, y el del arzobispo-virrey don Melchor Liñán de Cisneros, en 1679, se vieron obligados a publicar pragmáticas, bandos y otras medidas, a fín de obligar y compeler a tánto ocioso y perdona-vidas a ocuparse de algún quehacer, y evitar pendencias, riñas, seducciones y desmanes de toda especie que diariamente tenían lugar; porque era regla sabida que un noble no podía ni debía ocuparse en faenas manuales y plebeyas que pudieran, en su opinión, degradarlo.

Ya lo he dicho, era noble y más que el Cid, el que arribaba, aunque fuera bajo partida de registro, con un papel autorizado con la firma y sello de un palaciego o favorito del monarca español.

Mediante las medidas tomadas por los celosos y previsores virreyes, los aventureros procuraron establecerse, y como no contaban con los ducados suficientes para poner negociaciones honrosas y legítimas, recurrieron a sus antiguos hábitos, y desde entonces se vió aumentarse considerablemente el número de casas de juego y de prostitución. Lugares eran éstos en donde los aventureros explotaban a mansalva a los incautos.

A tal extremo llegó la corrupción, que hubo la Inquisición de tomar cartas en el asunto. Nuevas pragmáticas y nue-

vos bandos. Los aventureros amenazados y acosados por tan severo tribunal, principiaron a desbandarse, y de este modo se vió inundada de ellos la Real Audiencia de Chile.

A La Serena llegaron algunos, acaso por ser el pueblo más próximo, pero no guiados por su población raquítica y mezquina, que no les podía proporcionar ancho campo para satisfacer sus ambiciones, y quién sabe si llegaron halagados por el aliciente de sus minas de oro, o quizá simplemente porque se vieron expulsados del Perú.

El oro, pues, era la única fuente de riqueza del distrito de Coquimbo; el cobre sólo se explotaba para los objetos del consumo interior, como ser utensilios de uso doméstico, rejas de ventana, clavos y algunas otras cosas más. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que llegaron a La Serena muchos tunos de la peor ley.

*

Con el mostacho retorcido, erguida la cabeza, insolente mirada, sombrero ladeado, la diestra en la cadera, aire de matón y perdona-vidas, llegó a La Serena, don Juan de Crespo, seguido de su paje y confidente Gil Boyuda; mozo ladino y despierto que, con ventaja, se las hubiera tenido con Urdemales, el del cuento. A pie llegaban amo y sirviente desde el puerto, cubiertos de polvo, traje y calzado, pero más orgullosos que el mismísimo orgullo personificado.

El barrio actual de San Juan de Dios no existía; había allí solares, o más bien dicho, plantaciones de olivos y viñedos; en la ceja que forma la quebrada, a la parte del sur, existía una ermita bajo la advocación de San Miguel de la Chimba, a esa ermita se dirigieron don Juan de Crespo y su adlátere Gil Boyuda.

El aventurero, de un puntapié, abrió de par en par la puerta de cuero que cerraba el corral en donde estaba el rancho de paja que ocupaba un vecino piadoso, viudo y sin hijos, que había hecho promesa de concluir sus días haciendo las veces de sacristán en la ermita, con la única condición de que, todos los años, el señor cura dijera una misa por el bien del

alma de su difunta esposa. El cura, don José de Olivares, se lo había prometido, y sabido es que, para ciertas gentes sencillas, cuando un sacerdote promete es palabra de rey que no puede faltar.

—¡Ah de casa! —gritó don Juan de Crespo, después del puntapié que en la puerta de cuero resonó como en el más estirado bombo.

—Por siempre jamás, amén, —respondió el sacristán.

El de Crespo avanzó con aire orgulloso y altanero, y Boyuda detrás imitando en todo la actitud y ademanes de su señor.

—Buenas noches de Dios a vuesas mercedes, —agregó el sacristán.

Debo advertir que ya era algo anochecido cuando los aventureros, camino de Peñuelas, entraron en La Serena, y por de pronto el primer edificio que se les presentó fué la ermita, y a sus puertas golpearon.

—Iguales las tenga vuesa merced, buen hombre, —respondió don Juan.

Gil hizo un exagerado saludo.

—¿En qué cosa puedo servir a vuesa merced?

—En poca cosa: algo que yantar y un rincón para pasar la noche.

—Sobre todo algo sólido y suculento es lo principal, compadre, —añadió Gil.

—Es el caso que... aquí no hay nada por el momento... vuesas mercedes dispensen.

—No puede ser, buen hombre.

—Cierto; no puede ser, compadre, —repitió el paje.

—Reparen vuesas mercedes que ésta es una ermita.

—Tanto mejor, habrá por lo menos vino, —dijo don Juan de Crespo.

Y Gil, agregó:

—Y donde hay vino hay aceite, y donde hay aceite hay huevos, y habiendo todo esto nunca falta un zoquete de pan. Listo, compadre, que está hablando con caballeros que ciñen espadines y ostentan sobre sus hombros sardinetas.

El tono de mando y superioridad del paje admiró a don Juan.

—Pasen vuesas mercedes a la sacristía, —contestó el sacristán, que se llamaba Lorenzo Trujillo.

Amo y sirviente penetraron en una pequeña pieza con techumbre de totora, en donde ardía un candil de cobre alimentado por una torcida de cáñamo y un poco de sebo, que más que luz despedía denso humo y un repugnante olor a grasa quemada, aroma que avivó el apetito de los hambrientos aventureros.

—Pueden vuesas mercedes acomodarse como quieran aquí mientras voy a ver qué puedo presentarles para merendar.

Y el sacristán salió murmurando:

—Si hubiera dado libertad antes a Fierabrás, habría hecho buena colación con las pantorrillas de esos caballeros desconocidos y hambrientos. Lo voy a soltar.

*

—Paréceme, Gil que hemos llegado a una aldehuela muy miserable, a juzgar por esta ermita; sin embargo, aquí se me antoja que podemos negociar con ventaja, pues este presentimiento no me ha abandonado desde que, antes de salir de Lima, nos resolvimos a dirigirnos aquí. ¿Qué te parece, Gil? ¿Lo crees tú así?

Don Juan de Crespo no obtuvo respuesta, ni tampoco vió a su paje en el lugar donde había estado un instante antes. Miró a su alrededor, pero no pudo distinguir ningún objeto más allá de una vara de Castilla, tal era el espeso humo que despedía el candil.

—¿Qué diablos te has hecho, Gil?

Igual silencio siguió a esta pregunta; sólo sintió un ruido extraño, como el que hace una rata grande cuando roe un objeto duro.

—¡Gil, Gil!

—Silencio, mi amo, no grite su merced.

—No me dirás, con mil demonios, dónde estás y qué andas haciendo.

—Paciencia y barajar, mi amo, que he de dar con lo que busco.

—¿Y qué buscas, Gil, hombre? —repuso con más calma don Juan.

—¿No reparó su merced que todas estas tierras están plantadas de viñas?

—Sí que lo noté, ¿y bien?

—Según mis principios, donde hay cepas hay uvas, y donde hay uvas hay vino...

—Bueno, ¿y qué?

—Y donde hay vino es menester beberlo.

—Jamás te he visto, Gil, hombre, con una lógica tan contundente.

Y don Juan de Crespó se sentó en un banco sin respaldo, y permaneció silencioso y pensativo. De repente una exclamación de Gil le sacó de sus meditaciones.

—Ya lo decía a su merced, aquí está la mina, y a fe que hay provisión para muchos años para el cáliz.

Don Juan sintió el ruido que hace el líquido al pasar por la garganta cuando se bebe inmoderadamente y con precipitación.

—¿Qué tal sabe, Gil? —preguntó don Juan.

El ruido continuó.

—¿Es añejo?

Gil respiró con fuerzas, como el que ha contenido la respiración por largo tiempo, y haciendo castañetear la lengua contra el paladar, respondió:

—Sabe a bebida de ángel, mi amo, y es más viejo que el rey que rabió.

—¡Cuánto me alegro! Y, a propósito, ¿sabes quién fué el rey que rabió?

—Alguno que no tendría qué merendar ni qué beber como su merced, mi amo; pues cuando uno está así es capaz de armarla con el mismísimo Belcebú; pero lo que es ahora, se me ha metido en el cuerpo una alegría...

—El rey que rabió, Gil, fué el rey Wamba y...

—¡Qué bomba ni qué bombones! Pruebe su merced, que es de lo bueno.

Y apareció Gil con una gran botija de greda que apenas abarcaba con sus brazos al oprimirla contra su cuerpo.

—¿Quieres que beba con este canco?

—Tiene razón su merced; registrando se encuentra... ¡Cómo diera con el cáliz!...

Y Gil volvió a desaparecer, y don Juan tornó a oir el ruido de ratas, de muchas ratas.

Después de un momento:

—¡Cuándo yo lo decía, —exclamó el sirviente—, al fin encontré algo!

Y apareciendo a la vista de su amo, le presentó una pila de cobre para agua bendita, de forma de una cruz, en cuyo pie, formando la peana, estaba el depósito.

—Excelente, Gil; tu previsión afirma y corrobora mis presentimientos de que aquí, Dios mediante y tus arbitrios, hemos de prosperar a maravilla.

—Eso es pensar en mañana; lo que es por ahora le juro, mi amo, que hemos de beber como en nuestros mejores tiempos, y para mi santiguada se me antoja que voy a coger una *turca* de padre y señor mío.

—Barruntos tengo de lo mismo, Gil, y en prueba de ello, ¡a tu salud!

—Gracias, mi amo.

La cruz principió a descender repetidas veces al fondo de la vasija. Al principio desaparecía la peana solamente, poco después la peana y la cruz, y en seguida la peana, la cruz y la mano que lo sostenía. El líquido desaparecía de la vasija.

—¿Qué tal, mi amo?

—Malvasía y de lo caro.

—Esto no se llama Malvasía, mi amo, que se llama *trasiega*.

—¿Trasiega?

—Tan cierto, a fe mía, que, según tengo colegido lleva-

mos más de medio cántaro trasegado a nuestros buches. ¡Cómo podamos dejar un rinconcito para la merienda!...

—Y el viejo no parece. ¿Se habrá trasconejado el muy tuno?

—Yo creo, mi amo, que tendré qué hacer con la merienda lo que hice con el vino, buscarla.

Y avanzó hacia la puerta; pero le detuvo el significante gruñido de un enorme mastín.

—¡Vaya al diablo la bestia, —murmuró Gil—, si parece un león!

Estamos sitiados, mi amo, y lo que es por esta noche lo mejor es resignarse a pasarla sin merienda.

—¿Qué dices, Gil?

—Pues entonces, mi amo, voy a llenar el rinconcillo que en el estómago había reservado para algo más sólido.

Y Gil principió a beber con más denuedo.

Don Juan, mientras tanto, daba cabeceos tales que casi perdía el equilibrio en el banco sin respaldo donde estaba sentado. A poco principió a imitarlo Gil. Por último, el candil se apagó y se hizo oir un dúo de ronquidos, de tal manera atronadores, que asustaron al mastín que se fué a echar prudentemente a algunos pasos distantes de la puerta de la ermita de San Miguel de la Chimba.

*

El rubicundo Febo tendía las doradas hebras de su cabellera por la superficie de la tierra, como decían entonces los poetas; es decir, que los rayos del sol penetrando por las rendijas de la *quincha* de la sacristía, llegaban a los cerrados párpados de amo y mozo, cuando despertaron del profundo sueño que el cansancio y el vino les infundieron. El viejo Lorenzo Trujillo estaba de pie ante ellos y, a su lado, el terrible Fierabrás, en actitud de pedir órdenes.

—¿Ahora recién llega con la merienda, compadre? le preguntó Gil.

—Sus mercedes han sido servidos como a cuerpo de rey; pero sus mercedes han bebido mucho sin duda, y por eso no recuerdan.

Amo y sirviente se miraron sorprendidos, dudando de lo que oían.

—Todo puede suceder, compadre, pero es el caso, a juzgar por la flaqueza de estómago y de tripas que experimento, que la merienda debió componerse de recortes de hostias.

—En manera alguna, y vuesas mercedes se chuparon los dedos con unos embuchados de ternera...

—¡Embuchados! exclamaron los aventureros.

—Tan cierto como que mi difunta esposa está en el cielo; y un solomillo relleno...

—¡Un solomillo! —volvieron a exclamar.

—Y un adobado de puerco que a la vista y al olfato decía: comedme...

—¡Adobado!...

—Y unos huevos estrellados con tomates...

—¡Basta, compadre, que se me está haciendo agua la boca!...

—Yo no recuerdo nada, Gil; y esta fatiga que siento...

—Aunque me maten, y por la razón de su merced, mi amo, es decir, por razón de fatiga, juraría que no he comido ni migaja.

—¿No recuerdan sus mercedes, —agregó el sacristán— las aceitunas y el queso?

—¿Se burla, compadre? ¡Cuidado que no sabe con quién habla!

—¡Dios me libre de semejante pecado! Todo lo que acabo de decir a sus mercedes es tan cierto como que Fierabrás nos escucha.

El perro gruñó significativamente y miró a Gil.

—Esas son malas bromas, compadre, no atestigüe con este honrado mastín, —respondió Gil, retrocediendo dos pasos.

—Lo que sus mercedes oyen, que todo lo traje de casa del señor cura, y ya que no dan crédito a Fierabrás, aquí viene don José de Olivares que no me dejará mentir.

Efectivamente, el cura entró en ese momento en la sacristía.

Lorenzo Trujillo había dicho la verdad, pues fué a dar

cuenta al cura de cómo repentinamente y sin pensarlo se encontraba con dos huéspedes que se decían caballeros nobles y hambrientos, y había traido, de casa del señor Olivares, una abundante merienda, que se había engullido, sin dejar ni los huesos para Fierabrás.

El cura saludó muy políticamente a los aventureros, y les ofreció su casa y su bolsa. Don Juan de Crespo le dió las gracias con atentas y corteses palabras, admitiendo solamente, y por algunos días, su hospitalidad. Trujillo insistió en su propósito, porque le convenía, y dijo al cura:

—Señor vicario, los caballeros aquí presentes dudan de que hayan tenido una merienda espléndida...

—Dice verdad Trujillo, porque tan pronto como tuve noticias de que vuesas mercedes habían pedido alojamiento en esta ermita, les hice preparar una merienda digna de caballeros como juzgo que lo son sus mercedes, pues me figuré que no habrían comido.

—¡Oh, —exclamó Gil—, damos las gracias a su merced, todo ha sido una broma hecha al tío Lorenzo! ¡Qué espléndida merienda! Por lo que a mi atañe, creo que no tendré necesidad de comer en dos días. ¿Y su merced, don Juan?

—También, —respondió el de Crespo, con voz desfallecida por la fatiga.

—Si vuesas mercedes gustan, —dijo el cura—, iremos a casa.

—No deseamos otra cosa.

—Pues en marcha.

Y echaron a caminar. En el camino, don Juan preguntó a Gil en voz baja:

—¿Cómo, si tú merendaste, yo no lo hice?

—¿Yo merendar, mi amo?

—¿No se lo acabas de decir al señor cura?

—Era deber de cortesía.

Don Juan lanzó un suspiro, pues la fatiga le arreciaba. Gil hizo otro tanto, y dijo a su amo:

—¡Poco aprovecha merendar por cortesía, mi amo!

*

Dos meses habían transcurrido desde que don Juan de Crespo y su paje Gil Boyuda estaban alojados en casa del cura don José de Olivares, y en tan corto tiempo habían contraído relaciones de amistad con lo mejor del pueblo. Gil, sobre todo, había ganado muchos ducados en las cuatro tabernas que, con real permiso, existían en la ciudad en aquella época, y cada perdidoso se tornó en enemigo del afortunado extranjero.

Don Juan, bajo el pretexto de ser entendido en matemáticas, comenzó por explotar la ignorancia de algunos propietarios de terrenos eriazos, convenciéndolos de la facilidad de dotar de agua esos campos, aúnque la mayor parte de ellos estaban a mayor altura que el río.

Dinero gastaban los propietarios, y dinero perdían en las tabernas los incautos que caían en las expertas garras de Gil Boyuda, a quien, no en vano, por su destreza, se le había dado en España este apodo, que en lengua lemosina significa *baraja de naipe.*

El año anterior, es decir, en 1758, con fecha 20 de octubre, el corregidor don Ventura de Marín había hecho publicar el siguiente bando:

"Que tocada la campana de la queda (las nueve de la noche) se cierren las pulperías bajo pena de veinte pesos. Que tocada dicha campana no ande ninguna persona por las calles ni carguen armas ofensivas, como son: pistolas, dagas y cuchillos, bajo pena, si fuere español, de perder el arma y cuatro pesos para la refacción de la cárcel; y a los indios, negros y mulatos de *doscientos azotes* por las calles".

Como se dejará comprender, a don Juan y a Gil, teniendo tantos enemigos, pues habían vivido de la estafa, les era indispensable andar armados hasta los dientes, como vulgarmente se dice. Las pulperías donde ellos habían sentado sus reales, según disposiciones gubernativas cerraban sus puertas a la hora de la queda, pero los concurrentes permanecían dentro. Esta circunstancia obligó al corregidor a publicar un bando en el que se ordenaba, fundándose en la experiencia

de que seguían bebiendo y jugando en los corralillos, que toda pulpería que tuviese puerta al interior se tapiase.

Los aventureros, mediante sus arterías y mañas, burlaron las disposiciones de estos bandos, y reunieron una cantidad no indiferente de doblones, pero sucedió que una noche dejaron sin blanca al hijo del corregidor, y éste, furioso, aplicó la pena impuesta a los negros y mulatos a los nobles aventureros: no hubo cuartel ni tu tía.

*

El año de gracia de 1759, la muy leal ciudad de La Serena, cuyo título le concedió el emperador Carlos V, el 4 de mayo de 1552, para "que se ennoblezca e vaya en más crecimiento", presenció la flajelación pública de don Juan de Crespo y de su paje Gil Boyuda, atados tambos en el rollo que, como enseña de autoridad, colocaron los españoles en la plaza, en todas las ciudades que fundaron en América.

Cuando salían de La Serena, mustios y cariacontecidos, dijo don Juan a Gil.

—Me engañaron mis presentimientos, Gil.

—La cosa es clara, mi amo, quien principia merendando por cortesía, debe acabar azotado por la justicia.

Don Juan lanzó un suspiro.

—Lo que es ahora, mi amo, su merced no sufrirá la flaqueza de estómago.

—¿Quiéres callar, Gil?

—Yo también suspiro, mi amo; pero es de flaqueza *aquí.*

Y, atentándose con ambas manos *allí*, porque de ello había menester, continuaron su camino.

DE COMO SE CALUMNIA AL DIABLO

Para los que no creen en el Diablo van dirigidas estas líneas.

Gran alarma había en La Serena, y con justicia se espantaban los tranquilos habitantes, pues se trataba nada menos que del Diablo que, en cuerpo y alma y con sus retorcidos cuernos, se había aparecido a doña Francisca Rojas.

Era esta señora un modelo de virtud; desde su más tierna edad se había impuesto la penitencia de ayuno perpetuo y la abstinencia de toda fruta y golosinas, amén de los zurriagazos con que mortificaba sus inocentes carnes, pues había tomado por modelo a no sabemos qué santa, y cada loco con su tema.

Debilitada por el régimen que observaba, no era extraño que viese al Diablo a todas horas, y con más frecuencia durante la oscuridad de la noche, con la forma que en su niñez se lo habían pintado en los cuentos de fantasmas y aparecidos, es decir, como un mancebo de gallarda presencia, pero con cuernos de macho cabrío.

Grandes eran los gritos que lanzaba doña Francisca cuando el *Matoco* la estrechaba entre sus brazos, y pretendía llevársela consigo a la mansión de las tinieblas.

Tantas veces comunicó este suceso al cura don Ramón Navia de Araya, su confesor, que este sacerdote hubo de po-

nerse de acuerdo con don Nicolás Rojas y con doña Bartola Argandoña, padres de la joven.

Estos corroboraron lo que su hija le había comunicado en el secreto del confesionario, agregando que la mayor parte de las noches sentían que daba gritos espantosos, y que, cuando acudían, la encontraban privada de sentidos, y en el aposento un olor muy pronunciado a azufre.

El azufre ha sido siempre el perfume favorito del *Mandinga,* pues por lo visto no ha podido convenir con el famoso Farina, el del agua de Colonia, ni con Murray y Lanman, ni con Rimel y demás enemigos de los malos olores.

*

Preciso es dar a conocer al lector que este acontecimiento tenía lugar el año 1764.

Explicada esta circunstancia, trasladamos la escena, por más que sea por vía de acotación, a otra casa.

Vivía en la vecindad un joven de veinticinco años, hijo del alcalde don Gregorio Cortés, llamado Emilio; éste, no indiferente a los encantos de la juventud, había concebido por doña Francisca una ardiente pasión, pues la joven era hermosa, y las azuladas ojeras y su pálido semblante, efectos de sus maceraciones, fueron otros tantos atractivos para enardecer el amor del hijo del alcalde.

Obtener alguna oportunidad para hablar con ella, era pensar en lo imposible, y Emilio no podía dejar de hacerlo, porque doña Francisca se le había hecho de todo punto necesaria. Así, pues, una ocasión, salvando las bajas paredes del huerto, se introdujo en su aposento.

La aparición de un hombre en el tranquilo retiro de doña Francisca, fué mirada como la del *Uñudo,* y lanzó gritos espantosos. Emilio, apenas tuvo tiempo de darle un beso en la frente, abandonar el cuerpo inerte de la joven y huir, pues sus padres, alarmados, se habían puesto en movimiento.

¡Dichosos padres que sintieron olor a azufre!

*

Doña Francisca siguió visitada por el Diablo, y la alarma que sus visitas ocasionaron, traía constantemente excitados a sus padres.

El cura, a quien se consultó, fué de opinión que se conjurase la casa, idea que fué aprobada y adoptada por don Nicolás y doña Bartola.

A lo que nos parece, los agustinos son los únicos que tienen privilegio exclusivo para esta operación; así, pues, algunos días después, el prior, con todo el aparato y solemnidad requeridos, exorcisó al enemigo malo, con lo cual el *Cornudo* no volvió a aparecer, ni doña Francisca a dar gritos como de costumbre.

*

Y fué que doña Francisca, poco a poco, se acostumbró con el Diablo, y de tal manera se acostumbró, que abandonó las maceraciones y los ayunos y se convenció que la mujer debe cumplir con las leyes de la naturaleza que son inmutables.

Un cambio tan inusitado no pudo menos que extrañar a sus padres y, sobre todo, al cura; pues la joven hacía ya tiempo que no se acercaba al tribunal de la penitencia.

Empero, un día doña Francisca dijo a su padre:

—Espero que su merced me dé su consentimiento para casarme con don Emilio Cortés.

Don Nicolás quedó anonadado al oir semejantes palabras, pero doña Francisca añadió:

—Esposa puedo servir a Dios tanto como virgen.

—Yo respeto tu voluntad, Francisca; tu juicio te abona, y el esposo que has elegido no me disgusta en ninguna manera.

*

Pocos días después, con gran contentamiento y alegría, se desposó doña Francisca con don Emilio.

¡Y, sin embargo, de estar presente el Diablo, nadie olió a azufre!

UN FRAILE QUE SE ALIMENTABA DE CADAVERES

La administración del corregidor de La Serena, don Pedro Antonio Balbontín de la Torre, que duró once años, si no estamos mal informados, fué notable por algunos acontecimientos que merecen consignarse.

Los jesuítas se habían apropiado el terreno que hoy forma el barrio de Santa Lucía, edificando en él una capilla, un molino de pan, una casa de ejercicios espirituales, y plantando olivares y viñedos.

El cabildo procuró dar a censo este terreno, según consta de un acuerdo celebrado en 8 de junio de 1750, acuerdo que quedó sin efecto hasta que, algunos años después, el 26 de agosto de 1767, época de la expulsión de los jesuítas de los dominios españoles, la burlada corporación cabildil hizo saber por bando que dicho terreno se daba a censo.

*

Otro de los acontecimientos de esta administración, es la consagración de la iglesia de Santo Domingo el año 1775.

Aún nos falta mencionar otra circunstancia importante: tal es la necesaria indicación de una casa de pólvora, que es la que está situada donde hoy existe, decretada por este man-

datario, aunque no se llevó a efecto sino algunos años después. el 19 de Febrero de 1796, asignando el cabildo la cantidad de doscientos cuarenta pesos, suma que se creyó necesaria para el edificio.

Con esto, y aún con menos, ya tendría suficiente don Pedro Balbontín de la Torre, para hacer de eterna memoria y recordación su mala o buena administración; pero lo que vamos a referir también tiene sus bemoles, que ya podrían irlos archivando sus descendientes, es decir los descendientes de don Pedro.

*

Sabido es, —y por si no lo saben lo decimos aquí—, que la orden de ermitaños de San Agustín se estableció en La Serena el treinta de agosto de 1555, por fray Pedro de la Torre, en el sitio esquina de la calle del Teatro, en donde cruza con la de Santa Inés, y en el que aún se hace notar una gallarda palma.

La actual iglesia que lleva su nombre, fué edificada por los padres de la Compañía de Jesús, y después de la expulsión de los jesuítas, se la cedió el cabildo a los agustinos, con la condición de que continuaran éstos la enseñanza que aquéllos tenían de gramática, latín y filosofía. Con estas condiciones, se hizo cargo de la iglesia y claustro el prior fray Buenaventura Illéstegui.

Entre los conventuales se hacía notar fray Tomás de las Navas, y decimos se hacía notar, no tan sólo por su aspecto grave y demacrado, sino también por su austera comportación.

No contaba menos de cincuenta años, y jamás salía del convento a no ser llamado para administrar algún ministerio de su religión, y con previo permiso del prior.

No abandonaba su desmantelada celda sino para asistir a la iglesia, en donde edificaba a sus hermanos por su austeridad y recogimiento, y para ir al refectorio, donde apenas comía algunas legumbres.

Fray Tomás de las Navas era un santo, y como tal lo consideraban en la ciudad. En cambio, sus compañeros y los novicios, celosos de su reputación y de su ejemplar comportamiento, esparcieron la voz de que fray Tomás no comía, porque durante la noche se hartaba con los despojos de los muertos que desenterraba en el campo santo.

Estas especies circularon por la ciudad y llegaron a oídos del prior Illéstegui. Dudar de tan santo varón habría sido temeridad imperdonable; pero la consistencia que tomó tan absurda creencia, obligó al prior, bien a pesar suyo, a tomar las medidas que creyó convenientes; y además, libros escritos por autores que la iglesia respeta, referían extravagancias aún mayores que las que se atribuían a fray Tomás de las Navas.

En consecuencia, acompañado de dos padres, a quienes comunicó sus sospechas, lo espió una noche, y con lágrimas en los ojos, de indecible sentimiento, vieron a fray Tomás salir a deshora de la noche de su celda y dirigirse al camposanto; en seguida, coger una azada y cavar al pie de un lúcumo.

La luna, en su cenit, permitía observar los menores movimientos del padre.

—¡Ya está desenterrando un cadáver! —dijo un fraile.

—¡Silencio! —repuso el prior.

—¡Yo no tengo valor ni estómago para ver devorar a un muerto! —añadió el otro padre.

—¡Silencio y esperemos! —volvió a decir el prior Illéstegui.

—¡Nada, nada! —exclamó fray Tomás de las Navas, limpiándose el sudor de la frente con una de las mangas del hábito—. ¡Ya hace más de veinte noches que cavo inútilmente; mañana será la última, y si nada encuentro, todo ha sido ilusión, efecto de la fiebre de aquella pobre vieja!

Arrojó el instrumento con que cavaba, y con pasos mesurados se dirigió a su celda, cerró la puerta y mató la luz.

Los padres que acechaban se dijeron:

—Aquí hay misterio y es preciso averiguarlo y descubrirlo.

—Mañana, —dijo el prior—, si Dios quiere, lo sabremos.

*

A la noche siguiente, más ansiosos que la anterior, atisbaron a fray Navas. Este, con desaliento, cogió la barreta y se dirigió al tronco de otro árbol.

A poco de haber cavado, el instrumento tropezó con un objeto duro y sonoro.

El padre Navas se dijo:

—¡Ya lo encontré!

Y se dirigió a la celda del prior.

*

La celda estaba abierta y con luz, pero no había nadie en ella. Esta circunstancia extrañó al padre Navas, e iba a salir, cuando al pisar el umbral se encontró con el prior y los dos padres más graves del convento.

—Buscaba a vuestra paternidad reverenda.

—Y yo, hermano, venía igualmente en su busca en compañía del padre predicador y del lector jubilado, aquí presentes.

—Sus paternidades tendrán la bondad de seguirme y acompañarme a merendar un cadáver que, hace un momento, he desenterrado. Es bocado exquisito que una vez probado no olvidarán jamás. Cuestión de costumbre. Tanto en la ciudad como en este santo convento, se me atribuye que desentierro muertos para comérmelos en seguida; invito, pues, a vuesas paternidades a un festín de esta naturaleza.

—¡Qué impiedad! —exclamó uno de los padres.

—¡Es una herejía! —contestó el otro.

Solamente el prior, que notó algo de extraño en el semblante y palabras del padre Navas, nada dijo, y permaneció pensativo un instante. Después, dirigiéndose a sus compañeros, pronunció:

—Bajo santa obediencia, hermanos, os mando que me sigáis y admitáis el convite del hermano Navas.

Fray Tomás los condujo al pie de un añoso peral, y mediante la espléndida luna les mostró la cubierta de una cajuela de madera, reforzada con sunchos de hierro algo destruídos por el orín, y les dijo:

—Aquí tienen vuesas paternidades la merienda.

Y cogiendo la barreta hizo saltar la tapa, quedando de manifiesto, ante los asombrados ojos de los padres, una caja repleta de monedas de oro.

*

Una anciana, que estaba próxima a expirar, solicitó que le administrara los últimos auxilios de la religión fray Tomás de las Navas, reputado, a pesar de las hablillas, un santo varón.

En sus últimos momentos, la anciana reveló a fray Tomás que un hijo suyo, conventual de la Compañía de Jesús, había tomado parte en la ocultación de un cofre lleno de oro al pie de uno de los árboles del camposanto.

Este era el tesoro que fray Tomás de las Navas había buscado y encontrado.

*

Los doblones de oro de los reyes don Fernando VI y don Carlos III, reavivaron los ánimos de los dos padres graves; y el prior, que barruntaba que en aquello de la merienda había su intríngulis, como decimos ahora, o gato encerrado, como se decía entonces, exclamó:

—¡Cenas como ésta no desecharía, noche a noche, nuestro padre San Agustín, ni aún después de haber sido obispo de Hipona; mucho menos podrían ser despreciadas por sus obedientes hijos!

—Pues, ya lo digo.

—Y yo lo afirmo.

—Ya ven sus paternidades, —dijo fray Tomás—, que mi cena no se compone de despojos de muertos, aunque este cadáver está bien enterrado y mejor muerto.

—¡Venga un abrazo, reverendo padre, y continúe desenterrando muertos!

—Aunque sea de a dos cadáveres.

—De a ciento si puede.

—De a mil, si es su voluntad.

*

Pocos meses después, el claustro miserable de los agustinos principió a edificarse con una decencia inusitada para su época, (el que hoy se ve) ; y se erigieron altares con profusión de talladuras y dorados.

Mientras tanto, el padre fray Tomás de las Navas, continuó, en opinión del vulgo, desenterrando cadáveres en el camposanto, para celebrar banquetes nocturnos, hasta que falleció muy anciano.

El entierro de este santo varón, tan injustamente calumniado, fué modesto, y parece que la fatalidad lo persiguió hasta su última morada.

Al descender sus restos en la fosa cavada ante el altar de San Nicolás de Tolentino, de quien fué ferviente devoto y admirador, una viga de la nave se hundió, trayendo consigo parte del techo e hiriendo a varias personas, a algunas de gravedad. Esto dió margen para que los asistentes al entierro robusteciendo más su creencia, dijeran:

—¡Quién se alimentó de cadáveres no podía hacer otro milagro!

Por lo cual, el prior Illéstegui, indignado, subió al púlpito e improvisó una oración fúnebre que, por largo tiempo, nadie olvidó, rehabilitando con ella la memoria de tan santo varón.

UN CURA VENCIDO POR UN MOCHO

Era un hombrecillo de cuatro pies de alto, por otros tantos de ancho, con rostro redondo como trazado a compás, y siempre humedecido por la traspiración; con nariz roja como mingo de billar, semioculta por dos mejillas protuberantes y relucientes como la superficie de un espejo; con dos ojillos negros y chispeantes bajo unos párpados caídos como bambalinas de teatro; con boca sin labios, como cortadura hecha sobre papel con una navaja afilada, pero siempre animada por una sonrisa constantemente irónica o sarcástica. Por último, sobre su despejada y ancha frente, y sobre sus descomunales orejas, se hacía notar una enmarañada cabellera de pelo gris. Por allí no había pasado el peine ni la mano del barbero, como en las selvas tropicales no se ha dejado oir el golpe del hacha de la civilización.

¿Quién era este personaje?

Era el poeta repentista de más talento que, en 1782, había en La Serena.

Y, ¿quién era este poeta?

Era don Clemente Morán, cura vicario de la parroquia del Sagrario, pues entonces había otra denominada de Santa Inés.

*

Por esa misma época, existía otro personaje no menos célebre que el anterior.

Este era un hombre alto, de facciones varoniles, pero cuyo conjunto manifestaba al truhán, al tronera, al tunante.

Vestía el hábito de los dominicos, porque era lego del convento de Santo Domingo.

Se llamaba Francisco López, y compartía, con el cura Morán, la fama de poeta.

Este fué el célebre padre López, de quien se cuenta que, habiéndose retirado, a deshoras y ebrio, al convento, el prior, que lo esperaba, lo hizo conducir a la cárcel del claustro, y ordenó que le remacharan una barra de grillos, en presencia de la comunidad, para ejemplo y escarmiento de otros.

Mientras dos hermanos legos cumplían las órdenes, el padre López se dirigió al prior y, con su socarronería habitual, y aumentada entonces por el licor, le dijo:

—En esta casa, señor,
Nos castigan al revés:
Los yerros de la cabeza
Nos los ponen en los pies.

Es fama que la comunidad se echó a reir, y habiéndole caído en gracia la improvisación al prior, dió contraorden sobre lo de los grillos, y lo dejó dormir la mona en el calabozo.

*

El cura Morán fué el reverso de su antecesor don Juan Nicolás Varas. Este fué humilde y afectuoso, por consiguiente querido de todos. Aquél, todo lo contrario, atrabiliario, cascarrabias y algún tanto grosero, no era ni querido ni respetado, cuando más era temido por sus versos que fueron muy celebrados. En el púlpito profería palabras de un vocabulario poco decente, y que en una taberna habrían sonado mal.

Las modas de las mujeres era su tema favorito. Cuéntase

que una ocasión pronunció estas palabras: "Perras viejas ensolimanadas, ¿por qué os acicaláis? ¿No estáis viendo que el mismo diablo os desprecia y desdeña?"

Al día siguiente, de pie en la puerta de la iglesia viendo entrar a las mujeres, para en seguida criticarlas y reprenderlas en la plática, notó a una señora anciana, muy compuesta, a quien dijo:

—Dispénseme, comadrita: lo que dije ayer, en la plática, no fué por usted.

—¡Las cosas de mi compadre, si ya nadie le hace caso! —respondió la señora.

Además, era el cura Morán muy desaseado en el vestir y muy glotón en el comer.

Fray Francisco López hizo su retrato en una preciosa décima. Después de hablar de un titiritero que, en una casa, con las gracias de sus muñecos, costeaba o hacía la diversión general, dice así:

Sacó un mono hecho pedazos,
De una figura infeliz
Con una sobrepelliz
Compuesta de mil retazos;
Tenía por embarazos
Sotana, poncho y gabán;
En fin, era un charquicán
De inservible trapería,
Y un letrero que decía:
ESTE ES EL DOCTOR MORAN.

A pesar de su descuidado traje, y de sus costumbres poco pulcras y caballerescas, el cura Morán leía mucho, y sabía al dedillo las opiniones de los enciclopedistas franceses, de quienes era ciego partidario; y a tal punto llegó su afición a la lectura de libros que, por entonces, manifestaron doctrinas nuevas y desconocidas, que, sin tener necesidad, habló a don Joaquín Gallardo para que le llevase los libros parroquiales.

Durante el tiempo que Gallardo corrió con los libros,

ningún nacido, o poquísimos, fueron bautizados con el nombre que sus padres quisieron ponerles. He aquí la prueba.

Cuando había algún alumbramiento, luego acudía el cura Morán, se entiende después de habérsele llamado, seguido de Gallardo con el libro bajo el brazo, con su gorro de seda negro, que le ocultaba las orejas, lo que lo hacía más sordo de lo que era, y con los indispensables parches, de papel, de sebo con tabaco, del tamaño de un peso fuerte, en las sienes.

—¿Qué nombre desean ponerle a la criatura?

—Encarnación.

—¿Cómo? —replicaba Gallardo, poniéndose una mano tras la oreja.

—¡Encarnación! —le gritaban.

—¡Ajá! Ya estoy.

Y principiaba a redactar la partida que, una vez concluída, leía, con voz nasal, de esta manera:

"Hoy día tanto, de tal mes, bauticé a Ascensión...".

—Encarnación, le hemos dicho.

—¿Cómo?

—¡Encarnación! ¡¡Encarnación!!

—Yo entendí... Pero lo mismo da para el caso, y como los libros deben llevarse con limpieza...

Y la criatura se bautizaba con el nombre que había oído don Joaquín. Y todo, por no enmendar. Esta escena se repetía casi siempre.

Por eso dijimos que la mayor parte de los nacidos, en aquella época, tenían el nombre contra la voluntad de sus padres o padrinos.

Pues cuando algunos insistían en que se enmendara la partida, terciaba en la discusión el cura Morán, y salía vencedor don Joaquín Gallardo.

*

El cura Morán tenía un verdadero encono con el lego López, aunque en público trataba de disimularlo, porque éste hizo circular las siguientes décimas:

El pueblo está conmovido
Porque brotó de la sierra,
Como criadilla de tierra,
Un ente desconocido:
Dicen que tanto ha mordido
Que ni escapó el sacristán;
De conocerlo el afán
Hubo de asaltarme ciego,
Fui a buscarlo, pero luego
En él conocí a Morán.
Dije para mi capilla:
¡Morán aquí haciendo el guapo,
Cuando no sabe, ese sapo,
Ni la cosa más sencilla!...
Una tan gran maravilla,
Caso tan original,
Engaño tan sin igual
Los siglos no han registrado,
Pues si Morán se ha ordenado,
¡Puede hacerlo un animal!

Morán no se quedó con la píldora, y contestó con estos otros versos, que fueron muy celebrados:

Con el mismo retintín,
Tilín,
Donde las toman las dan,
Talán,
Y a veces en el cogote,
Monigote.

Si a mi me encuentras un zote
Tú, que no estás ordenado,
¿Qué serás, torpe donado?
Tilín, talán, monigote.

Y, sépalo el dios Eolo
Tan sólo,
Aunque te cause escozor
Por

La causa que no lo has sido,
Corrompido.
Ser lo que soy has querido,
Y aunque mucho has trabajado,
A donde estás te has quedado,
¡Tan sólo por corrompido!

Estos *ecos*, más graciosos que epigramáticos, pues eran groseros, dieron lugar, poco después, a una serie de cartas escritas en décimas que se cruzaron entre los dos vates y que la gente ilustrada de aquella época se apresuró a copiar.

Empero, donde estos dos ingenios rivales aguzaron su entendimiento, fué en una fiesta que dió el corregidor don Pedro Antonio Balbontín de la Torre.

No sabemos si el corregidor celebraba su cumpleaños, o el de su señora, lo cierto es que la gente más notable de La Serena estaba convidada a comer. Y don Pedro, al invitar al prior de los dominicos, le había suplicado que le permitiera convidar al lego Francisco. Comprendiendo el prior el objeto, accedió a los deseos del corregidor. Cuando se retiró don Pedro, el prior hizo llamar al lego, y estando solos en la celda, le dijo:

—Hermano Francisco, ha tenido el insigne honor de ser convidado a comer en casa del señor corregidor. Le prevengo, hermano, que guarde la debida compostura, tanto por el hábito que viste, cuanto por las personas con quienes estaremos reunidos.

—Vuesa paternidad no quedará descontento; pero si el señor cura Morán...

—Hágase sordo, hermano, a las indirectas del vicario.

—Eso sería poco honroso para el convento.

—Pero muy conforme a nuestra santa y humilde orden.

—Su paternidad debe suponer que cuando a uno le tiran la lengua...

—Muérdasela, hermano.

—¿Y si me obligan a contestar al señor cura?

—Conteste, hermano, con alguna sentencia edificante.

—Así lo haré, su paternidad.

—Retírese, hermano, arréglese el hábito y el cerquillo lo mejor que pueda, que dentro de poco hemos de asistir al convite.

Era costumbre entonces, beber aloja, mistela y ponche, antes de comer, y la mayor parte de los asistentes cargaron la mano, como vulgarmente se dice, al lego López, a fin de achisparlo para que, de esta manera, perdiera el encogimiento al verse entre tantas personas de respetabilidad, y fiscalizado, además, por el prior.

En la mesa, el cura Morán le lanzó un fuerte puyazo en una décima, que el lego contestó en una moderada quintilla que nadie aplaudió. Por segunda vez lo provocó Morán, y con la misma humildad contestó López. Orgulloso con su doble triunfo, el cura le lanzó un tercer reto. Entonces Lopez, que ya estaba algo achispado, se puso de pie, con vaso en mano, y dirigiéndose al prior, le dijo:

—Vuesa paternidad no podrá negar que he cumplido con las palabras del Evangelio. Me han pegado en una mejilla y he presentado la otra, pero como Cristo no nos dijo qué debía presentarse después de ser abofeteado en las dos mejillas, con permiso de vuesa paternidad y de estos señores, voy a dar una fraterna, o más propiamente dicho, una categórica respuesta a las invectivas del señor cura. Y, haciendo una inclinación de cabeza, pronunció:

—Si usando moderación,
Morán, no te he desarmado
Y por eso te has alzado
Como un lúbrico Nerón,
Ha llegado la ocasión
Que te zurre la badana:
Señores, esa sotana,
Como ustedes bien lo han visto,
Está deshonrando a Cristo
De la noche a la mañana.

Los aplausos estallaron, y el prior fué uno de los que más aplaudió la ocurrencia del lego López.

Había cumplido la promesa que hizo a su prelado, y alentado con el éxito, dirigiéndose a la esposa del corregidor, le dijo:

—Esopo vino a esta tierra,
Pero vino disfrazado,
Dejó en Grecia sus talentos
Pero trajo sus harapos.

Téngase presente que el cura Morán, rechoncho y gordo, no era una figura agradable.

—¡Bravo, bravo! —gritaron todos.

—¿Qué responde a la alusión el señor cura? —preguntó el corregidor.

—Yo nunca acostumbro callarme, y propongo la solución de la siguiente:

Vestir hábito y no ser
Lo que el hábito figura,
Eso es dar a conocer
Que alguien ni tuvo valer
Para alcanzar la tonsura.

Todos comprendieron la alusión, y aplaudieron la ocurrencia. En ese momento el prior, picado en el amor propio, dirigiéndose a López, le dijo:

—Veamos qué responde a esto el hermano López.

—Sé decir a vuesa paternidad, replicó éste, que el cuello no vencerá jamás a la capilla, y alzando el vaso, replicó:

—Contáronme cierto día
Que Gallardo, el de la curia,
Se quejaba de las ratas,
Sin moderación alguna,
La cera y hasta el pabilo
Le birlaban como furias;
Mas las ratas protestaron
Agregando esta denuncia:
Que por la cera inquiriesen
A las sotanas del cura.

El cura quiso responder, pero los aplausos le ahogaron la palabra; por otra parte, el hartazgo le había ofuscado el entendimiento. Comprendiéndolo así López, le espetó la siguiente décima:

—Una cazuela, un jamón,
Cuatro prietas bien asadas,
Dos rellenas empanadas
Y la pierna de un lechón,
No se sopla un Anfitrión
Sin sentirse trabucado;
Así, si el cura ha callado,
No lo ha vencido mi ciencia,
Su no probada abstinencia
Su suelta lengua ha trabado.

La comida concluyó, habiendo quedado vencedor, en ese torneo de insultos, tan propio de aquella época, el hermano lego fray Francisco López, con gran alegría y contentamiento del prior.

*

Réstanos decir que debemos la mayor parte de la copia de los versos, a un amigo cuyo nombre no ha querido que revelemos. ¿Cómo llegaron a su poder?

Por una casualidad.

Haciendo el inventario de una testamentaria, le fué necesario registrar algunos papeles muy antiguos, entre ellos encontró los versos indicados; y acordándose de nosotros, se los puso en el bolsillo, plenamente convencido de que no perjudicaba a los herederos.

Con datos orales de personas ancianas, que en su juventud oyeron a sus padres algo acerca de estos dos personajes, hemos completado los materiales para este artículo.

OCURRENCIA FELIZ

Aunque nada tiene de particular lo que voy a referir en el presente artículo, sino es una ocurrencia feliz que ha hecho fortuna, me voy a permitir alterar la fecha y cambiar nombres propios, por más que sean conocidos aquí. Hecha esta salvedad, al asunto.

A fines del siglo XVIII existía un caballero de nacionalidad inglesa, llamado Jorge, casado con una matrona respetable de La Serena.

Este caballero quiso dar una educación eminentemente europea a uno de sus hijos; hubiéralo mandado a Londres, a no haber tenido relaciones mercantiles con Estados Unidos, y a esta república, que aún combatía por obtener su independencia, envió a su hijo Enrique, bajo la dirección y vigilancia del capitán de una fragata que había traído un cargamento de mercaderías surtidas, consignado a don Jorge, y que regresaba con otro compuesto, en su mayor parte, de cobre en barra.

*

Cuando Enrique se despidió de sus padres, doña Concepción del Barrio, por quien había sido criado, solamente contaba diecisiete años.

La señora le colgó al cuello escapularios, reliquias y rosa-

rios, y aún antes que la fragata zarpara del puerto de Coquimbo, ya se rezaban trisagios y novenas por su feliz viaje, tanto en casa de la madre como en la de la abuela.

Doña Concepción tenía por vecinas a tres hermanas solteronas, de su edad, poco más o menos, es decir, que la mayor no apearía de cincuenta y cinco. Llamábanse: Felipa, Andrea y Melchora, y todos en La Serena, las conocían con el calificativo de las señoras Méndez.

Doña Felipa, que era la mayor, por su palabra fácil, por los terminachos, que nadie comprendía, con que salpicaba la conversación, por su afición a leer algunas gacetas que, de tarde en tarde, le llegaban de Lima o del Plata, y porque estaba al corriente de la política que entonces se hacía en el virreinato del Perú y en el de Buenos Aires, fueron más que suficientes motivos para que todos le dieran la fama de persona muy instruída y de mucho talento.

Opinión fué esta que doña Felipa no echó en saco roto, y para conservarla, principió por prodigar, lo menos posible, su autorizada palabra; prueba de que doña Felipa no era lerda y que deseaba robustecer su aura popular.

Pero lo que había de verdad era que doña Felipa salía del común de las mujeres de su época, por las circunstancias de leer periódicos, hablar de política, que acaso no comprendía, y emplear términos y palabras cuya significación el vulgo ignoraba.

Doña Felipa se había convertido en una verdadera sibila para La Serena. Además, había tenido un hermano que fué, durante algunos años, cura vicario de la ciudad; individuo que tuvo relaciones con personajes influentes del Perú, de Buenos Aires y de la capital de Chile, quienes le enviaban algunos papeles públicos, y aunque había muerto, porque lo ignoraban, se los seguían remitiendo, y eran los que leía doña Felipa.

Agregábase a esto, que en su juventud, es decir, cincuenta años, por lo menos, antes de la época a que me refiero, había recibido lecciones orales de idioma inglés, probablemente de algún marinero que, por naufragio, arribó a estas playas.

La señora conservaba o creía conservar en la memoria algunas frases en inglés, con una pronunciación tan alterada que solamente ella podía entender, y después de ella, Dios.

Esta circunstancia, agregada a las anteriores, vino a consolidar la fama de doña Felipa.

Por otra parte, doña Concepción, que era una señora sencilla y casi sin educación de ninguna especie, como la mayor parte de las de aquel entonces, tenía fe ciega en la alta sabiduría de su comadre, la señora Méndez.

*

Después de haber permanecido Enrique ocho años en Estados Unidos, regresó a La Serena, con gran caudal de instrucción y conocimientos, y hablando con perfección el más elegante y puro inglés.

Una vez que hubo abrazado a sus padres, corrió a casa de la abuela para oprimirla contra su corazón, después de tan larga ausencia. Indecible fué la alegría de la señora Concepción y después de larga conversación, de preguntas sin respuestas, y de respuestas sin preguntas, la señora le dijo:

—¿Sabes hablar la lengua inglesa?

—Por cierto que sí, abuelita.

—Eso sí que yo no lo creo. Vamos a ver a mi comadre Felipa para que hables con ella.

Y sin más le cogió de un brazo y se dirigió con él a casa de las Méndez.

—Comadre, —dijo a doña Felipa, sin dar tiempo a que el joven saludara a las señoras—, aquí traigo a Enrique, que acaba de llegar... ¿de dónde, niño?

—De Estados Unidos, abuelita.

—Eso es, de aquel lugar; y asegura que sabe hablar la lengua inglesa, y vengo a que lo *ensamine,* comadre, porque yo lo dudo mucho.

Doña Felipa que había tomado la actitud de un importante ministro de tribunal, respondió con prosopopeya:

—Es fácil saberlo, comadre.

—Eso es lo que yo deseo, —agregó doña Concepción.

Entonces doña Felipa, pronunciando una frase en inglés, que había aprendido allá en su niñez como un papagayo, se la espetó a Enrique.

Este, que con más claridad habría comprendido palabras griegas o hebreas, se quedó estupefacto, mirando ya a doña Felipa, ya a su abuela, y dudando de si era o no víctima de alguna burla; pero se desengañó cuando vió el ademán de doña Felipa, quien le volvió las espaldas con el mayor desprecio y compasión, y a su abuela que, alzando los hombros y estirando los labios, exclamó:

—*¡Perdió su plata Jorge!*

CELEBRE CONSTRUCCION DE UN BUQUE

El año 1806, don Nicolás Naranjo (*) determinó construir un buque con el objeto de destinarlo al comercio de *congrio seco,* que se pescaba en abundancia y se vendía a bajo precio en la costa de Atacama, para conducirlo a los puertos del norte; empresa que creyó lucrativa, como en efecto lo era en aquel entonces; además, pensaba traer de retorno artículos peculiares del Perú, obteniendo en la venta de éstos no indiferente utilidad.

Con este fin, puso en obra su proyecto, principiando la construcción del buque, que debió ser pequeño, con la actividad que le permitió la escasez de operarios inteligentes y prácticos en la materia.

Todo esto era muy natural, pero lo que sale fuera de lo razonable es que la construcción se llevó a efecto en la plazuela de San Francisco, que el cabildo, indudablemente, debió ceder para el objeto.

Como el señor Naranjo vivía entonces en una casa situada en esta plazuela, quiso, sin duda, no perder de vista un solo momento la construcción de su buque.

(*) Caballero natural de Sevilla; fueron sus padres don Joaquín Naranjo y doña Ana Vargas Machuca.

Los datos para este artículo, en su mayor parte, han sido suministrados por doña Carmen Naranjo, hija de don Nicolás.

Los habitantes de La Serena tuvieron, durante algún tiempo, una agradable distracción, yendo cada día a ver el adelanto de la obra, que para ellos era un acontecimiento extraordinario, pues muchísimos no habían visto buques sino desde la barranca del mar, cuando alguno atravesaba nuestra solitaria bahía.

Después de un largo trabajo, se concluyó por fin la obra, con gran contento de las autoridades y del pueblo. Se montó sobre ruedas y se prestó el aparejo de cables y maromas para conducirlo a la playa.

El subdelegado, —que debió de haber sido don Joaquín Pérez de Uriondo— puso a disposición del señor Naranjo cuatrocientos hombres, que se habían reunido para el *alarde gentil* que se celebraba todos los años, el día del patrono de la ciudad, San Bartolomé; por lo que puede inferirse que la terminación de la obra debió de haber sido pocos días antes del 24 de agosto.

Los cuatrocientos soldados, y multitud de oficiosos, llevando por séquito gran cantidad de curiosos y algunas familias de las más principales, o encopetadas, como entonces se decía, transportaron la embarcación hasta la Cruz del Molino.

Para facilitar esta primera jornada, el subdelegado dió orden que se destruyeran las murallas que impidiesen su tránsito, como en efecto se demolieron algunas, pues las calles, en esa parte de la ciudad, eran callejones estrechos y tortuosos.

Desde este punto, con igual dificultad, se condujo a la playa en donde se botó al mar. En seguida, a remo, arribó al puerto, en cuyo lugar se bendijo, con asistencia de numerosas personas, celebrando tan notable acontecimiento con una abundante y sazonada comida, en la que no faltó ni el mate de leche, ni el espumoso soconusco.

Por último, don Nicolás Naranjo se hizo a la vela con dirección al puerto viejo de San Francisco de la Selva, hoy Copiapó.

A poco de haber llegado a aquel punto, vendió el buque, sin duda a buen precio, con la esperanza de comprar otro, si no mejor al menos de mayores dimensiones.

Durante su permanencia en el distrito de Atacama, le fué necesario emprender varios viajes, ya por la costa o ya por el interior; en uno de ellos, se encontró con un indio sumamente extenuado por una larga enfermedad; le administró algunos medicamentos con los cuales el indio se restableció por completo de las dolencias que le habían tenido postrado largo tiempo.

En recompensa a tan señalado servicio, lo condujo a un lugar donde sabía que existía una riquísima mina de oro. (*)

Naranjo, al verse poseedor de tan inmensa fortuna, abandonó su primitiva idea de negociación de *congrio seco,* por creerla, a pesar de los pingües resultados que de ella se prometía, empresa sobrado mezquina, ante la seductora perspectiva que se le presentaba.

En consecuencia, regresó a La Serena en una pequeña embarcación o balandra, que estaba fondeada en el puerto viejo, sin duda con el mismo objeto a que había conducido la suya Naranjo.

Esta embarcación pertenecía al marqués de la Pica.

Trajo consigo un bolsón de piedras que beneficiadas dieron por resultado *diez* libras de oro.

*

La riqueza era indudable, y no debía perderse tiempo; así lo comprendió Naranjo, desplegando, en consecuencia, la mayor actividad, a fin de cargar el buque con víveres para la faena, y con las herramientas necesarias para los trabajos que pensaba entablar.

Necesitando de un mayordomo, o de otro empleado superior, o bien por beneficiar a un amigo, convino con don José Pastén en que le debía acompañar; pero una casual circunstancia salvó de la muerte a Pastén.

El 25 de diciembre, día del nacimiento de Jesús, muy de mañana, Naranjo le tocó la puerta diciéndole que se marcha-

————

(*) Algunos opinan que fueron tierras o arenas auríferas.

ba para embarcarse; Pastén le contestó que le seguiría después de oir la misa del Rosario.

En efecto, la oyó y se trasladó en seguida al puerto; pero al llegar, ya el buque se había hecho a la vela.

La débil embarcación, a poco andar, se inclinó de babor, sin duda porque la carga estaba mal estibada, a vista y presencia de muchas personas que previeron un fin desastroso y pronto, y para mayor desgracia no había un solo bote en el puerto para auxiliar a los náufragos.

Pocas horas después, frente a la Punta de Teatinos, el frágil buque se fué a fondo, ahogándose ocho hombres y el señor Naranjo.

A causa de este deplorable suceso, se ignora, hasta hoy, el lugar de la existencia de una gran riqueza.

UN CASAMIENTO *A FORTIORI*

Han de saber ustedes, que la heroína de este articulillo es doña Pantaleona Mondaca; nada poético es su nombre, porque en los tiempos de nuestros antepasados, en los cuales no se conocía el almanaque, y era cargo de conciencia despojar a la criatura del nombre del santo del día en que había nacido, los progenitores y padrinos dejaban este cuidado o incumbencia al vicario que, consultando el *Flos sanctorum*, ponía el nombre al recién nacido. No sucedía, pues, lo que ahora, que la sociedad se compone de Ernestos, Arturos, Armandos, Dorilas, Margaritas, Josefinas y otros nombres por el estilo, usados con frecuencia en novelas y romances. Por la circunstancia antedicha, la heroína de que hablamos, se llamó Pantaleona, y se casó de una manera muy romántica.

Si el matrimonio fué feliz, dígalo el que esto lea.

*

El año 1814, se celebró en La Serena con inusitada pompa, el regreso a España de Fernando VII, después del cautiverio en que lo tuvo Napoleón; por consiguiente, el carnaval de ese año fué notable por las muchas comparsas de enmascarados que se organizaron, y que recorrieron la ciudad noche y día, llevando a su cabeza cuatro y cinco músicos que soplaban sus instrumentos cuándo y cómo querían. Como estas comparsas, compuestas de jóvenes decentes, iban de casa

en casa donde eran obsequiadas, para en seguida, después de bailar un momento, dirigirse a otra, llegó una de ellas, más por broma que por distracción, a casa de don Simón Mondaca, hombre muy timorato de Dios, y que ejercía el oficio de sochantre de la iglesia Matriz.

Don Simón no era pobre, porque a una vieja beata, sin herederos, se le ocurrió dejarle todos sus bienes, que no eran pocos, sin más mérito que haberle cantado, durante veinte años, gratuitamente, la novena de San Antonio, de que la señora era muy devota.

En esta casa, después de haber estado en muchas otras, y por ocurrencia de alguno, entró la comparsa de enmascarados.

Doña Pantaleona contaba, y bien contados, cuarenta y ocho años, y a pesar de que en esa época no se conocía el romanticismo, ni la joven (la que no es casada es joven) había leído una sola de las numerosas novelas caballerescas que narran robos de princesas, conquistas de reinos por un solo paladín, con mayor facilidad que canta un gallo, Pantaleona era en extremo sensible; así, pues, al ver a las máscaras se desmayó. Uno de los truhanes, notando un síncope tan fuera de caso y verdad, la tomó en brazos, —bien que ella iba semiandando—, y la condujo a otro aposento.

Advertido de este incidente, don Simón exigió explicaciones, y a tal punto llegó la cuestión, que el raptor, como decía el sochantre, se quitó la máscara, como lo hicieron muchos otros que de su parte se pusieron. Don Simón se vió derrotado, y no restándole otro arbitrio, se dirigió al cura don José Tomás Loza, en demanda de su honra que creía mancillada.

*

Hoy se hubiera recurrido al juez letrado, y se habría formado un voluminoso expediente, y después de haber gastado uno y otro litigante lo que poseían, la cuestión hubiera quedado en principio.

El cura Loza los llamó a comparendo, y el supuesto raptor alegó, como único argumento, que le era de todo punto

imposible casarse con una mujer que se llamaba Pantaleona. Don Simón, por su parte, expuso que él no tenía la culpa de que su hija hubiera nacido el día de San Pantaleón, y por otra parte no hubiera sido posible ofender al santo. El cura Loza, pesando las razones alegadas, sentenció: que si no se avenían las partes, fulminaría contra ellas lo que disponen los cánones en estos casos. Don Simón, temiendo que sobre él cayeran las censuras de la iglesia, ofreció al mascarita toda su modesta fortuna, y doña Pantaleona llegó a ser la esposa del joven que, en un momento de buen humor, cayó en las redes del matrimonio.

Intencionalmente no hemos querido nombrar al esposo de doña Pantaleona, porque aún existen muchos deudos suyos; pero sí consignaremos, a fuer de honrados narradores de tradiciones, que doña Pantaleona, algunos días después de su casamiento, presentó querella por haberle su esposo sacado un ojo.

El mascarita se expatrió, regresando después de algunos años, cuando ya era viudo, a formar, con mucho aprecio y consideración, pues llegaba con dineros, una nueva familia.

Mientras tanto, a doña Pantaleona no le había quedado otra cosa de su matrimonio, mientras vivió en ausencia de su marido, que el apodo de *La Tuerta*.

LA CAPA DE ANTAÑO

La capa es al español lo que el agua al pez, lo que el aire al ave; es su verdadera epidermis. No hay artículo, con ribetes o pretensiones de costumbres, que no hable de encapados que toman la solana en la Puerta del Sol, que, entre paréntesis, no es puerta sino plaza, ni pertenece al sol, puesto que es de Madrid.

Nuestros abuelos, que fueron españoles, y de los más rancios, pues se dice que eran testarudos e ignorantes como gallegos, tenían tal predilección por la capa, que en ella fundaban su orgullo; el infeliz que no la tenía era un ente desheredado e inútil para ocupar alguna jerarquía social o destino público. Con frecuencia se oía decir:

—¿Cómo pretende casarse fulano cuando no tiene capa?

Y decían la verdad, pues a los fandangos, a los velorios, a las visitas de cumpleaños, a las principales fiestas de iglesia, era de rigor asistir con capa, por más que el calor de plena canícula los hiciera sudar como en un baño ruso. Y téngase presente que la sola esclavina de una capa antigua, sería hoy un pleonasmo de capa, y que el broche que la ajustaba al cuello, podría servir de cerrojo a una puerta cochera.

Por eso, en los testamentos, se legaba al hijo mayor, como el más digno de la familia, el derecho de usar esta prenda paterna.

Una capa, en aquella época, no importaba menos de doscientos *patacones,* y era confeccionada con un paño grueso y resistente como cuero, producto de la fábrica de San Fernando.

*

Era de ver a nuestros antepasados sudar la gota gorda en la procesión de *Corpus Christi,* dar vuelta a la plaza a lentísimo paso, con cirio en mano y con los cinco sentidos puestos en el que le seguía, para evitar que un cerote pudiera manchar el inmaculado paño de la capa.

Esas procesiones tenían el aspecto de fiestas compuestas de numerosas comunidades de frailes. Terminada la función, cada cual se dirigía a casa, sofocado de calor, sacudía, con escrupuloso cuidado el paño de San Fernando, lo doblaba, colocando en cada doblez un grano de alcanfor, para ahuyentar la polilla, la guardaba en la cajuela, le ponía llave, y satisfecho, como si hubiera sido héroe de algunas acción que las futuras edades debieran referir con orgullo, reposaba tranquilo y en chaqueta tras el mostrador de adobes, cubierto con una jerga, de su tienda o bodegón.

Cuando se trataba de recordar una fecha notable, solía el dueño de casa, desmemoriado por lo común, preguntar a su esposa:

—¿Te acuerdas en qué día me puse últimamente la capa?

En las tertulias o fandangos, era costumbre que el anfitrión, una vez que estaban reunidos todos los convidados, exclamara:

—Señores, quitémonos las capas, están en casa, y aquí ha de reinar la alegría y confianza.

Pronunciadas estas sacramentales palabras, tenía lugar una especie de zafarrancho: todas las señoras, sin exceptuar la dueño de casa, se alzaban de sus taburetes y se dirigían a sus esposos, les quitaban de sobre los hombros, como a mansos corderos, sus capas, las doblaban con prolijidad, y previo permiso, las depositaban en la recámara, sobre el lecho conyugal.

Fué la capa para nuestros abuelos un objeto incómodo, tan incómodo como el tramojo para un perro.

*

En los crudos inviernos, en el hogar doméstico, por más que tiritasen de frío, la capa no salía de la cajuela. Acurrucados alrededor del brasero, se entretenían en oir cuentos de brujos y aparecidos, y por más que apremiantes deseos de salir fuera los obligaran, los temores que en sus ánimos habían puesto las disparatadas relaciones, los contenían; de lo que resultaban escenas semejantes al del *fugitivo* de Quevedo, y aún otras de peor especie.

El estreno de una capa, daba lugar a una fiesta inolvidoble para la familia. Se convidaba a los amigos y siempre con el consabido recado de:

—Manda decir mi amo que esta noche lo espera a tomar chocolate, y que no deje de ir.

—¿Es el día de mi compadre?

—No, mi amo.

—¿Entonces es el de mi comadre?

—Tampoco, mi amo.

—¿Por qué se celebra, pues?

—Es que va a estrenar capa.

—¡Acabáramos! Díle que le doy las gracias y que no faltaré.

Y, dirigiéndose a su esposa, añadía:

—Oye, mujer, arréglate que esta noche vamos a ir al fandango de mi compadre Tiburcio: debe estar muy bueno porque va a estrenar capa.

Y la señora, creyéndolo así, se emperejilaba y se preparaba para beber buenas tazas de chocolate y mejores vasos de aloja.

*

Ya hemos dicho que la capa era el ojo derecho, y también el zurdo de nuestros abuelos. Habrían cometido el mayor de los excesos contra el atrevido que hubiera tenido, no la

osadía, sino la energía suficiente para ponerle un tizne; sólo se dispensaba semejante desmán al recién nacido, y esto por circunstancias que se comprenden: cuando el padre, *chocheando* con la criatura, después del bautizo, le hacía algunas caricias, y ésta, en cambio, se desmandaba, sin darse cuenta en qué paño caía; y ni aún por esto se lo perdonaba el papá, pues solía decir, aún después de muchos años, cuando el hijo peinaba canas:

—¡Qué bueno ha de ser éste, cuando me emporcó la capa!

Toda vez que había un temblor recio, el dueño de casa gritaba a su esposa:

—¡Saca la vela, mientras yo la capa, y Dios tenga piedad de nosotros!

Y con la capa en salvo no se le daba un ardite que el mundo se viniese abajo.

*

Cuando un joven se paseaba por las calles puesto de capa, las señoras se decían:

—Fulano es buen partido, cualquiera niña sería feliz con él; la capa que lleva no importará menos de doscientos pesos —y los ojos de las doncellas se iban en pos de la capa.

La capa ha formado época en La Serena, y para algunos aún no ha pasado; nosotros hemos conocido municipales que sólo estaban bien con el poncho y la espuela, y que, sin embargo, cuando asistían a sesiones, iban envueltos en sus capas como a un cuerpo de guardia, y extrañaban que sus compañeros no usaran las suyas. Pues estos entes creían indispensable esta pieza de traje, en ocasiones solemnes, como la casulla a un sacerdote que celebra el sacrificio de la misa. De la misma manera diremos nosotros: cuando tengamos capa, escribiremos mejores artículos.

EL CURA MONARDES

Leyendo la biografía de don Simón Rodríguez, maestro de Bolívar, escrita por los señores Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, encontré el siguiente hecho que, a mi juicio, basta y sobra para caracterizar las extravagancias de un individuo.

Una ocasión, don Simón Rodríguez convidó a comer en su casa al general Sucre, quien aceptó.

"Cuando el ilustre general, —dicen los señores Amunátegui—, acompañado de su estado mayor, se había presentado en el sitio designado, había notado con asombro que la mesa estaba cubierta, no de fuentes, sino de... esos tiestos que sirven para el uso menos poético de la vida. (Permítasenos que en honor de la ciencia recurramos a esa figura de que tanto abusó el abate Delille).

"Don Simón no tenía vajilla; y para proveerse de ella había ido a una tienda de loza, y habiendo visto una colección de esas cosas que no queremos nombrar, o que cuando más nombraríamos en latín, si supiéramos como las llamaban los romanos, las había encontrado aparentes para su objeto y las había comprado. ¿Por qué se había de dar tanta importancia a la forma de los utensilios?

"Excusado nos parece advertir que Sucre y sus compañeros no fueron en esto de la opinión del dueño de casa y

que no consintieron en probar bocado, aunque don Simón les aseguró que aquellos tiestos se estrenaban por vez primera".

Después leí en la preciosa *Historia de Santiago,* del señor Benjamín Vicuña Mackenna, que aquel caballero tuvo en una india dos hijos, a quienes bautizó con los nombres de *Choclo* y *Tulipán,* porque sin duda se dijo:

—Si hubo una *Rosa* que fué santa, ¿por qué no ha de haber un san *Choclo?*

Semejantes excentricidades me trajeron a la memoria al célebre *cura Monardes,* y me propuse escribir un artículo referente a este importante personaje que ya, se puede asegurar, es de fama sudamericana. Con firme propósito echéme a andar por esas calles en busca de personas que, a mi juicio, debieron de haberle conocido. No me engañé. Encontré una que lo había tratado personalmente, ya en sus últimos años, cuando era cura de Sotaquí, donde murió, muy anciano, en 1815; y muchas otras personas que, aun cuando no lo conocieron, tenían noticias de muy antiguo, de sus extravagancias. Tomé nota de lo que cada cual me refirió, con el propósito de confrontarlas después y saber a qué atenerme acerca de la verdad de los hechos. Hasta aquí todo marchaba muy bien.

Me disponía ya a dar principio al artículo, cuando me asaltó una grave dificultad. ¿Cómo se llamaba el cura Monardes?

Vuelta a la calle y de nuevo a preguntar a las personas que antes había consultado. ¡Oh, fatalidad! Ninguno sabía su nombre: desde el anciano hasta el niño sólo le conocían con el epíteto de *cura Monardes.* Hacer un viaje de ochenta y cuatro kilómetros a Sotaquí no merecía la pena, y, además, estaba seguro de que los libros parroquiales de aquella época no existían. ¿Qué hacer? Dejar de mano el artículo, como en efecto lo hice.

*

Y yo me decía:

—Por lo visto, no conviene a la memoria del cura Monardes, que sus principales rarezas queden consignadas en le-

tras de molde. O bien, por obra y gracia de algún encantador, yo no soy el que deba referirlas a la posteridad, que será otro.

Con estas reflexiones, abandoné por completo la idea del artículo. Pero sucedió que un día, algunos meses después de lo que acabo de referir... Pero sucedió, digo... ¡Oh felicidad!

Que registrando antiguos papelotes de familia, me topé con el siguiente recibo que dice así, sin quitarle ni ponerle una coma:

De don Fabián Pizarro, recibí diez y siete pesos y dos reales, por los derechos del entierro de la difunta doña María Diaz, y de once misas rezadas, que diré por su intención. — Punta de Guana, y septiembre veinticuatro, de mil, setecientos, y cincuenta, y siete años.

Diego Monardes.

Agregué a mis papeles curiosos el *tesoro,* y cogí la pluma. —¡Ya sé su nombre de pila! —exclamé. Y luego se me presentó otra dificultad. ¿Por dónde principiar? Hombres como el cura Monardes no tienen asidero o más propiamente, tienen tantos que uno no sabe cuál elegir.

Después de un momento de meditación, me resolví a consignar lo que me refirió el señor José Eustaquio Osorio, que es el caballero que lo conoció personalmente.

*

—¿Usted conoce, —me preguntó el complaciente caballero— la pequeña quebrada que existe al oriente de La Serena, más o menos a distancia de siete millas?

—Mucho, le repliqué, ¿usted, sin duda, se refiere a la quebrada de Monardes?

—Precisamente. Lleva ese nombre por haber vivido en ella el cura. No se si por herencia de sus padres o por compra, fué propietario del pequeño fundo que allí hay, y que se denomina *Monardes.* Actualmente pertenece a don Jaime Canilla. Esto, y lo que voy a referirle se lo oí contar muchas veces a mi padre.

—¿Es verdad que era tan raro que rayaba en extravagante?

—Sin duda, como usted podrá juzgar por lo siguiente. Tenía la costumbre, que observó hasta su muerte, de criar muchos gatos que, con jáquimas y atados en postes, pasaban el día, y no les daba otro alimento que frejoles crudos.

No había persona que, al observar tan extravagante costumbre, dejara de preguntarle:

—¿Cómo se imagina, señor cura, que los gatos han de comer porotos crudos?

A lo que el cura respondía:

—Y, sin embargo, ya los ve su merced tan gorditos.

—Y eso de las jáquimas, no me dirá su merced, señor vicario, ¿qué significa?

—Es que para atar a un gato es preciso hacerlo de esta manera, para que no sufra ni se maltrate. Con el tiempo ya se acostumbrará a comer su ración de porotos; pero lo que es en la noche, cuando los suelto, buenos atracones se dan ellos de pericotes, que en este rancho los hay que dan miedo.

En cierta ocasión, escribió a un amigo, proponiéndole la compra de un caballo, y decía: compadre, estoy lleno de pena y de angustia, figúrese que ayer se murió mi caballo regalón. Hacía sobre diez a doce días que lo tenía sometido a una prueba, a enseñarle a no comer; pero el pobrecito, en lo mejor que iba aprendiendo, entregó el alma a Dios.

Era el cura Monardes muy trabajador, y muy entendido en las faenas del campo, por este motivo, la mayor parte del tiempo, pasaba en su chácara. El rancho en que vivía estaba a la orilla del camino; por esto, como la esfinge, detenía a los caminantes y los hostigaba a preguntas.

Una vez que llovía recio, se paseaba muy tranquilo por delante del rancho. Un caminante que de lejos venía observándolo, le dijo:

—No se moje tanto, señor vicario, no sea que le dé una enfermedad.

—Gracias, hijo, —replicó el cura— prefiero recibir agua limpia aquí fuera, que sucia allá dentro.

Efectivamente, el rancho escurría tanta agua como un arnero.

—Cuando yo lo conocí, —continuó don José Eustaquio Osorio—, allá por el año catorce, era cura de Sotaquí, y aún recuerdo, como si lo estuviera viendo, el amueblado de su cuarto.

—Eso será curioso...

—Su habitación se reducía a un cuarto pequeño con techo de paja, murallas embarradas y sin blanquear; el piso, era el suelo natural; la puerta única, además de muy baja, era angosta, pero bien asegurada con una tosca armella y un grueso candado.

—¿Y los muebles?

—Voy a decir a usted. Principiaré por la cama que se componía de algunos pellones azules de Aconcagua, y de jergas extendidas sobre un poyo de adobes; un *chinguillo* colgado de una viga, a manera de araña de cristal, dentro del cual se veían las sotanas y el breviario; porque, sépase usted que el cura Monardes sólo usaba el traje de sacerdote cuando tenía que administrar algunos actos que se relacionaban íntimamente con su ministerio; había, además, una mesa vieja y ordinaria, un sillón de vaqueta y dos petacas. Estos eran todos los muebles, sin contar cuatro o seis costales remendados, de cuero, que estaban afirmados en las esquinas. Como usted debe suponerlo, su traje estaba en relación con los muebles; solamente se conocía al sacerdote, en aquella desgreñada figura, por el cuello, y una que otra vez por la tonsura.

—Y ¿qué me cuenta usted de sus excentricidades?

—Eso es de nunca acabar.

—Tenga usted la bondad de referirme lo que usted tenga más presente.

—Al momento. Siento un verdadero placer en recordar aquellos tiempos que pasaron y que no volverán; este es un legítimo placer de viejo como yo.

*

—No recuerdo la fecha, pero el cura, que era muy negociante, necesitó doscientos pesos por de pronto; sin duda, co-

mo en otras circunstancias, se dirigió a casa de don José Leandro Cortés, que distaba una legua, poco más o menos, de la iglesia parroquial, y obtuvo sin dificultad la cantidad, que le fué entregada en reales, medios reales y cuartillos de plata. El oro era entonces muy escaso.

El cura regresó muy contento con el talego, y al día siguiente, en la noche, no pegó ojo; se imaginaba que la cantidad no estaba completa. A fin de desterrar su intranquilidad, principió a contar y recontar nuevamente el dinero, operación que le ocupó algunos días, convenciéndose, por fin, que no estaba cabal. Le faltaban tres cuartillos; y aunque era ya anochecido, ensilló su caballo y se dirigió a casa del señor Cortés. Allí supo que hacía dos días que se había puesto en marcha para La Serena, pero que estaría de vuelta en cuatro o cinco a más tardar.

—¡Todo sea por Dios! —se dijo el cura,— no puedo esperar tanto, en cuestión de intereses es preciso ser exacto, —y aplicó las espuelas al caballo y se puso en marcha.

Hizo, pues, ochenta y cuatro kilómetros de un camino árido y áspero en todo el rigor del verano.

Cuando llegó a La Serena, sin desmontarse, dijo al señor Cortés:

—Compadre, los doscientos pesos que me prestó no están cabales; le faltan tres cuartillos, y he venido sin otro objeto que ponerlo en su conocimiento.

—Mucho lo siento, compadre, que se haya incomodado por tan poco cosa. Aquí los tiene usted.

Con lo cual, el cura Monardes regresó a su curato muy contento.

Refiérese que una vez llegó al curato un pobre campesino, caballero en un asno cojo, que apenas daba paso, solicitando del cura los últimos auxilios de la religión para un moribundo.

—¿Dónde reside el enfermo? —preguntó el cura.

—Aquí luego, su merced, señor vicario.

—Te pregunto, ¿qué distancia hay?

—Menos de cinco leguas, su merced, en la quebrada de las Taguas.

—La conozco. Ensíllame el caballo que está en el corral.

El cura montó, después de haber ordenado al campesino que llevara por delante el altar portátil, y echó a correr en dirección al lugar designado, que no distaba cinco leguas sino el doble.

Después de algunas horas de buen caminar, llegó al rancho, y en un santiamén confesó al enfermo, que ya estaba con la tierra en la cara, como vulgarmente se dice. Y, con impaciencia, esperó una hora al campesino que traía el altar portátil. Pero el campesino no llegaba; en ese instante recordó el cura que el camino había sido más largo, y que el burro era manco, montó entonces en su caballo y echó a correr.

A larga distancia del rancho topó al pobre hombre, le arrebató el altar, y con la misma celeridad tornó a desandar lo galopado, y algunas horas después llegó al rancho.

Allí sólo encontró el dolor y el llanto entre las pobres mujeres.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el cura Monardes.

—¡Murió, señor cura, acaba de morir!...

El cura se exaltó, sin duda por la agitación del violento galope, y respondió:

—¿Y por qué lo dejaron morir antes que yo llegase?

Y sin más, volvió grupas y echó a andar al galope tendido. A pesar de esto, el cura era bondadoso y afable; pero tenía sus genialidades.

*

Sus ocupaciones agrícolas y los trabajos de minas, le absorbían por completo su tiempo y atención. No por esto dejaba de cumplir con las más estrictas obligaciones que le imponía su título de cura párroco. El cura Monardes hoy, sería un cura modelo. Extravagante y original fué, pero, en cambio, abrigó un corazón generoso.

Ahora noto que he salido de mi propósito, de narrar y no apreciar. Continúo:

Allá, por los años 1808, siendo obispo de Santiago, a lo que me parece, don Diego Antonio Martín Villodres, o don José Santiago Rodríguez, envió un visitador al partido de Coquimbo. El visitador debía tomar estricta cuenta a los curas y examinar si los libros parroquiales se llevaban con exactitud y en la forma conveniente.

Cuando le llegó su turno al cura Monardes, éste presentó como únicos libros, dos cuadernos formados con cuatro manos de papel, cosidos con un fuerte bramante. En muchas de sus hojas se veían algunos pedazos menos que, por sus dimensiones, no era aventurado suponer que el cura, cuando tenía escasez de papel para algún cigarrillo, recurría a los libros parroquiales. Examinados por el visitador, díjole éste:

—Dígame su merced, ¿son éstos los libros?

—Tales como su merced los ve.

—¿En doce años, no ha habido en esta parroquia ningún bautizo ni defunción?

—Respecto a eso diré a su merced: los apuntes los tengo listos y prontos en esos costales que su merced ve, allí en aquellos rincones. En trasladándolos a los libros, que lo haré cuando el tiempo y mis ocupaciones me lo permitan, todo queda concluído.

El visitador, asombrado de tan cándida inocencia, o bellaca socarronería, se acercó a uno de los costales, introdujo la mano y extrajo un puñado de papeles pequeños y con apuntes y anotaciones que no pudo entender.

—Pero, esto es completamente ininteligible, yo no comprendo nada.

El cura Monardes, con la mayor buena fe del mundo, le replicó:

—¡Vean qué gracia! Si yo que los escribí no los entiendo, ¿cómo los ha de comprender su merced?

*

Se refiere, de este caballero, el siguiente rasgo de genialidad:

Auxiliaba, en sus últimos momentos, a un hombre cam-

pesino, quien dejaba, como únicos bienes, un buey que había criado desde ternero, y a quien quería mucho.

Ya fuera el recuerdo del animal, o ya efecto del trastorno de sus ideas en aquel terrible momento, el moribundo, a las exhortaciones del cura Monardes, respondía con incoherentes palabras, pero siempre muy bien pronunciadas las de: *mi buey, pobre mi buey, ¡ay! ¡mi buey! ¡Qué irá a ser de mi buey!*

Aburrido el cura, le dijo:

—¡En estos momentos no hay más buey que éste!

Y le acercó el crucifijo a la cara.

*

Concluiré con la que le echó la pierna a todas:

Supongo que a consecuencia del informe del visitador, el obispo ordenó al célebre cura Monardes que, sin pérdida de tiempo, se trasladara a Santiago. Era época de cosechas, por consiguiente de muchas ocupaciones para el cura. ¿Cómo cumplir con la orden del superior? ¿Cómo abandonar las doradas gavillas que había principiado a depositar en la era? Una idea salvadora cruzó por su mente, y la puso en planta.

Algunos días después, el cura Monardes abandonaba su parroquia, y seguido de un mozo, con caballos de repuesto, iba camino de Santiago.

—¿Para dónde en viaje, señor cura? —le preguntaban.

—Para Santiago; voy a decir al señor obispo que me es imposible ir a su llamado, porque estoy muy ocupado con las cosechas, y la majada de cabras está sin pastor.

Y fué a Santiago, y así se expresó ante el ilustrísimo obispo, y volvió a su curato y, pocos años después, murió en Sotaquí a la edad de noventa años, más o menos.

UNA EMPLUMADA

Cuando el general Osorio entró triunfante en la capital, el 9 de octubre de 1814, se restablecieron las autoridades españolas en Chile. A La Serena llegó por primera vez, en calidad de gobernador, el coronel don Ildefonso Elorriaga.

Triste fué el recibimiento que se le hizo, pues no había familia que no tuviera que sentir por la ausencia de alguno de sus miembros o insurgentes como los apellidaban los partidarios del rey, porque venía precedido de fama nada consoladora para los patriotas, ni aún favorable a las personas adictas al nuevo gobernador.

Se alojó en casa de don Juan Somarriba, que era la actual que ocupa el colegio de San Pablo, en la esquina noreste de la plazuela de San Francisco. Aquí don Juan lo obsequió con algunos bailes que fueron poco concurridos.

Elorriaga era bajo y flaco de cuerpo, pero tenía en cambio un corazón resuelto, y una tenacidad a toda prueba, para llevar a efecto alguna determinación. Los donativos que impuso a los sindicados de insurgentes, comprueban este aserto. El plazo concedido era el angustiado de veinticuatro horas, doblándose la cantidad, si transcurría igual tiempo sin enterarla en tesorería. Con tan perentorio tiempo obligó a don Bernardo Solar a dar doce mil pesos, e igual cantidad a don Luis Aristía. La mayor parte de los donativos, cuya lista es

muy larga, fueron enterados con plata labrada y alhajas.

Don Ildefonso de Elorriaga murió en la batalla de Chacabuco, que tuvo lugar el 12 de febrero de 1817. Sin duda, por esta circunstancia, o por la del donativo de doce mil pesos a que obligó a dar a su padre, se nos ha dicho, que en la capilla de la hacienda Chacabuco, de propiedad de la sucesión de don Bernardo Solar y Marín, existe un cráneo humano horadado por una bala, y que este señor mostraba a sus amigos, diciéndoles:

—Esta es la cabeza de Elorriaga.

Se cuenta que un humorístico escribió sobre el cráneo: *Esta calavera debe a don Bernardo Solar doce mil pesos, con más los intereses desde el año* 1817 *hasta el de hoy* 1874.

Algunos acontecimientos notables tuvieron lugar durante el período gubernativo de Elorriaga: las suntuosas fiestas con que se juró fidelidad a Fernando VII, a su regreso a España, después de la prisión en que lo tuvo Napoleón I, y el que vamos a referir.

*

Como es natural, los patriotas que experimentaban la más inicua presión de parte de las autoridades españolas, no perdían oportunidad y maquinaban una reacción que más tarde fué coronada del más grandioso éxito, pues nos dió libertad.

En casa de don Pablo Garriga, oriundo de España, y nacido en Cataluña, se reunieron durante las noches, tomando algunas precauciones, muchos patriotas que por medio de correos, estaban al habla con conciliábulos de igual naturaleza establecidos en Santiago. Talleres oscuros y diminutos de donde, en breve, debía salir la poderosa máquina que arrebató para siempre el más rico joyel de la corona del monarca español. Don Pablo Garriga y don Jorge Edwards fueron los primeros extranjeros, en La Serena, que en esa época se hicieron ciudadanos chilenos.

*

La mayor parte de los amigos de Garriga eran comerciantes o propietarios acaudalados, y como en aquella época era un pingüe negocio enviar cobre en barra a España, y labrado al Perú, todos o casi todos tenían estrechas relaciones de amistad con don Francisco Carbonell, capitán entonces de la fragata *Dos Amigos*. Carbonell era un ser excéntrico; había dado, como vulgarmente se dice, la vuelta al mundo, antes de dedicarse al cabotaje conduciendo cobres labrados al Perú, y trayendo de retorno frutos peculiares de aquella riquísima comarca que en Chile se vendían a subido precio, produciendo ganancias considerables a los especuladores.

Hemos dicho que don Francisco Carbonell era un hombre excéntrico. Usaba un traje de nankín, los pantalones a media pierna, sujetos por un par de trabillas de una vara de largo, lo que le permitía lucir un jeme de medias grises, dentro de las cuales se movían, con holgura, sus delgadas canillas. Su cara blanca y rosada, en la que se hacían notables dos ojillos azules y redondos como los de un pescado, pero vivos y brillantes, estaba terminada, por la parte inferior, por unas patillas ralas y recias que se unían bajo la garganta y que casi ocultaban un corbatín de hule; la parte superior la coronaba un enmarañado hacinamiento de nubes provenientes de los pelos que de la nuca se traía sobre la frente para disimular su calvicie; agregábase a todo esto una nariz corta y remangada, una boca sin labios, como un ojal, voluminosas orejas adornadas con aretes o zarcillos de oro que tocaban sus hombros, y un abdomen tan desarrollado que al haber usado el traje femenino todos habrían exclamado: —¡Esa desgraciada lleva en su seno, los siete infantes de Lara! —Su carácter jovial y su locuacidad, no destituída de cierto fondo, hacían de don Francisco un amigo agradable y un tertulio magnífico.

Este caballero, que ligeramente hemos dibujado, interrumpió muchas veces los conciliábulos nocturnos, pues con su franqueza habitual penetraba sin preámbulo en la casa de su amigo don Pablo Garriga. La conversación rodaba entonces sobre otras materias muy ajenas al objeto que había

motivado la reunión. Y principiaba a circular el mate servido por una mulata, esclava de don Pablo.

*

Llamábase la mulata Mercedes Barrios, y contando treinta años, apenas representaba veinte. Sus facciones, notables por su regularidad, formaban un conjunto hermoso y simpático, realzado por una tez morena, limpia y sonrosada. Sus ojos negros tenían una brillantez fascinadora, y sus labios rojos, aunque algún tanto abultados, mostraban una dentadura blanca y apretada como los granos de una mazorca, al sonreirse de la manera más picaresca y provocativa. Y la mulata se sonreía siempre, como si hubiera tenido conocimiento de la influencia de su sonrisa.

La mujer posee, casi siempre, un exquisito conocimiento de los efectos que sus atractivos ocasionan en el hombre; para lo que sólo le basta una mirada, que para nosotros pasa desapercibida o nos parece casual. Y, sin embargo, en esa mirada está vinculado nuestro porvenir. A los atractivos indicados reunía la mulata Mercedes, otros que aparecían tanto más notables cuanto que eran raros en las personas de su condición, en esa época. Hablamos de su aseo y limpieza. En su pelo, fuertemente ondulado, lucía casi siempre una rosa lacre que resaltaba sobre el azabache de sus cabellos, como una estrella parece aumentar su brillo al verse tras las grietas de negras nubes en una noche de tempestad.

Su traje, compuesto de una saya de angaripola y de un rebozo de bayeta de Castilla adornado con cintas, permitía adivinar las formas de un cuerpo bien desarrollado y de simétricas proporciones. Pero lo que más llamaba la atención de los amigos de don Pablo eran los pies de la esclava, que sin ser diminutos como los de una heroína de novela, siempre estaban calzados con zapatos recortados, con atacados de cintas negras que se retorcían sobre sus bien formadas pantorrillas cubiertas de blancas medias, como reptiles alrededor del tronco de un arbusto.

No carecía, pues, la mulata de atractivos, y por eso Carbonell decía siempre a don Pablo:

—Le digo a usted que es temeridad tener un cebo semejante en casa. Dé usted libertad a ese diablillo tentador, y que se marche a hacer de las suyas a otra parte.

—¿A la *Dos Amigos*, por ejemplo?

—Si ella quisiera...

—¿No le pesaría a usted, Carbonell?

—¿A mí? Y tanto que no, cuanto que habiendo recorrido todo el mundo, solo me falta consignar en mi libro íntimo los amores de una mulata chilena.

Y en verdad que los ojillos del capitán de la *Dos Amigos* se iban tras de Mercedes, y más de una vez manchó su blanca camisa con el contenido del mate, por amorosas distracciones.

Mercedes era pretenciosa, prueba inequívoca de que tenía conciencia de sus atractivos. Nunca prestó atención a los requiebros de las personas de su clase; pero, en cambio, siempre tenía una mirada expresiva y una sonrisa hechicera para el caballero que le dirigía la palabra. Por este motivo, Mercedes era apreciada de la gente noble de uno y otro sexo, y aborrecida de sus iguales en condición social.

Carbonell llegó a concebir una verdadera pasión por la esclava. Y la esclava, desde el día que por primera vez lo vió, abrigó una aversión instintiva hacia él. El capitán de fragata no era un hombre que se dormía en las pajas, y hostigó de todas maneras a Mercedes. Y tan hostigada se vió, que no encontró otro arbitrio que confesarlo todo a su amo, creyendo encontrar en él autoridad suficiente que pusiera término a los desmanes del extranjero. Su queja fué oída con una homérica carcajada.

Carbonell era un tipo raro; suministraba a don Pablo y a sus amigos materia para pasar ratos de buen humor, ¿cómo oir con serenidad semejante queja?

La esclava se retiró sin pronunciar una palabra; pero con el corazón preñado de despecho y de odio. El amor propio herido. Las pasiones que ennoblecen, entre la gente mulata son puñales alevosos que aniquilan.

A la noche siguiente, mientras Mercedes servía mate, don Pablo refirió a sus amigos la queja de la esclava. Carbonell fué el objeto de las más picarescas chanzas y zumbas. Pero Carbonell, impasible, soportó cuanto le dijeron.

Las carnes de Mercedes se estremecían de cólera y de vergüenza, y hubo momento en que se arrepintió de haber acusado a un extranjero que, a pesar de todo, la defendía y justificaba. Este pensamiento agrió más su ánimo, y preparó su venganza.

*

Como lo hemos dicho al principio, Elorriaga hacía pesar sobre los sindicados de patriotas o insurgentes, su mano de hierro. Las prisiones y donativos estaban a la orden del día. Y todos tenían un temor cerval de ser puestos a bordo del *Potrillo,* buque de pocas toneladas, que hacía las veces de prisión real, y en donde se trataba a los detenidos con un rigor inquisitorial. En esta circunstancia, la esclava Mercedes Barrios realizó su venganza, sin duda previamente meditada.

Una noche se presentó a don Ildefonso Elorriaga y denunció a don Pablo, quien, como dice el expediente del que sacamos algunos apuntes: "con otros individuos europeos del mayor carácter y representación de este pueblo, se juntaban en su casa tarde de la noche, a tratar una conspiración contra el inicuo sistema que sostenía".

Elorriaga, severo y recto, decretó prisiones e hizo levantar sumario contra don Pablo Garriga, que, pocos días antes, había partido para la República Argentina. El 10 de enero de 1815, don Bernardo Sainz de la Peña, maestre de campo y alcalde ordinario, procedió a la formación de causa del ausente don Pablo y sus correligionarios.

Tramitada la causa con la tradicional paciencia y minuciosidad de la época, sobre todo en cuestiones semejantes, no arrojó cargo alguno ni contra don Pablo ni contra sus amigos y correligionarios. Pero no sucedió así respecto a la esclava. Se la condenó, como calumniadora, a vergüenza pública. Y la ley fué severa e inexorable con ella.

*

El 12 de enero había gran concurrencia de pueblo ante la cárcel. Serían las doce. A poco se oyó el redoble de un tambor, y la multitud se puso en movimiento. Salía de la cárcel la esclava Mercedes Barrios, sobre un asno que llevaba del cabestro el verdugo, teniendo en la cabeza una mitra de papel guarnecida de plumas.

En las principales esquinas de la ciudad se leyó la sentencia a que fué condenada la esclava, concluyendo tan bárbara pena con la última lectura hecha en la plaza. Solemnizaba este acto el regidor, alguacil mayor don José Gómez de Rivero. Pero faltaba aún cumplir con la principal disposición de la sentencia. El destierro de la esclava fuera del *reino de Chile,* como dice la autorizada por el escribano real y de cabildo don Ignacio de Silva Borques.

Estando ausente el dueño de la esclava, y para aprovechar la estadía de embarcaciones extranjeras ancladas en el puerto, se expidió un decreto, con fecha 25 de enero, que dice: "que habiendo sido condenada a destierro fuera del reino se proceda a la venta judicial de la esclava, y se deposite el valor en persona segura".

Don Francisco Carbonell fué el único que se presentó como rematante, y obtuvo por ochenta pesos a la esclava Mercedes Barrios. Días después se hizo a la vela, con dirección al Callao, la fragata *Dos Amigos.*

¿Qué fué de Mercedes y de Carbonell?

INDICE

EDICIONES DEL PACIFICO

LA POLITICA Y EL ESPIRITU, por *Eduardo Frei Montalva.*

LA BATALLA DE MAIPU, por el *Gral. Francisco Javier Díaz.*

EL ORDEN SOCIAL CRISTIANO (2 tomos), por *Alberto Hurtado.*

INTRODUCCION A LA FILOSOFIA SOCIAL, por *Carlos Hamilton.*

UNA EXPERIENCIA SOCIAL CRISTIANA, por *Alejandro Silva B.*

VOCES DE LA POLITICA, EL PULPITO Y LA CALLE, por *Ricardo Boizard.*

HISTORIA DE LA PINTURA CHILENA, por *Antonio R. Romera.*

ANTOLOGIA DE OSCAR CASTRO, selección de *Hernán Poblete.*

ANTOLOGIA DE PEDRO PRADO, selección de *Raúl Silva Castro.*

DULCE PATRIA, por *Pablo Neruda.*

POEMAS DE LAS MADRES, por *Gabriela Mistral.*

CAMILO MORI, por *Antonio R. Romera.*

ANTILLANAS, por *Mario Carreño*

LA INFLACION, naturaleza y problemas, por *Anibal Pinto, Jaime Barrios, Felipe Herrera, Sergio Molina, Max Nolff, Pedro Irañeta y Eduardo Frei.*

ESTRUCTURA DE NUESTRA ECONOMIA, por *Francisco A. Pinto.*

SEGURIDAD SOCIAL CHILENA, por *Francisco A. Pinto.*

TRADICIONES SERENENSES
por MANUEL CONCHA
se terminó de imprimir bajo el sello de la Editorial Del Pacífico S. A., el 31 de Marzo de 1953, en las prensas de dicha Editorial (San Francisco 116, Santiago de Chile).

EDICIONES

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

COLECCION DE AUTORES CHILENOS

Vol. I. ENSAYOS, por José Toribio Medina.
Vol. II. BAJO LA TIENDA, por Daniel Riquelme.
Vol. III. ROMAN CALVO, *el Sherlock Holmes chileno,* por Alberto Edwards.

• • •

LA FRONDA ARISTOCRATICA, por Alberto Edwards (2ª Ed.).
ASI ASESINARON A TROTSKI, por Leandro A. Sánchez Salazar y Julián Gorkin.
NOSOTROS LOS DE LAS AMERICAS, por Carlos Dávila.
PAPELUCHO, por Marcela Paz.
ANTOLOGIA (Las Estancias del Amor), por Pedro Prado.
MONOGRAFIA DE CAMILO MORI, por Antonio Romera.
ANTILLANAS, por Mario Carreño.
LA BATALLA DE MAIPU, por el General Francisco Javier Díaz.
LA POLITICA Y EL ESPIRITU, por Eduardo Frei M.
UNA EXPERIENCIA SOCIAL CRISTIANA, por [illegible]
VOCES DE LA POLITICA, EL PULPITO Y LA CALLE, por Ricardo Boizard.
TERCERA RESIDENCIA, por Pablo Neruda.
GEOGRAFIA SOCIAL CHILENA, por Francisco [illegible]
POEMAS DE LAS MADRES, por Gabriela Mistral. Ilustrado por André Racz.
SINDICALISMO, por Alberto Hurtado, S. J.
A TRAVES DEL MARASMO, por Julio Silva Solar.
HISTORIA DE LA PINTURA CHILENA, por Antonio R. Romera.
LA EDUCACION, NATURALEZA Y PROBLEMAS, por [illegible] J. Barrios, F. He[illegible] P. Irañeta y E. Frei.
ENSAYO DE COMPRENSION SOCIAL y GEOGRAFIA DE LA REALIDAD NACIONAL, por Carlos [illegible]
GEOGRAFIA ELECTORAL DE CHILE, por Ricardo Cruz Coke.
LOS SANTOS VAN AL INFIERNO, por Gilbert Cesbron.

